

Beatriz Rato Rionda

COMO
UNA GOTTA
DE
MIEL
EN MI
CORAZÓN

**PO
PUM**
• Books •

*Una conmovedora historia de amor y tradiciones
que marcarán la vida de una joven marroquí.*

A woman with long, wavy brown hair is shown in profile, looking down. Above her head is a glowing, vintage-style lightbulb. The background is softly blurred, showing other lightbulbs. The text is overlaid in white, serif font.

COMO
UNA GOTTA
DE
MIEL
EN MI
CORAZÓN

COMO
UNA GOTA
DE
MIEL
EN MI
CORAZÓN



Beatriz Rato

Nacida en Gijón, Asturias y licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Oviedo (Especialidad en Lengua Española), Beatriz Rato inició su carrera laboral como profesora, redactora y traductora de francés, hasta que cambió su rumbo profesional y una oposición la convirtió en oficial de Justicia.

Por su formación académica y por su vocación, siempre se ha mantenido cercana a la literatura, pero no fue hasta su regreso a Gijón, tras varios destinos como funcionaria en otras provincias, cuando comenzó su andadura como escritora.

Ha publicado obras de distintos géneros, en asturiano y en castellano. Su primer libro fue un estudio sociológico sobre el modo de vida en las ciudades asturianas, *“Vida cotidiana urbana en Asturias de 1900 a 1950”*.

También ha publicado varias obras dirigidas al público infantil y juvenil: *“Aventuras de un bolígrafo”*, *“Apuros en la playa”*, *“Jugando al escondite”* y *“Torimaki”*; y se atrevió igualmente con un cuento para primeros lectores titulado *“Galguín y Veloz”*.

En un registro muy diferente, compiló en un libro numerosas recetas de postres, publicado en asturiano con el título de *“Recetas Llambiones”*.

Regresando a la sociología y etnografía asturianas, realizó el estudio *El cultivo del maíz en el concejo de Gijón*, consistente en el análisis de la importancia social y económica de este cereal en la cultura asturiana a lo largo del tiempo, valiéndose para ello de un extenso trabajo de campo.

Ha realizado trabajos de corrección de estilo de libros de poesía y narrativa, y colabora en jornadas y ferias literarias, siempre con el fin de ampliar sus horizontes y conocimientos como escritora.

Su última y reciente publicación, en 2012, fue un exitoso y divertido

libro de anécdotas judiciales titulado Juzgue Usted.

En el año 2013 publicó “*Diario de un acoso*”, con la editorial Popum Books, un relato cruel en forma de diario personal de una niña de trece años acosada por su entorno escolar.

En el año 2016 publicó el libro juvenil “*Cuánto va*” siendo su última novela, la actual, “*Como una gota de miel en mi corazón*”.

Además de escribir, lleva varios años colaborando en la apoyo en mi vida desde siempre.” organización del certamen literario Semana Negra de Gijón.

*“Para mi hermano José Luis ,
fundamental apoyo en mi vida, desde siempre.”*

PRÓLOGO

El sol se filtraba oblicuo a través del enrejado florido de la ventana. Sus contraventanas abiertas de par en par imploraban al aire que las traspasara, aunque éste fuera sofocante y canicular. Un haz de nítidos rayos solares irrumpía esquinado en aquella habitación, la más fresca de la recalentada vivienda. Había pasado ya la hora de la siesta.

Para Salima éste era uno de los escasos buenos momentos del día, siempre insuficientes y pasajeros. En una casa silenciosa disfrutaba tranquila de un placentero sosiego ya a punto de interrumpirse con los llantos de sus hijas al despertar.

Recogida en sus pensamientos, meditaba. Suponía aquel silencio una tregua insólita en una ciudad bulliciosa, con sus calles saturadas de voces de niños jugando, de hombres increpando a sus extenuados burros y de clamores de forasteros anunciando, en un lugar tan lejano del mar, pescados frescos recién obtenidos.

En el humilde Sidi Buyida, un barrio periférico y pobre de la ciudad de Fez sin interés alguno para foráneos, escaseaban los vehículos y los contados automóviles que circulaban por sus calles se hacían notar mediante los ruidos de sus deteriorados tubos de escape. Se oía a los artesanos cuando trabajaban en sus minúsculos talleres con las puertas abiertas, pero más cuando lo hacían en plena calle, buscando aliviarse el calor y ajenos al bullicio del entorno.

A Salima le atemperaban los ruidos sus intensos pensamientos y necesidad de soledad. Las gemelas dormían la siesta y su marido se había llevado a los niños mayores para ayudarle a traer algunas compras desde la

medina. Le habían acompañado ellos complacidos, mediadas ya unas vacaciones de verano sin oportunidades para alejarse del barrio y ver caras nuevas. Les agradaba el trajín de la vivaz zona antigua, colmada de heterogéneos individuos desplazándose, más o menos apresurados, por sus callejuelas.

Los chicos eran dos taciturnos gemelos que habían vivido una realidad amarga. Su vínculo con Salima no cuajaba. Cuando la joven se casó con su padre, los muchachos tenían doce años y ya habían transcurrido tres desde la muerte de su madre. Antes de ese acontecimiento y durante excesivo tiempo habían sufrido presenciando cómo se marchitaba una mujer a la que veneraban y cuyos espantosos dolores de cabeza le impedían relacionarse hasta con sus propios hijos.

No atenuaba el dolor de Hassan y Fuad el paso del tiempo: arrastraban aún la falta de recuerdos de una madre sana y normal, como todas, como las tías y las vecinas del barrio.

Era la relación de Salima con sus hijastros fatigosa e involuntaria pero inevitable. No se enfrentaba a un solo muchacho. Aunque eran univitelinos latían en ellos dos corazones. Eran idénticos, pero dos. Pese a una comunicación prácticamente monosilábica entre ellos, estaban estrechamente unidos y aislados del exterior en una fortaleza impenetrable para cualquier persona desconocida o allegada. ¿Para qué abrirse a un mundo donde ya no se hallaba su querida madre y sí su intolerante y severo padre?

Salima se desesperaba, en ocasiones. Hassan y Fuad nunca dejarían de ser hijos de su marido ni ella su mujer. Eran tres monigotes prisioneros unidos por una cadena en los pies cuyo candado sólo podía abrir Abd Salam, su esposo. No les quedaba más que evitar las caídas o rozaduras provocadas por el arrastre de tan enorme peso.

Pero se compadecía de los muchachos porque no habían disfrutado, como la mayoría de los niños, del privilegio infantil de vivir el presente sin pensar en el pasado o en el futuro. Salima esquivaba las tensiones con ellos, pero éstas surgían por los más insignificantes problemas domésticos. La paciencia que a ella le hacía falta no se vendía en ningún zoco.

—En el nombre de Dios! Yo no pretendo ocupar el lugar de su madre. No he elegido esta situación. La vida nos ha puesto a los tres en el

mismo sitio. ¿Por qué me he convertido de la noche a la mañana en la madrastra de unos adolescentes ariscos?

No eran mucho más jóvenes que ella...

A Salima le impusieron el matrimonio. Lo pensaron por ella.

Desde su nacimiento le habían organizado la vida sin tenerla en cuenta en nada. Ante lo que no tiene solución sólo cabe la resignación. Así la habían adoctrinado. Se encontraba maniatada. Cruzaron por su mente en ese instante todas las personas que en España de alguna manera le habían influido: Alma Luz, Margot, Ernesto, los pequeños Álvaro y Borja... ¡Qué recuerdos imborrables!

Con todo el mundo apostillaba su marido a la menor ocasión de hacerlo que, cuando su padre se la había entregado, Salima era un caballo indomable, pero que él la había amansado con el tiempo.

Sí o sí. No cabía escapatoria.

Corría por las venas de Abd Salam sangre bereber y repetía él con frecuencia un dicho de su pueblo:

“El hombre que hace la voluntad de la mujer, es una mujer” decía. — Continuaré domesticándola poco a poco.

Premeditaba ella mientras tanto que, aunque sometieran su cuerpo, su espíritu y su pensamiento continuarían volando libres elevados sobre la realidad. Pero se engañaba a sí misma. Se estaba dando por vencida, en realidad. No merecía la pena un enfrentamiento que nada variaría el guion escrito de su vida, que no admitía correcciones ni modificaciones.

Tantos fatigosos trabajos diarios mermaban sus fuerzas y frenaban cualquier aspiración. Llegaba extenuada al final de cada jornada, que precedía a otra igual de esforzada y repleta de obligaciones rutinarias que organizaban minuto a minuto una vida anodina. Las tareas domésticas, sencillas en España, se volvían en este barrio penosas, sin el auxilio de un solo aparato que las facilitara. Igual que en los tiempos de su abuela, Salima hacía la colada a mano, se agachaba a fregar los suelos y machacaba los alimentos hasta hacerlos puré. Sólo una televisión, una radio y una máquina de coser situaban la escena en el año 2002 que corría.

Con la colada limpia sobre su regazo, a Salima le dolía el pensamiento. Ineludiblemente debía contestar a su amiga Alma Luz con una carta que rompiera la relación entre ellas sin destrozarle también los sentimientos.

Alma era una gran mujer, su primera y única amiga de igual a igual, pero Abd Salam no comprendía la pureza de esta amistad con una extranjera. Le prohibía la relación con Alma para borrar un indeseable pasado que desprestigiaba a su joven esposa y la hacía anormal y distinta a las otras mujeres de Sidi Buyida.

—No conviene que una mujer supere nunca a un hombre en conocimientos y experiencias —pensaba.

Salima le había rogado permiso para seguir comunicándose con su amiga, pero las súplicas no le sirvieron. Abd Salam era analfabeto y además no comprendía ni una sola palabra de español. Salima le había leído y traducido a su marido una a una las cuatro cartas de Alma y su recelo la desquiciaba. Él era necio, demasiado viejo ya para cambiar y desconfiado a causa de su ignorancia. Ni siquiera creía que los americanos hubieran puesto realmente los pies en la Luna.

No era un mal hombre, pero no era ni de lejos “su hombre”.

Abd Salam argumentaba machaconamente a diario:

—Tu amistad con una extranjera es descabellada e inútil. ¡Alabado sea Dios! ¡Pero si yo ni siquiera había oído nombrar en mi vida del país donde dices que nació! ¿No ves que no puede traerte nada bueno? Una mujer debe concentrarse en su casa y en su familia y con eso ya tiene bastante. No necesita nada más. Esa extranjera vive a miles de kilómetros de aquí. Es una necesidad seguir escribiéndole.

Conocía Salima el motivo de su cerrazón: su marido sabía que para ella, tras su regreso a Marruecos, aquellas cartas suponían soplos de aire fresco en su agobiante y definitiva vida.

Abd Salam tenía la misma edad que Mohamed, el padre de Salima, y eran ambos buenos amigos desde pequeños, por eso éste no evitó un matrimonio concertado que su hija no deseaba. Aunque no lo veía él del mismo modo, se sentía ella condenada a una existencia de pobreza y trabajo

sin más aspiraciones que tres comidas al día.

Durante su estancia en España había creído la muchacha que podía dirigir el rumbo de su vida, pero todo cambió en una semana. Al poco de enviudar y con dos niños que cuidar, Abd Salam, incapaz de salir adelante sin ayuda doméstica, necesitaba con urgencia una mujer en su casa, así que le pidió a su viejo amigo Mohamed la mano de su hija Salima.

Y aceptó Mohamed sin dudar. No era mal marido para ella. Abd Salam era bueno, aunque pobre, y Salima ya no era una niña. Había cumplido veintitrés años y la sociedad marroquí la censuraba, más o menos veladamente, por su estancia durante cinco años en un país extranjero no musulmán.

Salima nunca lamentaría haber conocido un mundo distinto, pero, si creían que España no era conveniente para ella, ¿por qué sus padres la habían enviado allí? ¿Por qué no le habían buscado un trabajo en un país musulmán? Ahora, inevitablemente, su “europeización” le dificultaría un matrimonio de su agrado.

Para Mohamed su boda con Abd Salam no era mal asunto: sería mejor que su hija fuera mujer casada en su país que *criada* en Europa y quizá no llegaría nunca una oferta matrimonial de mayor categoría...

Por otra parte, también la familia tendría que adaptarse a la nueva situación económica, al sacrificar los ingresos mensuales del trabajo de Salima en España... y la dote de su amigo sería tan escasa que no solucionaría nada.

Inmóvil por un momento, Salima medita. Así había sido.

Continúa la ropa sobre su regazo, aún caliente tras mecerse al viento bajo el sol del mediodía de un agosto implacable.

La decisión está ya tomada. Es mejor ceder. Mañana mismo escribirá a su amiga dominicana una carta que las aleje para siempre. Le dolía el alma por separarse de Alma. A nadie le había abierto su corazón como a ella; en realidad, sólo se lo había abierto a ella. Siempre había estado rodeada de gente, pero sola. En España las dos jóvenes habían conseguido una relación cortés y dulce, honesta y serena. Ahora debe doblegarse ante las normas de una sociedad que Salima no asume como suya. Sufrirá porque su amiga

forma parte de su vida, como si de un familiar más se tratara. Había sido como una hermana. Se había imaginado que algún día la invitaría a su casa marroquí a pasar unas semanas; había soñado con presentarle a su familia, de quien tanto le hablaba en la distancia, y con enseñarle su tierra, tan querida y añorada desde lejos.

Se miró las manos, unas manos sin rastro ya de las uñas pintadas que lucía en España. Le faltaban tiempo y energías para cuidarlas y, en todo caso, tampoco estaría bien visto que lo hiciera. Unas uñas rojas eran impropias en Sidi Buyida de una formal ama de casa y madre de familia y darían impresión de ligereza. Las cutículas anchas, las uñas muy cortas, la piel de las manos reseca por demasiado trabajo con agua sin la protección de unos guantes de goma... así eran sus manos actualmente y así seguirían siendo. Tenía manos de pobre.

Claudicaba. Cortaba el delgado hilo que la mantenía aún ligada a España y a las experiencias allí vividas. A lo bueno y a lo malo. Incluso lo malo parecía bueno desde su perspectiva actual. Sus sueños se habían desvanecido sin tocarlos siquiera, tan frágiles como pompas de jabón.

Salima se levanta entonces para vigilar el sueño de sus hijas y las encuentra aún dormidas, destapadas y sudorosas, en una cuna de segunda mano comprada en el rastro de Fez el Jadid y vestida con un dosel confeccionado por ella misma en una bonita imitación de encaje. No puede compararse con las lujosas cunas europeas, pero es mejor que las de muchos vecinos.

Debía consultar esa noche con la almohada el modo de enfocar su carta a Alma y por la mañana la escribiría sin más demora. Le daría una disculpa sin contarle la verdad. Si fuera sincera, ella no lo entendería y quizá, insistiendo en una relación imposible, le provocaría complicaciones con su marido. Que pareciera un distanciamiento temporal, nunca definitivo.

Intentaría que la ruptura no lastimara a Alma pero no podía evitar su propio dolor.

Al echar la carta al correo se iba a despojar de todas las huellas de su existencia en España, instalando la nostalgia en su corazón para quedarse. No se notaría por fuera, pero la torturaría por dentro, como les ocurre a los viejos que ven ya la muerte cerca.

—Pero yo sólo tengo veinticinco años —pensó Salima.

Mas, rodeada de frialdad, indiferencia y recelo, no era sencillo mantener un alma jovial en una sociedad tan atávica.

Se disponía a decir adiós a los recuerdos de los tiempos en que había acariciado levemente con la punta de los dedos una realidad distinta, aquella que hace más independientes a las mujeres.

Se disponía a decir adiós a la memoria de personas con las que había tratado y que tenían el privilegio de sostener las riendas de sus propias vidas.

Se disponía a decir adiós a Ernesto, a Margot, al pequeño Álvaro, al pequeño Borja... Se disponía a decir adiós a Alma.

Sentada en el camastro, con lágrimas en los ojos de nuevo, su mente voló...

Capítulo 1

“No veo que nada permanezca y sea eterno frente a los acontecimientos excepto las montañas enraizadas, y el cielo, y los países.”

(Zuhair Ibn Abi Salma, poeta)

La aldea de Salima, escasa de vecinos y colmada de penurias, se llama Taunat. Entre la reseca tierra parda, avistada desde la carretera general, Taunat surge de improviso como los muñecos de las cajas sorpresa animados por un resorte. Por un paraje hoy tan yermo discurría antaño un río que se secó ya nadie recuerda cuándo. Ahora todo es pura piedra y arena; la naturaleza y las viviendas lucen el mismo color. No se ven postes ni cables de luz eléctrica porque la zona carece aún de la dignidad de este progreso. En una pequeña charca apartada de unas casas sin tuberías, las mujeres hacen la colada usando las rocas de alrededor como tendedero. Las prendas mojadas, esparcidas por el suelo mientras se secan, dibujan una viva imagen multicolor.

Van quedando pocos habitantes en una aldea desértica y pobre, muy pobre; únicamente es rica en trabajos, espinos, pedruscos, zarzas y recuerdos. Los jóvenes se hastían de una lucha constante iniciada ya por sus abuelos contra las rocas, los matorrales, la sequía, las plagas y los cardos y se sublevan yéndose. No se llevan un hatillo con sus pertenencias porque no las tienen. Sienten que su pugna contra las rocas les roba la ambición.

Cada verano comparan su existencia con la de los emigrantes que regresan de vacaciones al pueblo y constatan que también ellos podrían vivir cómodamente trabajando unas horas al día y no la vida entera, como han hecho desde siempre sus parientes y vecinos. Piensan que la ciudad merece

más la pena, aunque en ella no puedan sentarse a contemplar el atardecer sintiendo en la cara el roce de la brisa suave y deleitando su olfato las fragancias de la naturaleza.

En esa aldea de los alrededores de Fez se conocían todas las familias desde tiempos inmemoriales, probablemente siglos, y eso las había emparentado. Como forma de evitar los perjuicios de la endogamia, eran frecuentes igualmente los matrimonios con personas de aldeas cercanas que enriquecían los vínculos entre poblados.

La comunidad se ayudaba mutuamente desde siempre porque se creía que una miseria unida a otra ya no era tan desgraciada y que las penurias compartidas reducían la pobreza.

Mohamed Al Hayani, el padre de Salima, era un campesino sin más posesiones que dos viejas palmeras datileras ya casi estériles, unas higueras antiguas y unos pocos olivos dispersos y mal cuidados. También era dueño de un optimista cuadrado de trigo rodeado, en el colmo del entusiasmo, por unas plantas de maíz con pocas posibilidades de supervivencia en tan yermo ambiente. Incapaz de alimentar a su familia con esa escasa plantación, cada año se veía obligado a alquilar varios campos de trigo a un vecino más rico.

Aunque ella se lo proponía siempre que la vida, persistiendo en sus acosos, los arrinconaba más aún, Mohamed nunca había permitido que su mujer, Fatma, trabajara de lavandera:

—No pasaré por esa humillación —la convencía—. Una mujer casada sólo trabaja si se queda viuda y desamparada o si de vieja sus hijos no pueden alimentarla.

Ésta era una de las reglas del bien vivir que establecía para sí mismo y para su familia. Estas normas no admitían discusión y adquirían grado de sentencia. Fatma se consideraba también privilegiada por no trabajar las eras agachada como otras campesinas, secularmente unidas a la misma tierra durante generaciones en una cadena invisible y perdurable. Pero, ¿dónde iba ella a ayudar a su marido si sólo tenían un mezquino terruño? Su desocupación evidenciaba sus carencias.

En cualquier caso, el interminable trabajo de poner a punto su hogar era una fatigosa tarea, perpetua, sin fin.

La familia habitaba una edificación cuadrada de adobe con techo de paja y barro que mal alcanzaba el rango de casa. Tenía dos únicas piezas: la cocina y un cuartucho pequeño con camastros alrededor donde dormían todos juntos, padres incluidos. Carecían de agua y de luz eléctrica. En una construcción anexa tenían el establo y algunos días la desagradable nitidez de la respiración del asno les impedía por la noche conciliar el sueño.

Apenas se levantaban su madre hacía las camas, rellenaba la lámpara de petróleo e iba a buscar agua a un pozo con polea donde llenaban bidones de plástico que Salima comenzó a cargar ya desde muy pequeña.

La niña disfrutaba yendo al pozo, escuchando las conversaciones de los vecinos mientras esperaban su turno y jugando con otros niños. Dentro de sus limitaciones y a su manera, sus padres habían logrado para ella algo parecido a una infancia dichosa, aunque no había ido a la escuela de continuo.

Todos los habitantes de la aldea coincidían en que la cantidad de agua de aquel pozo era un milagro de Dios. ¡Allah Akbar! Dios es grande y misericordioso y no quiere que los pobres se mueran de sed.

Salima, además, se encargaba de regar la menta plantada al lado de su casa y para hacer lumbre recogía leña, boñiga de vaca desecada y raíces secas al sol. También sabía amasar el pan, preparar tortas para hipotéticas visitas y hacer cuscús bastante bien. Con esos conocimientos aseguraba su madre que la familia podría sustentarse si a ella le ocurría algo.

Tras la cena se untaban los pezones de las cabras con excrementos para que no diesen de mamar a sus crías de madrugada y conservaran la leche para ordeñarlas al amanecer. También era ésta una ocupación femenina. Para relajarse por las noches las infatigables mujeres de la aldea tejían con pelo de cabra cuerdas más fuertes que la lana y algunas trabajaban pequeñas alfombras hermosas de colores *variados*.

En un medio sin diversiones el zoco de los miércoles suponía un festivo regocijo. Acudía la familia al completo al pueblo cercano donde se celebraba y allí compraban verduras, alguna fruta y un yogur para cada niño.

—Con aceite, harina y leche nadie se muere de hambre —repetía siempre Fatma. En su propia casa podían conseguir los tres alimentos:

obtenían el aceite de las pocas aceitunas de su olivo machacadas en el molino de la aldea; la leche procedía de sus contados animales y la harina, de su escaso cuadro de trigo pero en cantidad insuficiente.

De vez en cuando los Al Hayani también tenían algún despechugado gallo o alguna raquíica gallina que llevar a la olla. Mohamed pensaba que un hombre no era tal si no conseguía ofrecer a su familia algo de aceite cada día y un cordero para su anual fiesta musulmana.

Por ser la mayor, Salima conducía a los animales a pastar. Acompañada en ocasiones por Sidi Mohamed y menos veces por Ayub, su tercer hermano, guiaba bien de mañana a los herbazales a su mal llamado rebaño que, entre ovejas y cabras, no superaba la docena de cabezas y lo traía de vuelta a casa con la fresca. Por la tarde, si el tiempo era bueno, los niños jugaban en los campos con una bulliciosa impresión de excitante libertad antes de retirarse a casa junto a los animales.

Concluiría sin tardar el estío cuando Mohamed Al Hayani, el padre de Salima, decidió salir del pueblo y buscar una existencia más confortable en la ciudad. Ella sólo era una niña de escasos once años pero, durante las últimas semanas allí, grabó en sus sentidos con la intensidad necesaria para que en ellos permanecieran por largo tiempo los sabores, los olores y los sonidos de aquel lugar y acopió suficientes recuerdos para no olvidar jamás su procedencia y sus vivencias en la aldea.

La imprevista decisión de su padre de emigrar supuso para Salima una desconcertante sorpresa. Le confundía no haberse enterado de tan importante proyecto. En su reducida vivienda la intimidad era para los miembros de la familia un anhelo. Ni intimidad ni privacidad. Todo en común para todos. Todo al alcance de todos.

Salima, ávida de sensaciones y sin mejores entretenimientos, no perdía detalle de lo que ocurría entre sus padres: discrepancias, alianzas... hasta contactos físicos nocturnos que aún no descifraba.

Fue a la hora de comer de un día cualquiera, rutinario en apariencia, cuando Salima ponía la mesa. Su padre se levantó de orar sobre su desgastada alfombrilla, la dobló y se sentó en su sitio en la mesa, el que se consideraba más cómodo, como mandaba la tradición, por ser el jefe de familia.

Como si hablara en voz alta consigo mismo, anunció con la mirada clavada en la mesa:

—He decidido que de aquí a dos meses estaremos ya instalados en la ciudad.

Pese al impacto por la noticia, la niña se mantuvo inexpresiva.

—Instalarnos será caro; para afrontar tantos gastos venderemos el trigo y el ganado. Si algo queda sin vender, se encargará de hacerlo mi hermano y nos pagará luego. Los animales no son de muy buena calidad pero no desmerecen de los de los vecinos. Les pondré un buen precio para deshacerme pronto de ellos.

—¿Y las gallinas? —se interesó Fatma, callada hasta ese momento y aparentemente serena, como siempre.

—También quedan de su mano. Cuidarlas no cuesta nada y de cuando en cuando no nos vendrá mal comernos unos huevos —le respondió su marido.

Era una emigración bien meditada, sin cabos sueltos. Con la mirada velada fija en la puerta de la vivienda, acaso simbólicamente, continuó:

—Terminaremos con los desayunos de pan con té, con la sopa de lentejas del almuerzo y las aceitunas como única cena. ¡Dios nos llevará de las tinieblas a la luz! El agua corriente es sana y la estancada se corrompe. Debemos irnos de aquí.

Salima no salía de su asombro y sus hermanos comenzaron a atropellarse con preguntas a su padre. Sacaron poco en limpio y se callaron pronto, al ver el poco interés de éste en contestarles.

—En principio, quiero evitar vender la tierra y la casa. Será bueno conservar un techo bajo el que dormir si la suerte no nos da cara — continuó Mohamed.

—¡Que Dios nos ayude! —suspiró su mujer con la vista fija en un punto inconcreto del suelo.

El mundo se detuvo un instante cuando el silencio se adueñó de la estancia. Ni los animales emitían sonidos. Mohamed era supersticioso y aquella insonoridad de vida paralizada le pareció un mal presagio en tan

crucial escena.

Pero la duda de una ventura hostil no empañaría su salida de la aldea, así que se apresuró a romper aquel silencio mostrando una imperiosa necesidad de vaciar su corazón o de oír en voz alta cómo salía de su propia boca lo que tanto había hablado consigo mismo.

—Aquí no tenemos futuro ni esperanzas de progreso. Nuestro trabajo constante allanará las dificultades y nos ayudará a triunfar. El trabajo perseverante da alas a las personas.

Fatma observó a su marido con semblante sereno y le creyó a pies juntillas. Pese a no ser un hombre intrépido, su contumaz laboriosidad hacía de Mohamed un hombre muy capaz. En su desgarbado y menudo cuerpo cabía mucha más fuerza de la que aparentaba. Ojalá la vida no le recortara las alas...

Los destellos de un sol ni abrasador ni frío iluminaban la pequeña estancia a través de su ventanuco cuando, dando comienzo a la comida, oró Mohamed: —¡Alabado sea Dios clemente y misericordioso!

Sentados alrededor de la redonda mesa todos los miembros de la familia excepto Hassanía, la niña pequeña, que ya dormía la siesta, comenzaron a comer unas patatas guisadas muy especiadas servidas en una fuente descascarillada. Comían a rancho, utilizando como cuchara trozos de pan que mojaban en la salsa y con los que llevaban el bocado a la boca.

Y continuaba la exposición de sus proyectos el cabeza de familia mientras tanto:

—Seguir en el pueblo sería condenar a los niños a una vida como la nuestra, sin progresos. Vamos a tomar impulso para dar un buen salto.

Fatma le interrogó con la mirada, pidiendo detalles.

—La tía Fddol nos ayudará a encontrar una vivienda para alquilar. Dice que sobran antiguas casas de señores vacías; ellos se van a otras más confortables. La tía domina la ciudad de Fez como nadie y tiene contactos.

—Si Dios quiere, encontrará una buena casa para nosotros — concluyó Fatma.

Fddol, su tía abuela, era ya bastante anciana y en la aldea la tenían

por bienaventurada en la vida. Con sólo seis años la habían enviado a la ciudad como doncella de la hija de un famoso arquitecto de su misma edad. Se traspasaron enseguida las barreras sociales debido a la estrecha vinculación y el gran afecto surgido entre las pequeñas y continuaron criándose las dos a la vez, aunque no de la misma manera.

Fddol vivió una vida plagada de experiencias enriquecedoras y diametralmente opuesta a la que le habría aguardado en la aldea, mas jamás dejó de ser una *criada*. En toda ocasión a su lado, siempre presente, pero observando sin participar de hecho, vivía Fdoll una vida de fiestas y lujos en la de su señora y amiga, pero no en carne propia.

Lo único capaz de aflojar los recios nudos de cariño que las unían fueron sus respectivos matrimonios. Al casarse, la señorita La-la Assía se trasladó al hogar de su marido y Fddol la acompañó en él hasta el día de su propia boda. Residieron desde entonces en distintas casas, pero su vínculo no se rompió jamás: juntas vieron nacer a sus hijos, disfrutaron con sus respectivas dichas y sufrieron los quebrantos de los que ni pobres ni ricos se escapan.

La doncella siempre trabajó con La-la Assía en sus festejos, enfermedades, mudanzas... No le cobraba. ¿Quién había visto que una hermana le cobrara a otra por su ayuda? Al contrario: Fdoll creía que ni viviendo cien vidas alcanzaría a compensar lo que la familia de su señora había hecho por ella. La habían rescatado de una anodina existencia de ruda aldeana. Era consciente de que nunca la tratarían de igual a igual, pero no había ocasión en que los hijos y nietos de su amiga no la recibieran con gran respeto y cariño, y a ella le bastaba con sentir su aprecio sincero.

A Fddol la casó Skalli, poderoso arquitecto y padre de La-la Assía, con un albañil empleado suyo. En una profesión tan solicitada como la de su marido nunca faltaba el trabajo, de forma que podría alimentar bien a su familia. Fddol, persuadida de que las pobres carecen de elección, siempre hizo lo posible por no tener en cuenta, incluso por no sentir, que aquel hombre no le gustaba ni le gustaría jamás.

Por ciertos singulares designios de un destino inapelable o como consecuencia de los exitosos pinitos del albañil como constructor, décadas después de la boda la prosperidad de la *criada* superó a la de su señora,

miembro de los distinguidos Skalli de toda la vida, con cuantioso capital y secular prestigio. Pero el otro poder, el de los privilegios, el que no se ve pero pesa como el dinero y abre más puertas que éste, siempre permaneció intacto en la familia de La-la Assía. Para trepar hacia la selecta sociedad y encaramarse en lo alto de ella no había escaleras y sólo se accedía allí por abolengo. Una sirvienta nunca se encumbraría socialmente por más dinero que tuviera. De todos modos, en un nuevo giro de la tornadiza vida, la afición excesiva del marido de Fdoll por la bebida pronto desvaneció sus posibles esperanzas de ascenso social y su emergente economía se estancó para retroceder a continuación y ya definitivamente.

Los años no desarraigaron a Fddol de su humilde terruño, a cuyo suelo se sentía adherida, ni se desentendió de su gente, para quienes se convirtió en un emblema por sus eficaces influencias, así que siempre había algún vecino de la aldea llamando a su puerta. Ella nunca les falló y empleó con el tiempo a buen número de personas con los Skalli. Sus paisanos eran gente de confianza y ninguno le había dejado mal ante sus señores.

—El mundo está lleno de buena gente —repetía Fdoll con frecuencia.

Ella sí que era una gran persona, de esas hacia las que todo el mundo se inclina y nadie evita.

Mohamed continuó aquel mediodía exponiendo a su familia sus bien elaborados planes:

—Si Fddol nos consigue pronto una casa, nos trasladamos enseguida para que los niños puedan ir a la escuela el curso entero.

A Salima el corazón le dio un vuelco, aunque ignoraba si el plural masculino la incluía también a ella. Anhelaba completar al menos un curso en la escuela porque nunca lo había hecho. Ya tenía once años y muchas ganas de aprender.

No dijo ni una palabra, curándose en salud, temiendo que su deseo no se cumpliera si lo hacía. ¿Por qué incomprensible motivo los anhelos revelados en voz alta no se le cumplían?

En la ciudad la fuente de ingresos de la familia sería su asno.

Mohamed se buscaría la vida como porteador en la ciudad antigua transportando mercancías por unas callejuelas demasiado angostas para otro

medio de transporte. Tendría que aprender a soportar, resignado, a la multitud que abarrota las calzadas perezosamente y a apartarla para transitar. Las desbordantes alforjas de los asnos casi ocupaban allí la anchura total de algunas calles y obligaban a los viandantes a pegarse a la pared para no ser arrollados por el animal. Engorrosa pero tácita y antiquísima convivencia de personas y animales en la vieja medina de Fez.

A partir de ese día se precipitaron los preparativos y en un abrir y cerrar de ojos todo estuvo dispuesto, como organizado por sí solo. Pero antes de emigrar, todos, niños incluidos, cosecharon con entusiasmo. Era septiembre y la cosecha, que sería su última labor en el campo antes de partir, adquiriría por ello el simbolismo de la conclusión de una etapa de la vida. Segaron la espiga con la hoz, separaron al aire el grano del resto y lo almacenaron en el granero de un vecino al que Mohamed se lo había vendido. El dinero que la familia cobró por el trabajo de recolección, lavado y secado en el techo estaba calculado dirham^[1] a dirham para su futura supervivencia en la ciudad.

Supuso para Salima este tiempo un periodo insólito en que incluso se sentía rara y más sensible. Apreció, como nunca había hecho hasta entonces, las nimiedades de su entorno y valoró aquella tierra estéril, reseca, dura y polvorienta. Le prevenía el corazón de que en la ciudad no disfrutaría con el hechizo de aquella luz maravillosa derramada por el sol sobre tierras y personas. Tampoco observaría, tumbada sobre la tierra en las tibias noches de verano, el firmamento estrellado, aparentemente convexo y con los astros componiendo casi un anfiteatro en torno a ella, un semicírculo que tocaba la superficie a su izquierda, se elevaba bien alto en el centro y rozaba de nuevo el suelo a su derecha. O viceversa.

Capítulo 2

*Cualquiera que sea separado de alguien a quien ama
entiende lo que digo. Cualquiera separado de sus raíces ansía
volver a ellas” (Jalal-al Din Rumi, poeta)*

Cuando Mohamed cerró la vieja puerta de la vivienda, Fatma y sus cuatro hijos le aguardaban inquietos en el exterior al lado de las tres bolsas de deporte en que cabían sus exiguas pertenencias y que constituían todo su equipaje.

Aquella luminosa mañana la aldea rezumaba expectación y congoja. Una nueva separación. Aunque ya estaban habituados a ellas, los vecinos habían interrumpido sus faenas para despedirlos. Los que permanecían en el avejentado campo se afligían al perder unos amigos y familiares difíciles de recobrar. Les añorarían y esa melancolía sería recíproca, pero menos profunda en los que se iban. Los que emigraban juraban regresar de vez en cuando y, sin embargo, pronto se enredaban en ocios ajenos a la aldea y sus moradores, que los alejaban irremediamente de ellos. La situación empeoraba con los niños: no regresaban más. Eran irrecuperables, sobre todo los que se instalaban en el extranjero, aunque nunca dejaran de navegar a duras penas entre dos océanos agitados, entre dos culturas contrapuestas como líquidos con densidades dispares, como agua y aceite, imposibles de mezclar.

Se sentían ellos unos eternos desarraigados, tanto para su propia sociedad marroquí, a la que tal vez despreciasen en algunos aspectos en el fondo de su corazón, como para la europea, que nunca les otorgaría sinceramente la categoría de ciudadanos de su mismo nivel. Cada vez se conocían más casos de jóvenes emigrados que, con el tiempo, se autoafirmaban en su cultura original, regresando a los valores tradicionales

del Islam o mostrando una exacerbada intransigencia ante todo lo occidental, pese a que la mayor parte de sus vidas ya hubiera transcurrido en una Europa a la que ya habrían llegado siendo muy niños.

Entre los emigrados y tras su partida, había quien no daba señales de vida en mucho tiempo encubriendo el malogro de sus proyectos a los del pueblo para no exhibirles un desencanto que incluso a algunos complacería. Por contra, ningún hombre que haya pescado un pez grande regresa a casa por una calle solitaria, de modo que parecía que todos los que salían del pueblo, a donde quiera que hubieran ido, habían triunfado por las noticias que llegaban a Taunat, aunque fuera la realidad bien diferente.

Los semblantes de los que se quedaban reflejaban a la vez nostalgia anticipada y una dosis de envidia inversamente proporcional a la edad de cada uno: cuanto más joven, más ganas de partir y más resquemor. Los viejos ya habían claudicado ante una vida asumida —su sitio se encontraba en la aldea y en ella fallecerían— pero los jóvenes, engatusados por cantos de sirenas y hambrientos de pan y dignidad, meditaban su éxodo. Incluso sentía alguno la obligación de partir cuanto antes. Debían intentarlo, pero aguardaban la coyuntura propicia. En aquel entorno se estaba llegando al punto de poner en cuestión la hombría de quien no intentara quemar^[2], aunque no tuvieran claro con exactitud de qué huían ni hubieran enfocado hacia su propia sociedad toda su vehemencia juvenil en un intento de lograr cambios que mejorasen su vida colectiva.

Unos tipejos desconocidos, embaucadores sin escrúpulos que visitaban las aldeas cada vez con más asiduidad, sacaban partido de la deslumbrante fascinación de aquellos inexpertos muchachos y les organizaban un atrayente periplo, enredándolos en proyectos alocados y con frecuentes finales trágicos en viajes a ninguna parte a bordo de pateras mortales.

Si algún joven tardaba en regresar al pueblo o en enviar noticias, se figuraban allí que esperaba a prosperar para reaparecer más tarde triunfante ante sus parientes y conocidos.

Con su documentación tragada para siempre por el ávido mar que los engullía también a ellos o deliberadamente rota “por seguridad” y siguiendo el orden de sus transportadores antes de subir a la patera, muchos cuerpos no

regresarían jamás para descansar en camposanto musulmán, en tierra sagrada y al lado de los suyos. En eso nadie pensaba, afortunadamente.

Mohamed había regresado a la aldea en busca de su familia al mes de irse él solo a la ciudad. Echando mano de Fddol, ya disponía de un techo bajo el que dormir y de contactos con varias tiendas que le proporcionaban portes de un lugar a otro en aquella laberíntica zona de la ciudad inaccesible para los vehículos.

Ya se las arreglaba entre aquellas callejuelas, pero, en ocasiones y por no dominar aún la zona, debía desandar parte de su recorrido anterior para llegar a su correcto punto de destino. Del barrio de los tintoreros al de los curtidores; del barrio andaluz a los alrededores del Hotel Palais Jamais o a Fez el Yedid. Le extenuaba su trabajo de acá para allá engullido por la muchedumbre de la anacrónica y milenaria medina, nada práctica pero adorable. Ese recóndito lugar y los calurosos habitantes que la colmaban se habían hecho querer pronto y Mohamed, en líneas generales, se sentía a gusto allí.

De momento sus proyectos se iban materializando. En el pueblo sus vecinos tenían la certeza de que conseguiría lo que pretendía, entre otros motivos porque Fatma era una buena esposa. La fuerza que una compañera valiosa transmite a su marido sólo podía ser frenada por los designios de Dios, que era el que conocía lo que realmente les convenía y el único capaz de paralizar las aspiraciones de una familia.

Esa mañana durante la despedida, abatidas las alas de su corazón y conmovida por un sinfín de estremecedoras emociones, Salima no le quita ojo al tío Mustafa. Contempla éste la escena en silencio mientras juega con un rosario en su trémula mano derecha, deslizando sus cuentas desgastadas entre los dedos con destreza, pero nerviosamente. Jamás soltaba su rosario y lo movía sin cesar proyectando en él su estado de ánimo: cuando estaba relajado, las cuentas se deslizaban solas, lentas, casi involuntariamente; si algo le inquietaba o perturbaba, los movimientos de las cuentas de suaves y rítmicos pasaban a ser convulsivos.

El tío Mustafa, con gran autoridad en el poblado y muy admirado, suponía un ejemplo vivo de cómo se puede ser analfabeto y transmisor de cultura al mismo tiempo.

Un involuntario pensamiento, fugaz, aunque intenso, cruzó la mente de Salima y la entristeció: lo más probable era que no volviera a verle jamás. Decían de él que era tan viejo que iban a salirle los dientes de nuevo, o sea, que su muerte le rondaba ya, acechante. Se angustió al sentir aquella separación como definitiva. Los pájaros ganan las alas para volar, pero pierden las manos. No es posible poseerlo todo en la vida, pensó repitiendo un frecuente dicho de su madre.

Le oprimió un nudo la garganta cuando el tío Mustafá comenzó a rogar por ellos en una prolongada jaculatoria de frases piadosas y repasando los numerosos nombres de Dios.

Un pariente de los Al-Hayani se encargó de trasladarlos a un pueblo cercano, algo mayor que Taunat, en que el autobús de línea tenía una parada y lo hizo en un carro de ruedas neumáticas arrastrado por una veterana mula encima del cual se amontonaron para el trayecto personas y bolsas.

Mientras iban subiendo, les despedían familiares y amigos con los ojos húmedos por la emoción del adiós y colmándoles de buenos deseos y bendiciones.

—¡Que Dios os conceda lo mejor! ¡En el nombre de Dios! ¡Que Dios os ayude! ¡Imploramos tu ayuda, Dios mío! ¡Dirígelos por el camino recto!

Los chiquillos del poblado recorrieron un buen trecho a la zaga del carro intentando acariciar entrañablemente las manos de Salima y sus hermanos; éstos, vueltos hacia atrás, extendían los brazos y dedos para tocar a esos camaradas queridos. Un conmovedor sentimiento restaba ilusión a la partida. ¿Repudiaban sus orígenes, su suelo natal? Solía decir el tío Mustafa que a esta sedienta tierra la regaban los abundantes llantos de emigrantes, tan desgarrados al irse como se sentían los AlHayani en aquel momento.

A Salima no le había sucedido algo tan emocionante en la vida y, una vez sentada en el autobús, aguardaba con impaciencia el comienzo de un viaje cuyos detalles desconocía y por los que sentía curiosidad cuando, en algunas ocasiones, lo había visto partir. En breve experimentaría cómo se veían las cosas desde arriba y al circular con velocidad por la carretera. Hasta ese día únicamente se había trasladado en carros de mulas, jamás en un coche o autobús.

Ya en ruta, el vehículo se cruzó a veces con campesinos montados en sus pequeños asnos y seguidos por sus mujeres que caminaban un par de metros más atrás. Encontraron igualmente a muchachos dirigiendo hacia alguna fuente a sus jumentos colmados de garrafas de plástico vacías, hábilmente colocadas sobre el lomo. Otros jóvenes que veían al pasar exponían en un tablero estrecho numerosos minerales y algunos fósiles: piedras judaicas, lenguas de víbora, ámbares, dendrita, amonitas, belemnitas... Eran llamativas y algunas, también, falsas. Mohamed ignoraba que cada una tuviera su propio nombre y, esta vez, no supo explicarle a su familia para qué alguien, en su sano juicio, podía querer comprar piedras. Todos saboreaban el desplazamiento y disfrutaban tanto del camino como de la esperanza de un nuevo destino.

Cuando el vehículo entró al fin en las carreteras de circunvalación de la ciudad de Fez, Mohamed anunció:

—¡Gracias a Dios! ¡Ya estamos en la ciudad! ¡Que Dios nos ayude!

Fatma se unió a la súplica: —¡Que así sea!

Desde lo alto del autobús, conforme se acercaban, divisaban las dos zonas de Fez, muy distintas y bastante alejadas entre sí: el nuevo Fez, la “Ville”, centro industrial y colonial que controlaba la otra mitad de la ciudad, y el antiguo Fez, el auténtico, una vetusta zona cada vez más abarrotada y, quizá, desamparada.

A los Al Hayani les sorprendía el descontrol del tráfico, con destartalados vehículos moviéndose temerarios sin orden ni concierto y usando el claxon sin cesar. Los peatones atravesaban por doquier y saturaban las aceras y la calzada mientras decenas de automóviles, furgonetas y bicicletas insistían en sus rumbos respectivos a pesar de las indicaciones de los simbólicos semáforos.

Para los niños, sin televisión en el pueblo, los elevados edificios de la “Ville” son una novedad.

—Parece mentira que unas casas tan altas no se caigan —comentó ingenuamente Sidi Mohamed.

A los pies del cerro se extendía el barrio de Fez el Bali y justo a su entrada se encontraba la estación de autobuses de Bab el Yedid, adonde

llegaron Salima y su familia con sus pocas bolsas raídas y sus abundantes ilusiones.

—Este será nuestro barrio —anunció su padre—. Aquí dentro está nuestro nuevo hogar.

Tras apearse del autobús, iniciaron el trayecto hasta su casa compartiendo entre todos la carga del equipaje.

—Es emocionante —le dijo Salima a Sidi Mohamed.

Ante los ojos de los Al-Hayani se extendía este viejo barrio partido por el río Bab Yedid y encajado entre unas colinas marchitas que lo rodeaban en una posición hermética y aparentemente agobiante.

Conforme descendían por él percibían su inextinguible abolengo, que se había mantenido intacto en medio de una sociedad moderna en forma de mezzitas, mosaicos, estucos... Los emigrados veían al pasar cómo muchos artesanos daban vida a las calles del lugar con sus trabajos en oficios inmemoriales, rodeados por una muchedumbre que recorría sus callejuelas constantemente en un trasiego intenso.

Transitaron Salima y su familia las calles Bugaleb y Yussef para llegar a su nueva casa, en el zoco Neyalin, barrio de los carpinteros, abrigado por la privilegiada mezquita Karauín.

—Es el edificio principal de la ciudad —comentó Mohamed con orgullo, como si la proximidad de una mezquita tan emblemática elevara la categoría de su nueva vivienda—. Durante largo tiempo gozó del privilegio de ser la única que llamaba a la oración en toda la ciudad. Me han dicho —continuó— que todas las calles de la medina confluyen en ella. A mí me gusta venir a orar aquí. Dentro de sus paredes parece que Dios está más cerca. Seguro que Él nos protegerá más aquí que en el pueblo.

Fatma asintió de acuerdo con su marido y suspiró, anhelante de ese amparo: —¡Que Dios te oiga!

Apreciaron desde fuera su placidez interior, reflejada en la actitud y el semblante de las personas que allí se encontraban; parecían aisladas y protegidas en aquella atmósfera de las desgracias del mundo, pero en su puerta tres mendigos en cuclillas, con la cabeza gacha y la mano extendida, suplicaban auxilio derrotados por la dureza del exterior.

Sin tregua, estos recién llegados, engullidos por una medina que los iba haciendo suyos y receptivos a todo cuanto les rodeaba, observaban el antiquísimo adoquinado de las calles y, según avanzaban despacio, frenados por un aluvión de gente yendo y viniendo, percibían los olores intensos de las calles sustituyéndose unos a otros. Olor a especias, a excrementos de asnos y mulos, a recientes frituras elaboradas al aire libre, a ollas de olorosos caracoles pequeños especiados, a sabrosas frutas de verdad, imperfectas, pequeñas y maduras poco a poco por el sol...

Con sus observaciones acerca de lo que iban hallando en el trayecto, Mohamed intentaba ensamblar a su familia en un escenario que desde ahora sería ya el suyo.

Les comentaba:

—Como veis, estas calles son tan estrechas que impiden el acceso a los vehículos y tan laberínticas que sus vueltas y revueltas causan que muchas veces los forasteros sean incapaces de salir de aquí sin la ayuda de un guía.

En esto, desembocaron desde un callejón por el que apenas cabría una persona con un paraguas abierto a otro donde casi fueron arrollados por una hilera de cuatro burros cargados con cestas colmadas de escombros de alguna vivienda en obra.

Sidi Mohamed se fijó en que todos los animales de carga de la ciudad iban sarcásticamente herrados con neumáticos. Su inexpresiva mirada reflejaba el manso sufrimiento por un extenuante trabajo y el arrebató de su maltratada dignidad.

—¡Pobrecillos! —pensó el niño. Aquellas herraduras, aunque blandas, debían de ser dolorosas.

Descendieron una angosta calle más y Mohamed, con el brazo extendido, les señaló desde lejos cuál era la puerta de entrada de su casa. Según se aproximaban el ansioso corazón de Salima latía con más fuerza.

El nuevo hogar de los Al-Hayani era un antiguo palacio *riad* dividido por los herederos de su antiguo dueño en nueve partes que arrendaban a otras tantas familias. Con esta división y alquiler evitaban un espinoso reparto de la heredad o una gravosa rehabilitación de la misma.

Su portón de entrada, cincelado y engalanado con herrajes, establecía la frontera entre la trepidante calle y el sosiego interior. Colgaba de él un picaporte con forma de mano, la Mano de Fátima, como símbolo de protección. Este portón siempre permanecía abierto por el continuo entrar y salir de los niños que vivían allí. En cualquier caso, había poco que robar dentro.

Su humilde fachada, ataviada únicamente con algunas pequeñas y altas ventanitas enrejadas con pulcritud, contenía del otro lado profusos ornamentos de estuco y mosaico. La casa asombraba por dentro.

Con restos de pintura de colores finos —azul y oro en sus techos de madera— y a pesar del deterioro evidente del edificio, su esplendor pasado perseveraba en múltiples detalles. Todas las habitaciones se comunicaban a cubierto y se asomaban a un fresco patio central con una fuente de mosaico y dos árboles que regalaban a sus habitantes sombra y trinos de pajaritos. También sus puertas interiores, de anchura y altura inauditas, se engalanaban con relieves cuidadosamente esculpidos. —Nunca había estado en una mansión tan hermosa —dijo Fatma en voz baja a su marido—. Somos afortunados al disfrutarla, aunque la compartamos con desconocidos.

Su nueva casa no llegaba a serlo del todo, al menos en cuanto al número de habitaciones ya que, sin dinero para más, sólo habían arrendado una.

Para alquilarles algo de privacidad, los dueños no necesitaron más que poner un candado en cada puerta. Compartirían la cocina, si lo deseaban, y el retrete que había en el patio. Con un hornillo de gas de base ancha colocado sobre una bombona de butano, las mujeres podrían preparar sus comidas en su propia vivienda, en el aireado pasillo exterior que daba al patio.

—Por el momento —comentaba Mohamed con Fatma—, aguantaremos aquí. En el futuro, Dios proveerá. La renta nos permitirá ahorrar algún dinero hasta conseguir una casa propia, aunque sea la más humilde. Este es un buen barrio, uno de los mejores. Aquí residían hasta hace poco las personas más influyentes de Fez.

Y así comenzaron los Al-Hayani su vida en la ciudad.

Capítulo 3

“Mi ánimo es más firme que una roca, más recio que los inmóviles montes.” (Poema anónimo)

Acababan de cenar.

Con la puerta de la habitación abierta se oían los llantos soñolientos de los niños de la vecindad y las voces de sus familias. Fatma levantaba los cojines de las camas turcas para preparar el lecho de sus hijos, mientras su marido descansaba relajado y Salima salía al patio para fregar los cacharros de la cena. Le daba pereza, pero había que hacerlo pronto, ya que se respetaba escrupulosamente el orden de llegada de las mujeres al único lavadero de la casa, situado en una esquina del patio y en el que todas las familias fregaban los platos y hacían la colada. Así se evitaban problemas entre ellas. Había que andarse rápido o esperar el turno largo tiempo, porque el escaso chorro del grifo era de una lentitud exasperante.

Mohamed comentó a su mujer mientras estiraba las piernas buscando la posición más cómoda:

—¡Ay, mujer! ¡En el nombre de Dios! ¿De dónde te vendrán a ti esos aires de grandeza? ¡Mira que gastarte el dinero en eso...!

Con los primeros dirhams que había conseguido ahorrar en sus primeras semanas en la ciudad Fatma se había comprado, además de varios cacharros de loza, una vajilla, algunos vasos de mesa, cubiertos y manteles — todo ello necesario —, un prescindible juego de té y otro de café. A su marido le costaba comprender el motivo de esa excentricidad.

—Nada da más dignidad a una casa pobre que una mesa bien servida — argumentaba ella en voz baja continuando entretanto su labor.

Sin refinamientos de sábanas y de ropa de cama adecuada, era fácil hacer de noche y deshacer de día unos camastros cubiertos únicamente con algunos cobertores incapaces, por otra parte, de librarles del frío del invierno y del calor del verano.

—Lo cortés no quita lo valiente —continuó la mujer explicando con timidez el extraordinario gasto—. ¿Y si un día viene a casa un médico o alguien importante? Necesitábamos los juegos de té y café para recibir dignamente una visita.

Para Fatma las visitas eran uno de los mejores entretenimientos en el pueblo, donde no había otra cosa que hacer, y también lo serían en la ciudad, sin diversiones, aparte de pasear, ya que los cafés eran cosa de hombres y el dinero no alcanzaría para ir al cine.

Sidi Mohamed entró en aquel momento con algunos platos lavados por su hermana en la mano.

—Hoy hemos sido los segundos. ¡Ha habido suerte! —comentó.

Los niños casi tomaban este apremio para fregar los cacharros como un juego entre vecinos, pero Mohamed lo encontraba incómodo e indigno y, como para sí mismo, susurró de nuevo su reiterada queja:

—Esta convivencia no es plan. ¡Cuando se tienen hijos hay que tener casa propia!

Pero no era sencillo. No era sencillo en absoluto: Los gastos se multiplicaban sin saber cómo y el dinero no alcanzaba para nada.

Fatma escuchó la queja y le tranquilizó, también por enésima vez:

—Para nosotros estar en la ciudad ya es un progreso y vamos avanzando bien. Los niños están tan asentados como si hubieran nacido aquí. Iremos a mejor, ya verás. Lo fundamental es que esta nueva casa nos dé suerte, porque ya sabes que algunas provocan problemas a sus moradores. Todo saldrá bien — repitió, animándose pese a sus supersticiones.

Entonces entró Salima, que cerró la puerta metiendo antes la vieja caja metálica donde su madre, como buena pueblerina, había plantado

cilantro.

La muchacha dejó los platos en el estante y ayudó a Fatma a colocar los cojines sobre los fardos apilados que, en una habitación sin armarios, contenían las prendas de vestir que no se pondrían aquella temporada.

Mohamed bostezó preparándose ya para acostarse tras otro fatigoso día y preguntó a su mujer:

—¿Qué necesitas mañana para cocinar?

Él era quien se encargaba de la mayor parte de la compra de la casa. Cuanto menos anduvieran las mujeres por la calle, mejor. Fatma contestó:

—Algo de leche para Hassanía, col, naranjas y aceite.

Lo más básico e imprescindible. En cualquier caso, su marido traería algo mejor si le alcanzaba el dinero. Ahorran de los ahorros y, sin otros lujos de los que prescindir, lo quitaban del estómago. Los niños desayunaban té y sólo tomaban un vaso de leche los sábados, excepto Hassanía, la pequeña, que por su edad aún necesitaba una ración diaria. Fatma cocinaba muchas coles, porque eran económicas, y poca carne y pescado, que, además de su alto precio, necesitaban para prepararse bastante aceite. De fruta comían también las más asequibles: pocos plátanos y manzanas y muchas naranjas, pero a veces ni para naranjas había. ¡Y menos mal que Mohamed se había traído cuatro gallinas de las del pueblo aprovechando una visita allí! Cada día les echaban de comer y, aunque andaban sueltas por el patio y salían algunas veces a la calle, nunca les habían robado ninguna hasta el momento. Eran rápidas, ágiles y escandalosas: sabían cómo defenderse. Con el tiempo consiguieron que pusieran con la misma regularidad que en la aldea y, como en un juego más, todas las tardes los niños buscaban sus huevos y vigilaban el nidal para evitar las posibles malas tentaciones de alguien ajeno a la familia.

Era un momento de satisfacción para Mohamed cuando cada semana llevaba a casa el dinero ganado, pese a ser siempre una cantidad apenas apreciable en aquellos dificultosos tiempos. Como en un ritual, su esposa abría la cremallera de uno de los cojines gruesos y rectangulares de las camas turcas de su casa e introducía en él los viejos y manoseados billetes.

Mohamed y los niños mayores no diferenciaban este almohadón de cualquier

otro, pero Fatma lo reconocería entre decenas, aunque cada semana lo cambiaba simbólicamente de sitio. No le quitaba ojo porque contenía sus ilusiones y el fruto palpable, contante y sonante, de sus desvelos, ahorros y privaciones.

—Dios aprieta, pero es misericordioso. Llegarán tiempos de mayor abundancia —pensaba Mohamed en sus momentos de optimismo.

Le aterraba la idea de llegar algún día a la miseria extrema que había llevado a otros hombres a poner a sus hijos a mendigar en la medina.

Lo argumentaba de este modo:

—¡Por nada del mundo! ¡Muy acuciados debían de haberse visto esos infelices padres de familia durante largo tiempo para bajar así la guardia de su ética! ¡Cómo me compadezco de ellos! Es tan importante para los pobres no perder la dignidad... Hasta el pan cotidiano tendría un gusto muy amargo sin dignidad.

Él no sucumbiría. Haría lo imposible para no degradarse cayendo en un preámbulo de infortunio del que ya fuera imposible salir.

—Como asegura una expresión popular, “el mundo es madre”. A la vida hay que amarla mucho porque nos ha sido dada por Dios, que nos permite continuar respirando. La vida es lo más digno de amor que existe y hay que amarla como al mundo y a la madre.

Esos eran los pilares básicos de la filosofía de Mohamed que, con frecuencia y para que lo asimilasen cuanto antes, les explicaba a sus hijos:

—La fortuna de nacer en un lugar y clase social y no en otro la tenemos o no. No podemos transformar esa condición. Por eso debemos resignarnos y estar satisfechos con nuestra situación en el mundo. Lo contrario nos hace infelices y, sin solucionarnos gran cosa, únicamente nos resta energía. Debemos asumir nuestras circunstancias, aunque peleemos a diario por mejorarlas.

Y así era: no pretendía ni por asomo transgredir las infranqueables barreras de su condición, pues no lo conseguiría ni en mil años que viviera. Se conformaba y ya era suficiente con disponer de lo necesario y de una vida en paz.

Mohamed se tenía por un buen esposo y por un buen padre. Cuando regresaba del trabajo, sus cuatro hijos, incluida la pequeña Hassanía, le saludaban con alborozo besándole cariñosamente en el brazo o en la mano, como en señal de respeto debían hacer igualmente a los abuelos, a los tíos y a otras personas mayores de la familia.

Nunca les pegaba. Los quería tanto que a lo más que llegaba cuando contradecían sus normas era a sacar el cinturón y blandirlo amenazante asiéndolo por el lado contrario a la hebilla. Santo remedio: el ademán los calmaba. Así habían hecho con él en su infancia y había funcionado. Muchas cosas debían repetirse de generación en generación, sobre todo si demostraba el tiempo sus beneficios.

Era Mohamed, en definitiva, un padre entregado a su familia y bondadoso que, cuando tenía tiempo, pasaba largas horas con sus hijos sentados en su regazo. Vivía, pues, para ellos y para su trabajo. Su único rato de solitario asueto era el que se regalaba las tardes de los sábados cuando, sentado en la calle en una mesa de un café pequeño y antiguo cercano a su casa, sorbía con calma y ruidosamente un café solo hecho al modo tradicional marroquí, condimentado con canela, grueso y con mucho poso.

Compartiendo su escasa tregua de descanso con su familia, algunos domingos —si el tiempo lo permitía— libraba un par de horas y se reunía con Fatma y los niños, que iban antes, en un descampado cercano para buscar sol y calor aireándose fuera del laberinto de la medina.

También allí había mucha gente, como en cualquier zona de la ciudad, porque era un entretenimiento de pobres, de los que no conllevan gastos. Los adultos se sentaban en el suelo en grupos mientras los niños alborotaban correteando alrededor. No lejos de allí, en las colinas que rodean la ciudad, las tumbas de piedra de los cementerios de Bab el Hamra y de Bab Ftú salpicaban de blanco sus praderas. A Fatma no le complacía la común relación del vecindario con el camposanto. Con gran familiaridad la gente se tumbaba sobre las lápidas o las utilizaba como mesa durante la merienda, pero a ella los sepulcros le causaban respeto y temor. Disfrutaba, en cualquier caso, divisando desde la altura de aquel lugar una medina imposible de percibir en su conjunto una vez sumergida en ella. Así mostraba su histórico

esplendor y grandeza la ciudad vieja, recogida entre altos muros circundantes y engalanada con cúpulas y alminares.

Iban igualmente en ocasiones los Al-Hayani a visitar a la tía Fdoll o, en pleno verano, a pasear por los alrededores de la casa aprovechando el frescor de la noche veraniega. Se fundían entonces el ruido de las cigarras con las fragancias penetrantes de los jazmines, propagadas desde algunos patios. No reparaba la familia, para no estropear su bucólico paseo, en los numerosos gatos hambrientos hurgando en las pestilentes basuras arrojadas en los canalillos de las aceras.

Una vez al mes —y no dos, como habrían deseado—, Mohamed y su familia acudían al baño turco. Normalmente lo hacían un viernes, día de descanso semanal para los trabajadores de la medina. Se lavaban entonces cómodamente, evitando el arduo trabajo de llenar en casa el barreño grande de plástico con aquel irrisorio hilo de agua de la fuente del patio después de esperar un paciente turno, aún más cansino los fines de semana, cuando los miembros de todas las familias realizaban un aseo más profundo.

Al poco de llegar a Fez, Salima y Sidi Mohamed se incorporaron al curso escolar en una antigua escuela cercana a su vivienda. Por su parte, el pequeño Ayub, como cualquier varón de su edad y antes de acudir a la escuela normal, comenzó a ir a una coránica para aprender a recitar trozos del libro sagrado.

Fatma, que se había quedado en la vida con ganas de mayores conocimientos, animaba a sus hijos a tomar sus estudios en serio y evitaba en lo posible cargar a Salima con demasiadas obligaciones femeninas para que pudiera hacer los deberes. Le gustaba leer lo que los niños traían de clase y sentía que iba a la escuela por medio de ellos, a través de ellos. Ansiaba aprender.

Fatma supo por Umm, una hermana de su vecina Latefa, que existía una institución donde mujeres como ella podían recibir una formación profesional amplia que iba desde el bordado hasta la planificación familiar o la dietética.

Le interesaba mucho, pero no tenía tiempo para acudir.

—Cuando se tienen hijos, algunas cosas de la vida se acaban para

siempre — pensó—.

Además, Mohamed nunca aprobaría que acudiera, porque las clases eran al final de la tarde.

No había vuelta de hoja.

¡Le había oído tantas veces que el lugar de la mujer era su casa cuando anochece y el mercado cerraba...!

Su hija Salima, también curiosa, disfrutaba yendo a la escuela y aprendía con avidez sin perder detalle de las explicaciones de la maestra. Hacía los deberes con interés y concienzudamente y le encantaba leer cuanto caía en sus manos, aunque no fuera más que alguna hoja de periódico atrasado usada como envoltorio de alguna compra. Desconocía mucho vocabulario, así que algunas noticias le parecían jeroglíficos compuestos por una sucesión de términos indescifrables. Aun así, disfrutaba leyéndolos.

La vida en la ciudad discurría apacible para la niña que vivía en su mundo, ajena a estrecheces y privaciones, hasta que su padre se mostró inflexible al ordenarle llevar a la escuela chilaba y velo islámico.

—Hasta los diez años, pasa, pero tú ya tienes once años —comunicó con solemnidad— y quiero que le des buen nombre a esta familia.

No era una imposición despótica o brusca, pero sí tajante.

A la mañana siguiente la sumisa Fatma, en un aparente acatamiento, tenía preparado el velo y la chilaba. La pequeña se lo puso de mala gana pero sin rechistar. No le hallaba nada favorable a esta indumentaria.

Lo llevó durante tres semanas sin objeción alguna hasta que una noche, con la casa en reposo por el sueño de los niños, Fatma se dirigió cautelosamente a su esposo.

—Mohamed, tengo que hablarte...

Se interrumpió y bajó la mirada. Le costaba discrepar.

—He pensado mucho en ello y no encuentro ningún beneficio en que la niña lleve el velo. Es un retroceso, porque se puede ser decente con el pelo al aire y la cara bien descubierta. Yo me encargaré de orientarla correctamente y de proteger su buena reputación. Te prometo que nadie podrá hablar mal de nuestra hija, pero no la obligues a ponerse el velo, te lo ruego...

Al tiempo que suplicaba se besaba el dorso de su propia mano, recalcando la petición expresada.

A regañadientes y no inmediatamente sino días más tarde, Mohamed accedió a esta súplica. Se escucha más a los que menos hablan y se concede más a los que menos piden. Y su mujer nunca le pedía nada.

No obstante, Mohamed creía que sus motivos en esta vida eran tan válidos como los de los demás y tenía el convencimiento de que el velo protegería a su hija, a las puertas de la adolescencia, de cualquier proposición indeseada.

En realidad, para las mujeres de su entorno el velo era una costumbre actual, no una tradición familiar. A las campesinas les estorbaba para trabajar en el campo, pero cuando se iban a vivir a la ciudad se ponían el velo, demostrando al mundo su alejamiento de lo rural. En tiempos recientes, por contra, las señoras de clase media y alta se lo quitaban para parecer más europeas, y las mujeres urbanas cultas se cubrían con él como reivindicación cultural. Cada cual tiene sus motivos, en efecto.

Capítulo 4

“La salud reside en la medida, la templanza y la moderación”.

(Haddit del Profeta Mahoma)

Cuando Salima y su familia se trasladaron a la ciudad aún no habían nacido los gemelos. Lo de los partos dobles se repetía continuamente a través del tiempo en la genealogía de su familia materna y Fatma admitía este hecho como algo fuera de toda duda. Con la misma certeza de que su vida debía extinguirse algún día por la ley implacable de la humanidad, siempre había sabido, aunque ignoraba cuándo, que iba a llevar en su vientre dos vidas a un tiempo, como a todas las mujeres de su familia les había ocurrido durante generaciones.

Por sus reglas irregulares tardó en conocer su embarazo y achacaba el cansancio y los vómitos a una enfermedad así que, para poder continuar con su ritmo de trabajo diario, tomó un cóctel tradicional de especias e intensos remedios caseros para una limpieza profunda del organismo. Pero los síntomas no se aliviaban porque no era una enfermedad, sino un embarazo doble.

Fatma se sentía realmente agotada, pero, como su hermana mayor repetía siempre, nunca es negativo el nacimiento de un hijo. Nada hay más maravilloso que sacar vida de la propia vida. La única maldición para una mujer es la esterilidad, porque puede causar el repudio de su marido.

Tras un embarazo muy duro, nacieron los gemelos sanos y guapos, y Fatma se lo agradeció a Dios muchas veces.

—Serán unas personas fuertes. Incluso viniendo al mundo fuera de planes y entre complicaciones, le han ganado un pulso a la vida antes de nacer — comentaba con frecuencia.

No obstante, los pequeños sufrían con asiduidad fuertes crisis asmáticas a duras penas controladas con un imprescindible inhalador que habían de tener continuamente en casa.

Mas no se atenuaba con tanta facilidad la delicada salud de su madre.

Cuando los gemelos tenían ya unos meses y en vista de que la debilidad de Fatma aumentaba dificultando cada vez más su día a día, la tía Fdoll la convenció para llevarla a una vidente, porque el mal de su sobrina más le parecía asunto de magos que de médicos.

Ambas mujeres creían en los diablos a pies juntillas. En todo caso, nada perderían yendo. Además, las medicinas, tan caras como los videntes, habían resultado ineficaces hasta el momento.

Hadda, la vidente más conocida de toda la comarca, vivía en el barrio de chabolas de Bab Segma. Menos discreta que sus colegas de los barrios residenciales, mostraba públicamente su vocación con un estandarte en la puerta de su casa y allí llegaron Fatma y Fdoll, completamente vestidas de negro y dispuestas a someterse a la ceremonia.

Al verla, las dos mujeres celebraron la piel oscura de Hadda que mostraba su procedencia de los esclavos del sur y su contacto con la África profunda, dominante referencia en el reino de la magia y en el mundo de los espíritus, por tanto.

La insólita mirada de los ojos de la hechicera, enmarcados por unas muy tupidas pestañas, le daba a su expresión un aspecto extraño. Sin una sola arruga en el rostro, la forma de su cuerpo y sus movimientos evidenciaban, por contra, que no era ya una mujer joven.

El interior de la vivienda parecía un muestrario de frascos amontonados y cachivaches de utilidad inexplicable. Una penumbra envolvente y un silencio inusual, como de cuarto cerrado a cal y canto, ponía a los visitantes en situación. Todo parecía bien discurrido, sin improvisación ni simpleza.

Antes de comenzar y justificando lo caro que les saldría, la maga les

explicó que ella tenía visiones, no imaginaciones.

—Veo el futuro con nitidez y claridad —les dijo—. Para luchar contra lo malo debo interpretar los mensajes enviados por espíritus de fuerzas sobrenaturales superiores, y eso no es nada fácil. Este don es una compensación divina por encontrarme habitada por espíritus poderosos dominantes que me atacan violentamente, como a todas las videntes. Carezco de privilegios, sólo tengo desventajas.

Lo que no les esclareció fue si, como decía la leyenda, necesitaba alimentarse de carne cruda para calmarse o si su condición de adivinadora la condenaba también a la esterilidad, además de a la marginación.

Fatma estaba aterrorizada y deseaba marcharse de aquel santuario particular, pero Fdoll la calmó mirándola a los ojos, transmitiéndole el mensaje de que una vez allí había que llegar hasta el final. Entonces una idea repentina la paralizó: si se marchaban a medias, podían enfadar a la bruja, capaz de calmar su enojo con algún conjuro perjudicial. Lo más conveniente era aguantar hasta el final.

Hadda continuó poniéndolas en antecedentes:

—Busco siempre la intercesión de dos espíritus femeninos muy importantes en la constelación de fuerzas naturales y provoco la presencia de algunos santos locales.

Mientras preparaba el ritual utilizando un recipiente repleto de toda clase de conchas, un pañuelo grande y un trozo de fieltro de lana gruesa, recitaba en voz baja una letanía de invocaciones aparentemente incomprensibles. A continuación, roció varios puntos de la estancia con incienso para calmar a los espíritus:

—Estos efluvios producen placer a los demonios y bajo sus efectos soltarán a su presa o, al menos, aflojarán sus garras de ella.

La ceremonia comenzó. Fatma y Fdoll dejaron de ser meras espectadoras para concentrarse verdaderamente. Después de convocar a los espíritus, la adivinadora comenzó a bailar hasta caer en trance. Algo más tarde, al parecer ya lejos del mundo de los seres corrientes, comenzó a perorar en una incomprensible jerga mientras giraba con la cabeza en redondo y se daba fuertes golpes en el pecho con la palma de la mano abierta,

alternando la izquierda y la derecha. El tac-tac de estos golpes erizaba la piel de una Fatma aterrorizada.

—Las causas de tu agotamiento, como me temía, son espirituales, no físicas — dedujo al final Hadda dirigiéndose a ella y mirándola más fijamente de lo que Fatma habría deseado; aquellos ojos encendidos no hacían más que aumentar su pánico—. Las envidias de mujeres que te conocen han desencadenado todo este proceso.

A Fatma, confundida, no le cabía en la cabeza que alguien pudiera envidiarla. Al tiempo que hablaba, la maga filtraba un líquido compuesto de agua y una mezcla de gotas de tres recipientes distintos; a continuación, le explicó el modo en que debería tomar la pócima a diario:

—A medida que la vayas consumiendo, te encontrarás mucho mejor. Bébelo a pequeños sorbos hasta que lo termines por completo. Unas semanas después tendrás que repetir el ritual otras dos veces para librarte del todo de influencias negativas.

También le recomendó una infusión para la angustia hecha con basilisco, mejorana, malva y salvia, y otra de laurel, romero y melisa para tener un sueño relajado.

—Que Dios te dé la paz —le dijeron con doble intención las dos mujeres para despedirse.

Cuando salieron de la casa cogidas del brazo para infundirse mutua fortaleza, se encontraban confundidas, menos por la sesión presenciada que por el altísimo precio que con todo descaro les había cobrado la adivina, aún sin más garantía de curación que la propia fe.

Fatma ponderaba cómo confesar a su marido el precio real de esta aventura quizá inútil.

—¿Habré tirado el dinero? Hay quien dice que en cuanto se te pasa por la cabeza la idea de visitar a una maga, mejor haces en buscar su asesoramiento porque, si no lo haces, las consecuencias pueden ser bastante peores.

Fdoll tranquilizó a su sobrina.

—Has hecho lo correcto. Sin causar mal a nadie y por el bien de toda

tu familia, has intentado salir del atolladero al que una mala salud misteriosa os ha abocado. Déjame a mí con Mohamed... Ya le explicaré yo.

Y las dos se despidieron con un beso cariñoso.

.....

Según Mahoma, la higiene es una manifestación de la fe; en eso pensaba Fatma camino de casa. Quizá en contradicción con el ritual en que acababa de participar, necesitaba arrancarse de la piel los efluvios de aquel lugar siniestro. Le apremiaba ir al baño turco. Cuidar y limpiar el cuerpo es un acto de fe. El agua purifica el alma y el organismo.

Salima se ofreció encantada a acompañarla al baño. Sidi Mohamed cuidaría de los pequeños, así podrían relajarse tranquilas las dos. Aunque tenían un baño turco muy cerca de casa, avisaron al niño para que ante cualquier dificultad acudiera a Malika, una vecina encantadora y pequeña como un niño de ocho años. La actitud de esta mujer con todo el mundo era tan exageradamente complaciente que no parecía natural; tal vez compensara de este modo algún complejo por su baja estatura.

Este viejo baño turco era más barato que los modernos porque estaba pasado de moda y compartía fuego y caldera con un horno de pan contiguo. Los nuevos tiempos habían extinguido la tradición que avalaba que las desigualdades sociales se desvanecían en el baño. Ahora quienes podían aseaban en la bañera de casa o en locales modernos y elitistas a los que a muchas personas no se les permitía el acceso ni llevando el dinero de la entrada en la mano.

El susurrante manar de su fuente central relajaba la atmósfera ambiental. Todo en él era tradicional: el revestimiento de azulejos, las tres salas correlativas en que aumentaba gradualmente la temperatura...

Se sentaron madre e hija junto a una pequeña alberca con un chorro de agua en ebullición próximo a otro de agua fría, vertiendo con parsimonia agua caliente por su cuerpo hasta dilatar los poros. A continuación, se aplicaron jabón y con una esponja áspera en unas zonas y piedra pómez en otras se restregaron concienzudamente todo el cuerpo, eliminando los restos

negros de piel muerta. Sin una innecesaria exhibición que excediera la discreción y en un ambiente de recatado pudor, se masajearon las dos mujeres sin los tabúes occidentales. Luego, una empleada del baño las friccionó profesionalmente con un brío casi irritante. Para finalizar, se lavaron el pelo con arcilla jabonosa diluida en agua de rosas y azahar y Fatma se tiñó las canas con alheña en pasta. Mientras lo hacía, con los ojos cerrados, sentada y apoyada la espalda en la pared con las piernas estiradas, se evadía de su complicada existencia y se distanciaba tanto de las zozobras de su vida cotidiana como del turbador desasosiego causado por el ritual de la hechicera.

El fuerte chasquido de un cubo de agua vertido en el suelo para limpiar el pavimento la hizo regresar a la realidad.

Se hacía tarde.

Se secaron las dos y envolvieron la cabeza en un chal para protegerse de corrientes de aire y posibles cambios de temperatura y, dando por concluido el ceremonial del baño, salieron reanimadas para regresar presurosas a casa.

Salima deseaba perfumarse al llegar y ponerse un camisón immaculado que prolongara aquella sensación de profunda limpieza. Por su lado, Fatma se inquietaba por acercarse el momento de dar cuenta a su marido de la cantidad de dinero gastado en una sola tarde y también por su obligación de retomar cuanto antes las riendas de tantas personas y trabajos domésticos en sus únicas manos.

El placentero paréntesis se cerró pronto, en efecto. En la calle, justo a la puerta de casa, Sidi Mohamed, con preocupación, la avisó de que los gemelos empezaban a sufrir otro ataque de asma.

Siempre les ocurría todo a los dos a la vez.

Poco después, ante el ya evidente sufrimiento de los niños y conociendo de sobra las instrucciones del doctor, Fatma mandó con urgencia a su hijo mayor a comprar en la farmacia los medicamentos necesarios. Una crisis siempre suponía también un gasto de dinero. Había sido una tarde económicamente ruinosa. El baño le había hecho mucho bien, pero mejor se lo hubiera ahorrado

Al empeorar paulatinamente con el tiempo la salud de los pequeños,

la economía de los Al-Hayani se complicó aún más. Ya solamente aspiraban a sobrevivir: no había para más. Mohamed se tuvo que tragar sus anteriores palabras cuando le aseguraba a su esposa: —No trabajarás mientras yo viva.

En la vida había que tomar las cosas como venían, entre tantas complicaciones insalvables, de modo que, con el aumento de las estrecheces familiares, Fatma se vio obligada a buscar trabajo.

Comenzó a preparar sémola de cus-cus en una fábrica trabajando cada noche sin contrato ni más compromiso que unos dirhams por día de trabajo. En cualquier caso esta labor era mejor que el campo. Habían escapado de la tierra y no querían regresar a ella.

Aún en la certeza de que los ángeles son testigos de las oraciones rezadas en cualquier parte y a cualquier hora, en tan difíciles circunstancias Mohamed acudía cada día a la mezquita Karauín para implorar soluciones, y los viernes no se perdía el sermón semanal que el predicador daba tras rezar por el bienestar de los gobernantes. Él grababa sus palabras en la mente y las digería más tarde, intentando comprender el mensaje y hallar allí remedios para sus agobios. A pesar de ello las soluciones se resistían, y sus asuntos iban de mal en peor.

Capítulo 5

“No siempre estás en tu propia casa cuando estás en la tuya”.

(Proverbio indio)

Habían escogido la peor ocasión para decírselo. Hasta entonces había sido un día extraordinario en muchos aspectos. La boda de una joven vecina, Amal, cuyos preparativos había seguido Salima muy de cerca y con entusiasmo, acababa de celebrarse en el caserón.

La humildad del festejo no le había restado, sin embargo, ni un ápice del fetichismo y la superstición de las bodas campesinas. Se concentraron en un solo día —no había para más— todas las ceremonias imprescindibles para que la familia y conocidos tuvieran a los novios por desposados como había establecido Dios: escribieron el acta de matrimonio, le pintaron a la novia las manos de alheña hasta que parecieron enfundadas en preciosos guantes de negro encaje, le dieron la dote... Todo el mismo día. Lo único celebrado en otra ocasión fue la petición de mano y la habían realizado incluso en ausencia de la novia.

Amal era muy joven pero ya había sufrido en propia carne el poder de unos moldes sociales tradicionales propios de una sociedad estancada. Sus padres se habían apresurado a buscarle un marido porque su acusado bizqueo la afeaba completamente. Cualquier hombre tomaría por esposa a una de sus hermanas o primas antes que a ella. Por lo demás, lo tenía todo: era agradable, cariñosa y risueña.

Un matrimonio precoz con un primo suyo que todo el mundo consideraba algo pazguato frustró sus deseos de estudiar. Él era un alma de

Dios, un pobre diablo, pero nada apetecible como marido y con él la casaron sin consultarle. Al volver una tarde de la escuela sorprendió a las dos familias reunidas en su casa con todo ultimado. Ni habían escuchado su opinión. El novio, que tenía quince años más que ella, vivía en el pueblo del que procedía la familia, muy al sur del país, y sólo había venido a Fez unos días, así que decidió dejar apalabrada la boda antes de regresar a su aldea.

Así era la tradición. No le gustaba el novio y su familia lo sabía, pero, teniendo en cuenta su defecto en los ojos, había que casarla y cuanto antes mejor.

No había vuelta de hoja, aunque Amal se sentía en la mejor edad y le sobraban entusiasmo y ganas de hacer cosas. Asimiló con el tiempo que no tendría más remedio que acatar la vida que le habían asignado. Decidió entonces que, puesto que no le cabía otra defensa, se mantendría alejada de su marido; respetaría las distancias con él sin decirle nunca que no le quería. Prácticamente eran unos desconocidos.

Durante los meses anteriores a la boda se sintió vacía por dentro. Así seguiría toda su vida. Tal vez lo único capaz de llenar semejante hueco fuesen unos hijos cuyo nacimiento debería buscar cuanto antes.

De vuelta a su habitación tras la celebración de la ceremonia en el patio, Salima preparó los camastros para que se acostaran de inmediato sus hermanos, rendidos de sueño tras una jornada tan larga. Un poco más tarde, cuando ya tenía puesto el camisón, Mohamed le dijo: —No te acuestes. Debo darte una noticia.

No había más que ver su semblante y el de su madre, que la contemplaba muy seria de pie: era algo importante. A Fatma le costaba mantener la mirada y Mohamed parecía abatido.

Todavía se oían festivos y agudos gritos femeninos en el patio.

Se sentaron en una esquina del cuarto y Mohamed comenzó a hablar:

—Como sabes bien, Salima, las cosas se nos han complicado. A tu madre le falta salud y la enfermedad de los gemelos exige un tratamiento costoso. Necesitamos ayuda. Hemos pensado que sería bueno para ti y también para el resto de la familia que trabajes en casa de La-la Munia, una prima de La-la Assía, la señora de Fdoll. Su última *criada* se casa y necesita a

alguien. Vivirás bien. Ya he ajustado las condiciones.

Casi sin pausas, apresurado, continuó detallándole el sueldo acordado. Además, la alimentarían bien y le enseñarían cocina, costura, limpieza, buenas maneras...

—No te preocupes, no estarás mal —continuó Mohamed—. Allí no te faltará de nada. Con tu ayuda las circunstancias de nuestra familia mejorarán, sin duda. Tu madre vivirá menos esforzada y ganará en salud. La pequeña Hassanía comenzará a ir a la escuela coránica muy pronto y los chicos harán los recados. Los tres hermanos ayudarán con los gemelos.

Lo experimentado por Salima en aquel crucial momento fue enteramente físico: frío. Excluida de los planes sobre su propia vida, el alejamiento de su familia la entristecía y no se habían imaginado cuánto... ¿o sí? Puso sus ojos sobre sus queridos hermanos: Sidi Mohamed, Ayub, Hassanía, los gemelos Ali y Ahmed. El planteamiento hecho por su padre la acongojaba: su familia mejoraría con su ausencia. No la necesitaban.

Volcada en los emocionantes preparativos de la boda de Amal durante las últimas semanas, la realidad se había nublado para ella, pero no para sus padres, que proyectaron entretanto su futuro a sus espaldas.

Sintió la muchacha que los ojos se le llenaban de lágrimas y observó a Fatma. En ese instante se tropezó con su mirada y comprendió. Su expresión de infinito dolor hablaba por sí sola: no habían tenido otra salida. Sin palabras Fatma le expresaba que no había otro remedio, que les había tocado una vida dura, carente de privilegios. Su sacrificio era imprescindible y apremiante para la supervivencia del hogar. En aquel rostro cansado se reflejaban la fatiga, la enfermedad, la pérdida de la esperanza... Adiós a sus planes de estudios para su hija, adiós a la ilusión de progreso. Salima lo interpretó todo y experimentó una ternura inmensa por su madre. Daría lo que fuera por ella. En cualquier condición.

Aun haciéndose cargo de la situación, un nubarrón sombrío como los que preceden a las tormentas empañó la mente de la niña al pensar que tal vez no le permitirían recibir la visita de sus familiares. ¡Entonces acaso tampoco podría regresar ella para verlos! Pero tendría descansos, ¿no?

Abrió los labios para preguntar, mas no dijo nada. Sus padres

continuaban el discurso, aunque ella ni siquiera comprendía ya las palabras, como si se comunicaran en una lengua extranjera o una jerga extraña. La confusión de su corazón, atascado ahora en la idea de una separación definitiva, la aislaba de la realidad. Comprendió al punto que debía aclarar sus dudas y, armándose de valor, preguntó nerviosamente con un hilo de voz:

—Papá, vendré a visitaros con frecuencia, ¿no?

Sabía que iba a recibir una mala contestación. Lo sabía. Ignoraba el motivo, pero intuía que su curiosidad no era conveniente.

—¿Cómo preguntas eso, Salima? —la reprendió su padre de modo áspero—. ¡Hay que ver cómo sois los muchachos hoy en día! Aún no has salido de casa y ya estás pidiendo tiempo libre. Eso es algo que llegará con el tiempo, no puedo decidirlo yo. Depende de tu señora.

Se hundió de nuevo Salima en un lúgubre mutismo interrumpido instantes después por una reflexión que brotó con espontaneidad de su corazón, sin que la mente la filtrase:

—Tendré que dejar la escuela, mamá —casi susurra mientras la mira. Sabe que era la ilusión de su madre.

En ese momento el pequeño Ayub se revolvió en su cama y pidió agua. Fue Salima quien se la acercó en un vaso, le ayudó a incorporarse y se la ofreció. Los ojos de Fatma brillaban encendidos mientras sus labios permanecían sellados. Fue Mohamed quien respondió:

—No seas egoísta, hija. El mundo es la mejor escuela. Desde que hemos venido a la ciudad no has dejado de asistir a las clases. Has tenido suerte. Lees bastante bien y a eso no había llegado hasta ahora ninguna mujer de nuestra familia.

La cara de la niña expresaba lo que se callaba por prudencia. Lo decía todo su mirada. Pero al hombre no le convencían los argumentos sostenidos por los ojos de su hija, de modo que continuó:

—Debemos sentirnos contentos, agradecidos incluso. Hoy en día no es fácil acomodarse en una familia tan buena como la de La-la Munia. Su marido es un Zennati. ¡Fijate qué familia...! ¡Y gracias a Fdoll! La pobre no encontraba con quién colocarte. ¡Sobran *criadas*!

Dieron Mohamed y Fatma por terminada la conversación y se levantaron al tiempo que ordenaban a su hija que se fuera a dormir.

Pero a ella le fue imposible conciliar el sueño. No pegó unos ojos que permanecieron toda la madrugada abiertos y resecos, como hipnotizados, asimilando que le habían trastocado la vida, que le habían dado la vuelta dejándola sin familia, sola en un universo para ella desconocido.

Se echó a llorar con desconsuelo, pero intentando, no obstante, mantener el silencio para que nadie interrumpiera su desahogo. Podía casi tocar a sus hermanos dormidos si estiraba el brazo y percibía el sonido de su respiración como si de música celestial se tratase, aunque hasta esta noche lo había encontrado fastidioso. Quizá fuera su última noche tan cerca de ellos. Lo mismo al día siguiente dormía ya en un cuarto silencioso y sola.

¿Cuándo debía marcharse?

Los hipos que su convulsivo llanto le provocaba llegaron a los oídos de su madre, también insomne en tan amarga madrugada. Fatma se levantó y se sentó junto al borde del camastro.

En ese instante dos voces femeninas lanzaban aún alegres vítores a los novios; probablemente los últimos, ya. No todos los ojos lloraban el mismo día, como aseguraba la sabiduría popular.

La niña se incorporó al sentir a su querida madre y las dos se fundieron en un apretado abrazo, sollozando en silencio e incapaces de decirse nada.

.....

Se precipitaron dos rápidas semanas y llegó el momento de la separación. Todo estaba dispuesto para un destierro sin equipaje ni pertenencias.

Otra despedida. De nuevo una despedida. Tenía muy presente aún el adiós a sus familiares y vecinos de Taunat y la vida la ponía en idéntica situación. Pero esta ausencia sí era tormentosa, porque se iba del lado de sus padres y hermanos. Al salir del pueblo lo hacían todos juntos; ahora la

desgajaban injustamente a ella sola de esa unidad que habían formado siempre. Sus circunstancias la expulsaban, la arrojaban al mundo, a un universo extraño, inclemente y sin retorno. El curso que sigue el río de la vida está escrito en la arena y Salima solamente tiene una opción: transigir.

Mohamed se lo había repetido tantas veces a lo largo de su infancia que a veces, durante esos cruciales días, le venía a la mente la imagen de su padre diciéndole:

—Como asegura con acierto el refrán: “Quien obedece por amor no vive en cárcel dura”. Dice el Corán que a los padres ni se les contradice ni se les protesta: jamás osará un hijo rebelarse ante circunstancia alguna, por injusta que ésta sea. Debes tener esto siempre en cuenta, Salima. Es importante.

Transigir y obedecer... ¿Siempre serían justas y adecuadas las decisiones que los padres tomaban para sus hijos?

Fdoll había venido para acompañarlos a ella y a sus padres, y para tratar, de paso, de atenuar el desconsuelo del adiós. La sabia mujer observaba de hito en hito en todos los protagonistas de la escena un dolor que les traspasaba los ojos, exteriorizado por medio del brillo que de ellos surgía. Se ponía con facilidad en el lugar de sus sobrinos, aunque lo normal en el ser humano era ser valiente para soportar los males ajenos y cobarde para resistir los propios. Pero no hallaba el modo de aliviar las llagas originadas en sus corazones por tan legítimo y natural dolor; no le venía a la cabeza cómo alentarles.

Los conocía de sobra. Aunque Mohamed intentaba mantener el tipo y mostrarse sereno, quizá su sentimiento fuera el más profundo, pues se sentía responsable de haber consentido que la vida le pusiera en tal aprieto; se sentía culpable por su incapacidad de mantener a su familia unida y de proporcionarles una vida digna a todos juntos. No tenía excusa. No se lo perdonaría jamás. La casa adonde enviaba a Salima, sin ser mala, nada tenía en común con el grato y protector cobijo que él anheló darle hasta que un buen marido la cambiara de nido; pero la niña no salía de casa para casarse. Se iba con sólo trece añitos y en contra de su voluntad para contribuir con su sacrificio al sostén de una familia de la que él y nadie más que él debería haberse encargado.

En su mente se mezclaron las imágenes de los primeros años de vida de su hija, de su primera hijita, con las de la expresión perpleja de la muchacha y su mirada incrédula esos últimos días. El corazón de Mohamed se estremeció rememorando sus sensaciones cuando Salima nació y vio perpetuarse en ella su existencia.

Su prominente mandíbula, apretada por la tensión, le daba al rostro del hombre un aspecto grotesco. Encorvaba su cuerpo delgado y recio de tal modo que donde debiera estar el estómago parecía existir un hueco, como si soportara un peso real. Se había quitado el gorro de lana que calaba perpetuamente en la cabeza y lo movía nervioso, sin control.

Entretanto Fatma, muy pálida, temblaba, incapaz de articular palabra. Sentía ella el alejamiento prácticamente como definitivo. Aunque de ellos no brotaba ni una lágrima, estaban irritados sus ojos pardos, como siempre embellecidos con khol^[3], a su hija la lloraría siempre, cada día, si no con los ojos, sí con el corazón.

Salima no regresaría a casa tras trabajar en una fábrica con un horario concreto, no tendría más vida que la que viviera en aquella casa desconocida. El único contacto con la niña sería el de Mohamed al cobrar, aunque ni siquiera él la vería a solas para preguntarle cómo le iba y si la trataban bien. No podrían charlar a solas, en confianza y con intimidad.

En cualquier caso, de nada servirían las hipotéticas quejas de la chiquilla. Sería imposible para ellos encontrar mejor familia a la que servir, a pesar de todo.

Igual tardaba meses en verlos. Todos los señores querían continuamente a su servicio y con sus cinco sentidos bien centrados en su trabajo a unos *criados* cuyos sentimientos no les interesaban demasiado.

Después de que Salima se hubiera despedido de todos sus hermanos, Fatma se arrojó a sus brazos y, en un trémulo susurro apenas inaudible, le dijo:

—Hija mía del alma, cuando estés confundida o no sepas por qué camino tirar, guíate por la tradición y síguela.

Era su transmisión ética recogida en una sentencia. Breve y concisa, propia de una persona reservada como ella, pero que trascendería en el

tiempo, imborrable en el cerebro de Salima a lo largo de toda su vida.

La miró.

Las lágrimas que anegaban ahora sus ojos comenzaron a derramarse por fin en abundancia. Como quien encanece en un solo día por el impacto de un disgusto, Fatma se sentía muy vieja de repente. Pero ¿qué importaba eso cuando el corazón se le desgarraba?

La vida se había encargado de destruirlo todo...

Bendijo a su pequeña poniendo en su voz todo el amor que ésta pudiera expresar:

—Que Dios te acompañe siempre, mi niña.

Capítulo 6

*“La noche del destino es más sagrada que mil noches
de plegarias”*

(Lailat-El Qadr)

Salima limpiaba la plata con sus expresivos ojos muy fijos en aquellos valiosos objetos. Mientras lo hacía, su concentración confería a su prominente barbilla un aspecto más de preocupación o fiereza que de fija atención. La música infantil de la serie de dibujos animados “Sayadati”, emitida por la televisión en aquel momento, le hizo recordar a sus hermanos. Ellos no tenían televisor en su casa... Ya hacía cinco meses que no los veía.

Sintió melancolía. Añoraba su vida anterior. No era más que una niña a la que le faltaban los suyos.

Las lágrimas mojaron sus pestañas, pero sin llegar a derramarse, como otras veces.

Su mirada regresó inexpresiva a la pantalla. A veces a los indefensos personajes de los dibujos animados les enterraba una montaña de ladrillos de un muro derribado; luego, o el personaje resurgía maltrecho y sucio pero entero, y continuaba caminando, o se le apartaba de la historieta sin más noticias suyas.

Le había ocurrido lo mismo a ella: había sido apartada de la vida de los Al-Hayani, enterrada bajo una montaña de ladrillos. Pero en las historietas eran los malos los que desaparecían; los buenos sólo se sacudían el polvo y continuaban impasibles adelante. Ella nunca había hecho mal a nadie. ¿Por qué se la castigaba así?

En ese momento entró la señora por la puerta. Con un andar hoy más renqueante de lo habitual, murmuró:

—No hay hueso ni músculo que no me duela hoy.

El excesivo peso de La-la Munia aumentaba las molestias con que la edad castigaba a sus articulaciones. Andaba pesadamente, balanceando ostensiblemente sus caderas por el dolor. Se dejó caer en el sofá y comentó, como para sí misma, mientras limpiaba sus gruesos lentes de moldura ancha con un pañuelo blanco que movía con habilidad entre sus finas y expresivas manos cargadas de anillos:

—Un día de estos debo hacerle caso a mi hijo y tomarme en serio lo de bajar peso.

Se mudó entonces la sombría expresión de Salima en una afectuosa sonrisa que revelaba la imperfección de sus pequeños y separados dientes. Le dolía la ausencia de su familia, pero tenía la ventura de trabajar para un viejo matrimonio que le devolvía con amable bondad y un trato suave la serenidad y obediencia que de ella recibían.

—Salima, pequeña —le dice La-la Munia—, mañana iremos a visitar a mi hermana Farida. Apenas falta una semana para la boda de Nezha y hemos de comentar algunos detalles. He pensado llevarle almendrados, así que los haremos hoy para que estén más sabrosos dentro de unas horas, ¿de acuerdo?

Dando por finalizada la limpieza de las gafas, se las colocó. Salima sospechaba que no las necesita en realidad; al menos no del todo, porque veía cómo se las levantaba invariablemente para observar algo cuando le causaba verdadero interés.

Ya nadie prestaba atención al televisor aún encendido cuando la señora comenzó a contarle a la muchacha qué compras había hecho en el mercado. La plata ya casi estaba limpia y, tras colocar en el frigorífico los alimentos traídos por La-la Munia, Salima podría sentarse un rato a descansar. Todo estaba ya en orden.

En aquella casa no sólo aprendía a cocinar, a hacer una buena colada o a planchar bien sino que le enseñaban también detalles refinados como la correcta disposición de una mesa vistosa. Pero con lo que disfrutaba de

verdad Salima era cosiendo, bordando, arreglando ropa y aprendiendo a combinar colores, tejidos y prendas para cada época y ocasión.

La dimensión del palacio *riad* daba mucho trabajo a diario, pero los domingos había aún mayor tarea por la visita de algunos de los hijos y nietos de los señores.

Salima disfrutaba en compañía de estos últimos: eran niños como ella y la trataban correctamente, aunque nunca como a un igual ya que, de tanto en tanto, ciertos detalles ponían las cosas en su sitio y mostraban que desde pequeños todos sabían bien quién era la *criada* y qué lado de la sociedad le correspondía a cada uno.

Al principio a la muchacha le llamaban mucho la atención los valiosos juguetes importados con que jugaban los niños, aunque ella ya no estuviera en edad de jugar con ellos. Sencillamente no sabía que existieran juguetes así porque nunca los había visto. Los compraban en la parte nueva de la ciudad. Le gustaría visitar un día aquella zona. ¡Qué distinta debía de ser de la vieja medina! Solamente había visto de lejos los altos edificios de la ville al llegar en autobús desde el pueblo.

Cuando terminaba sus tareas tras la comida dominical, Salima se sentaba en medio del salón con los más jóvenes. Primero sólo se atrevía a mirarlos, pero con el paso de las semanas adquirió confianza y comenzó a jugar o charlar con ellos. Su recreo se interrumpía invariablemente cuando los señores le ordenaban servir el té, llevarles alguna bebida o servirles la merienda a sus compañeros de juegos. Por muy domingo que fuera seguía siendo una *criada*.

Y por fortuna fue un domingo cuando tuvo la muchacha su primera regla. Sucedió mientras jugaba y de un modo accidentado y poco natural para ella. Al notarse molesta, se dirigió apresurada al servicio y se sobresaltó por lo que le ocurría.

Salima, con el susto reflejado en su expresión, avisó a Camilia, una nieta de la señora algo mayor que ella y muy enterada. Ésta, discretamente, puso a su abuela al corriente y entre las dos la sacaron del apuro.

Ya agotada la tarde, al quedarse solas, La-la Munia se lo aclaró todo. Salima había visto a su madre lavar cada mes sus paños, pero nadie se había

parado a explicarle el asunto detalladamente.

—La tradición aconseja derramar un poco de sangre del primer periodo de una muchacha sobre tres piedras del brasero para que dure únicamente tres días cada vez —le detalló la señora—. Otra creencia muy antigua recomienda tirar el primer paño en cualquier lugar sin mirarlo.

Salima prefería reducir en lo posible el contacto con sus secreciones, aunque ello supusiera no perpetuar ninguna de las dos ancestrales costumbres; no obstante, desvelada en su lecho de madrugada, se le vino a la mente su madre, la pobre Fatma, y su consejo:

—Ante la duda, sigue siempre el camino de la tradición, mi niña...

Así pues, en su honor y con repugnancia, realizó el ritual de las tres piedras. Falló el resultado pues ese mes, como los siguientes, el periodo no le duró tres días, sino siete.

Con su natural delicadeza, La-la Munia la puso al corriente al otro día de la correlación exacta y exhaustiva entre el desarrollo de las mujeres y el nacimiento de los niños. Salima por fin conoció los detalles que ignoraba de un asunto del que le faltaban datos ya que, a pesar de haber vivido tan de cerca un aborto de su madre, nadie le había prestado suficiente atención como para detenerse a explicarle nada.

—Verás, querida, que tanto fastidio cada mes tiene la gran ventaja de permitirnos a las mujeres originar en nuestras entrañas el milagro de la vida y tener hijos. Nada hay más extraordinario, no lo olvides. Los eslabones de la cadena de la vida somos nosotras, que la enlazamos de una a otra hasta hacerla inacabable.

Le ofreció una sonrisa serena mientras revivía con la mirada luminosa: —¿Sabes?, cuando yo me casé no tenía más que trece años... y no había tenido aún mi primer periodo. Lo tuve a los seis meses de casada. Cuando nació mi hija mayor mi madre aún seguía dando a luz. Tengo una hermana más pequeña que mi propia hija. Esto era normal en aquellos tiempos.

Se dio cuenta de que Salima la escuchaba con todos sus sentidos.

—Ahora la naturaleza te ha entregado el testigo para que continúes la carrera femenina. Ya estás en la cadena, pequeña.

.....

Pasados ya unos meses desde la llegada de Salima al palacio *riad*, Hafida y Zulema, dos *criadas* de casas cercanas a la suya, le comentaron:

—Aún eres muy niña, pero el tiempo vuela, así que dentro de poco nos acompañarás a pasear por los jardines de Bab Ftuk en tu tarde libre. Verás qué bien lo pasamos.

A Salima le impactó el comentario o, más bien, la idea de que unas *criadas* dispusieran de tardes libres. Se tomaba su trabajo como una obligación a tiempo completo, sin tardes de ocio fuera de la casa ni dentro de ella.

Siempre tenía en su pensamiento a su familia, a la que añoraba hasta la congoja, y no entendía por qué aún no la habían visitado nunca. Al menos debería haber ido su padre. ¿No cobraba cada mes el salario que ella ganaba? ¿Entonces por qué no aprovechaba ese momento de cobro para ir a verla?

Ignoraba la muchacha que para Mohamed el cobijo de su hija por tan insigne familia ya suponía un enorme privilegio, de modo que nada les pediría a los Zennati no propuesto por ellos de antemano. Como su esposa e hijos, ardía el hombre en deseos de ver a Salima, pero Fuad Zennati, el hijo de La-la Munia encargado de pagarle, quería que Mohamed acudiera a cobrar su sueldo el primero de cada mes al café donde se sentaba cada atardecer para ver pasar el tiempo y el mundo tomándose un sosegado té.

Mohamed se sentía valeroso por sufrir su pobreza con paciencia. En su elemental e ingenua filosofía personal consideraba que la fuente de la salud, la prosperidad y la suerte guardaban gran relación con el cumplimiento del deber. Un hombre verdadero debía luchar, y el trabajo siempre aportaría recompensa. Los pobres trabajarían para los ricos sin preguntar jamás. Los ricos disponían. En este caso, si los Zennati no le proponían visitar a su hija, él no se lo pediría. A callar.

Una tarde, tras tomar un té, La-la Munia, taciturna y con la mirada disipada en un horizonte inexistente o en el pasado, se mostraba sosegada. Únicamente movía de modo hábilmente inapreciable los dedos de la mano

derecha deslizando con indolencia las cuentas de su rosario, tantas cuentas como nombres se le dan a Alá.

Salima, sin pensarlo demasiado, casi en un arranque impulsivo, le pidió permiso entonces para visitar a su familia cada quince días. La-la Munia respondió sin asombro aparente: —Si Dios quiere.

Era exactamente la contestación apropiada para evitar decir no, porque un “si Dios quiere” exime de cualquier responsabilidad. Esto intranquilizó a la muchacha. Asumía la arriesgada posibilidad de una respuesta negativa pero, en ese instante y ante tan vaga respuesta, se arrepintió de haber puesto voz a su petición.

Pero mejor exponerse con valentía que encogerse por indecisión, de modo que, cuando faltaban unos días para el jueves, tarde de ocio de las *criadas*, formuló de nuevo su pretensión.

Mas tampoco la defraudó esta vez la extraordinaria La-la Munia. Sólo le preguntó con voz muy serena:

—Dime, pequeña, ¿por qué deseas ver a tu familia justamente ahora? ¿Por qué no me lo pediste nunca antes?

—Cada día les añoro más, señora —respondió la muchacha con un hilo de voz—. Vivimos muy cerca y mi corazón siente a los míos como un imán. El tiempo no me los borra de la memoria y los recuerdo cada vez más.

Con suavidad, la anciana le respondió:

—Y no debes olvidarlos ni un minuto, querida. En la vida no hay nada como la familia. Mandaré a Abdelhak, el *criado* de nuestro vecino, que te acompañe. Nunca has hecho ese camino y no conoces esta zona de la medina. No me quedaré tranquila hasta estar segura de que puedes recorrerla con los ojos cerrados.

Y, como habían acordado, a primera hora de la tarde del jueves Abdelhak se presentó para llevarla. La acompañó justo hasta la puerta de la casa de los Al-Hayani pero, respetando su intimidad en tan significativo momento, la dejó sola cuando la chica entró por el portón abierto del caserón. Antes el muchacho se aseguró:

—Repíteme otra vez el camino de vuelta, Salima.

—No te preocupes, Abdelhak. Lo he grabado bien en la mente, por la cuenta que me trae. Salgo a la calle grande, entro en la segunda bocacalle a la derecha y lo demás se deduce sin problema. Seguro que, si puede, mi padre me acompaña de vuelta a casa. Ve tranquilo. Que Dios te lo pague.

El reencuentro fue conmovedor. Todos estaban allí para recibirla, incluido Mohamed, que se había tomado la tarde libre. Abdelhak había ido unos días antes para avisarlos de la visita del jueves.

De todos modos, por si acaso, el precavido padre se aseguró preguntándole antes de nada:

—¿Vienes a visitarnos con el permiso de tu señora, hija mía? ¡No estarás poniendo en peligro tu trabajo, espero! —No, padre; estate tranquilo.

Salima encuentra muy crecidos a los gemelos y a su madre envejecida. Todos la rodean sin dejar de tocarla y se sientan a tomar un té. Mohamed ha comprado caros pasteles franceses para celebrarlo. Están felices.

Salima advierte mejoras en la casa y las comenta con su madre, que le toma la mano mientras le dice:

—Es gracias a ti y a tu trabajo, querida niña.

Esas palabras recompensaban a la joven de toda aflicción anterior.

La tarde transcurrió en un soplo, entre incesantes preguntas y relatos de novedades y progresos de sus hermanos. A Fatma la llenó de júbilo la evidencia de que, como ya se figuraba, la casa en la que trabaja su hija era inmejorable.

—¡Gracias a Dios! ¡Alabado sea el Señor Grande y Misericordioso!

Ya de vuelta, por la noche, Salima rememoró sin cesar las escenas vividas ese día y comenzó la espera ilusionada de una próxima visita.

Lo más conmovedor para ella habían sido los besos y abrazos de su familia. Una existencia sin abrazos y el pasar del tiempo sin notar siquiera el roce en la piel del calor de otro ser humano debía de ser penoso e insano para cualquier persona por mucho que la hubiera curtido la vida, pensaba. ¿Cómo no iba a serlo para ella, que aún era una niña?

Según el rastro de las emociones se iba atenuando, volvía de nuevo

con fuerza un sentimiento de dolor a su corazón. ¡Cuánto sentía alejarse otra vez de su gente! Controlaba sus ganas de llorar con la esperanza de futuras visitas que mitigaran los sinsabores de la separación y añadieran alegría a su existencia. Se preguntaba:

—¿Cómo habría sido mi vida si no hubiera nacido pobre?

.....

El cariño de sus patronos no libraba a la muchacha de su condición de sirvienta, de manera que fue ella quien atendió al señor, a Mulay Nabil, cuando éste se rindió al ocaso de su vida y perpetuó su enfermedad en su lecho hasta fallecer. Salima le quería como a un abuelo cariñoso y considerado, y sólo este vínculo afectuoso lograba suavizar la dureza física de sus cuidados y la repugnancia que experimentaba al asearle a diario.

Mientras el señor conservó su mente lúcida la bendijo continuamente. En ocasiones, cuando los dolores no le abatían, Salima se sentaba en el borde de la cama y Moulay Nabil se evadía de su crucial situación relatándole su vida, vulgar para él pero maravillosa para una cándida jovencita traída al mundo en un entorno sin viajes ni lecturas, con historias vitales corrientes, exentas de notoriedad, insignificantes. Historias sin más que narrar que supervivencia y quehaceres.

Los cuidados al señor aumentaban progresivamente conforme él perdía facultades. No tardó mucho en desmoronarse, vencido por una enfermedad que le convirtió en un ser dependiente por completo de los demás, es decir, de Salima.

La realidad se hacía insoportable para el enfermo y, tal vez por la cercanía de su final o como autoprotección ante el sufrimiento, Mulay Nabil comenzó a perder lucidez, en un progresivo desvarío y viaje sin retorno que llegó a impedirle incluso distinguir entre la noche y el día.

Esta desorientación ocupaba las madrugadas con un trajín antes inexistente en la casa. El anciano llamaba a su esposa en voz alta, gritaba, se debatía. Su espíritu regresaba a la infancia e invocaba a su madre, a su abuela, a sus hermanos fallecidos hacía ya tiempo... y a Salima. Su dulzura y

el sereno brillo de sus ojos habían conquistado el fatigado corazón del anciano en poco tiempo.

Con el paso de las semanas ya no le quedaban fuerzas ni para levantarse de su cama mientras la rehacían y ordenaban. Estaba disminuido, sus huesos parecían reducidos y sus carnes se habían esfumado; no obstante, era pesado y a Salima le faltaba fuerza para manejarlo y moverlo en el lecho.

Una noche mientras la *criada* y su ama, en silencio y firmes a los pies de la cama, le observaban sumidas en melancólicos pensamientos provocados por aquel padecimiento, dijo La-la Munia:

—Es evidente que necesitamos ayuda. Mis atareados hijos y sus familias no pueden estar pendientes de la situación. Al menos no pueden estar físicamente presentes. Mañana mismo llamaré a Zubida, la *criada* de mi cuñada Aixa, para que venga a diario al final de la mañana. No perderá demasiado tiempo en idas y venidas, pues su casa está aquí cerca.

Salima conocía a Zubida por haber coincidido ambas en algunas fiestas familiares. En las fiestas en casas de allegados trabajaban no solo las *criadas* de la familia que festejaba sino también las de los parientes más cercanos. Si, en cambio, no había tanta confianza con los organizadores del festejo, las sirvientas acudían con sus amas y se tomaban en el salón un té y unos pasteles observando con atención y en silencio lo que ocurría alrededor. Al sentarse todas juntas las sirvientas se infundían mutuo valor y seguridad en un ambiente que les venía grande, en el cual no encajaban y al que no pertenecerían jamás.

Salima sentía simpatía y algo de lástima por Zubida. Su padre la había entregado con sólo siete años a una familia de la ciudad que se portó mal con ella. Ahora la familia con la que trabajaba la trataba correctamente, pero le habían robado la infancia. Además, el evidente bocio que pese a su juventud deformaba su cuello evidenciaba a ojos de Salima que Dios pone a prueba a determinadas personas desde su nacimiento hasta el fin de sus días, como siempre repetía su querido padre.

Así pues, como se había establecido, Zubida comenzó dos días más tarde a ayudar a Salima. Movían entre las dos el cuerpo inerte del señor haciéndolo rodar a izquierda y derecha sobre la cama a la vez que estiraban unas sábanas, que cambiaban cada tres días para mantener la higiene y que

lavaba a mano, escurría con brío y tendía la propia Salima. Sobraba en la familia el dinero para comprar una lavadora, pero parecía un electrodoméstico superfluo cuando una *criada* podía hacer lo mismo igual de bien y más barato.

El mismo Sidi Rachid, un hijo de los señores que era médico, enseñó a la muchacha a curarle al enfermo las pústulas con los utensilios adecuados. Con el tiempo Salima llega a realizarlas con una técnica casi profesional, pero con asco. Aunque peor aún era vaciar los orinales.

—Ni aunque viva mil años me habituaré a esto —pensaba impotente.

Aunque la mente del señor parecía ya haberse ausentado de la casa y de este mundo, las manos de Salima, antes infantiles, ahora fuertes y curtidas, acariciaban de cuando en cuando con delicadeza y afecto el rostro del amo. A ella este gesto le producía bienestar y recompensaba en parte sus esfuerzos, porque sentía que él se daba cuenta.

Se decía que el trabajo de *criada* degradaba tanto a los empleadores como a los empleados, pues siempre tenía algo de peyorativo, reflexionaba Salima. A ella la valoraban y no la humillaban. ¿Debía sentirse afortunada?

Capítulo 7

*“Hay que llorar aunque la resignación sea más útil,
pues quien ha muerto no ha partido para regresar.”*

(Omar Khoyyam)

Allí arriba el aire se mantenía límpido, las estrellas y las nubes se acercaban y se alejaba el mundo. Asaltaba a Salima, como le ocurría cada vez que subía a la azotea, una resplandeciente sensación de libertad y se imaginaba que las antiguas mujeres habitantes del mismo palacio *riad* en otras épocas habrían sentido, a buen seguro, idéntica impresión.

Las angostas escaleras de ascenso hasta aquel elevado lugar separaban aquel mirador de las miserias y carencias del mundo a ras de suelo. Aquella azotea se abría al firmamento, a un horizonte despejado y ¿a un sueño de libertad, quizás? A Salima le encantaba permanecer allí algunos minutos siempre que subía para tender o quitar la colada.

Se había quedado sin el afecto del señor tras su fallecimiento, después de un año de dura enfermedad, experimentando de cerca, por primera vez, la inexorable certeza de la muerte, ante la cual no había escapatoria y que, como ningún otro lance, equiparaba infaliblemente a pobres y ricos.

Se moría la gente al arbitrio de Dios; ni antes ni después de cuando él establecía. Y así había sido igualmente en el caso de Moulay Nabil al que, ni su dinero ni los más recientes e innovadores adelantos científicos propiciados por su hijo médico, habían enmendado la voluntad divina de llevárselo a su reino.

Suspiró la muchacha llenando el pecho del aire puro de la mañana

pensando al tiempo que tampoco su nivel social le había abreviado al señor, antes de irse, el padecimiento de una prolongada agonía.

Y también le cruzó la mente el recuerdo del tío Mustafa. ¡Cuánto le gustaría verle o saber de él! ¡Qué repentina añoranza! ¿Seguiría vivo?

Aunque no había pasado tanto tiempo desde su llegada a la casa, se le antojaban siglos... Ya ni siquiera era la misma.

¡Qué dura y triste era la vida! ¡Y ella ni siquiera tenía a quien decírselo! Cerró los ojos dejando que la brisa y el sol la recorrieran antes de retornar a ras del suelo al mundo y sus carencias.

Ahora sólo Salima y La-la Munia habitaban el palacio tras fallecer el señor. La demanda de compañía de la anciana era cada día mayor y menos intenso el trabajo a realizar. Prácticamente no salían del harem:

—Esta zona del palacio era el que en mi infancia y anteriormente se reservaba a la familia cercana. Aquí vivíamos las mujeres y los niños. Éste era nuestro espacio, ¿sabes? —le explicaba La-la Munia a Salima—. Disponíamos de un mundo de lujo y comfortable, pero interior. Recuerdo de niña haber ansiado muchas veces salir con más frecuencia a la calle.

Retiraron incluso entre las dos mujeres los muebles superfluos para su día a día. La-la Munia lo razonó con la muchacha:

—Así se aligerarán también nuestras tareas. Ese es un acierto de la mentalidad musulmana, pequeña. Lo práctico es tener muebles plegables que se aparten cuando se vayan las visitas.

Apenas amueblada, la estancia continuaba oliendo a casa rica. A Salima aún le fascinaba una atmósfera a la que contribuía el intenso perfume a jazmín y lilas trepando desde el patio. Con su olfato embriagado y sus oídos deleitándose con la melodía del borboteo del surtidor central, le placía sentirse, de algún modo, parte de un mundo sutil, refinado y prácticamente inimaginable para alguien proveniente de su paupérrima aldea.

La-la Munia estimaba y valoraba a su *criada*. La trataba con bondad y la llevaba con ella a todas partes.

Eran frecuentes sus elogios ante la gente a la menor ocasión:

—He sido afortunada al dar con esta joya —decía.

Sentadas cada tarde las dos en un amplio salón de la segunda planta con vistas al patio ajardinado, la señora evocaba su historia y otras mientras merendaban.

—Mi vejez se ha visto entristecida a causa de la pérdida de mi querido esposo, pero, por otro lado, es casi un deber para mí disfrutar de mi soledad y de esta maravillosa mansión. No he dejado de tener agotadoras responsabilidades ni un solo día en mi edad adulta. Como invariablemente ocurre en todas las familias, como madre he sido el núcleo de todo y de todos los problemas, que se multiplican teniendo tantos hijos. ¡Y siempre he trabajado fuera de casa, además! Ya no dispongo de demasiado tiempo por delante ni tengo cargos, así que estoy dispuesta a saborear cada irreplicable minuto de mi existencia. El silencio ha sido una de las pocas cosas que me han faltado en la vida. A las mujeres nos llega el silencio con la madurez, de modo que debemos apurarlo sin renegar de él.

En otra fase y condición de existencia, no alcanzaba Salima a ver qué tenía de privilegio el silencio. Ni siquiera lo encontraba provechoso o agradable.

La-la Munia había sido profesora hasta jubilarse, por lo que no le pasó desapercibida la avidez con que su *criada* leía de cabo a rabo cualquier papel que caía en sus manos. Decidió ampliar sus conocimientos.

—Ninguna ciencia es más necesaria para la humanidad que el conocimiento de las personas. Para los jóvenes las letras deberían ser, sin excepción, un alimento; para los viejos son ya un entretenimiento. A lo largo de la vida las letras consuelan mucho de las desdichas, ¿sabes? —filosofaba con Salima.

La muchacha asentía, sin completa certeza de comprender del todo lo que quería decirle.

—Nunca olvides —continuaba— que el pensamiento es una gran fuerza. Los buenos pensamientos mejoran la humanidad y los malos la corrompen.

Con esas lecciones se producía un recíproco intercambio bien provechoso para ambas puesto que, al tiempo que la señora se entretenía y se sentía útil, la muchacha aprendía disfrutando. Y descubrió la profesora que

Salima era una buena alumna con gran capacidad para relacionar conceptos y una buena retentiva.

Como texto básico de trabajo utilizaban un antiguo Corán que había pertenecido al difunto Moulay Nabil y que La-la Munia le regaló conmovida a Salima:

—Él te quería mucho, querida. Mi marido desearía que estuviera en tus manos, estoy segura. Sólo espero que este Corán te acompañe toda la vida...

La muchacha se emocionó. Echaba de menos al señor. No era fácil pasar de estar las veinticuatro horas del día junto a una persona a perderla para siempre. Comenzó también Salima a aprender francés. La-la Munia la iba introduciendo en el idioma francés como en un juego: escuchaban música francesa, leían revistas francesas, charlaban en francés... El nivel aumentaba hasta comunicarse siempre las dos en esa lengua. Salima estaba encantada con este aprendizaje, pues era el francés una lengua prácticamente inaccesible para los pobres en su país. Tenía la muchacha la certeza de que, sabiendo francés, se elevaría incluso su estatus, pues conocía desde bien niña que esa lengua dividía a las clases sociales.

Ignoraba, entonces, Salima cuánto condicionaría el conocimiento de ese idioma su futuro personal.

En las lecciones unas cosas llevaban a otras: de la geografía a la botánica, de la historia a la literatura... Salima disfrutaba aprendiendo de una buena profesora que parecía saber de todo y almacenar una amplísima erudición en su mente.

—¡Qué lástima que al fallecer un anciano se lleve sus conocimientos con él! — piensa Salima—. Debería poder conservarse de algún modo tanta sabiduría conseguida tras largas experiencias y aprendizajes. Quizá mejoraría el mundo y llegaría el ser humano más lejos si un niño no partiera de cero en la vida con un cerebro virgen sino con uno ya cultivado.

Cuando, en sus visitas quincenales, Salima le contaba a su madre lo feliz que se sentía aprendiendo, Fatma se entusiasmaba, incrédula de que alguien nacido para servir y trabajar recibiera algo tan valioso como la educación sin dar nada a cambio.

La-la Munia repetía el papel tradicional de la mujer como educadora de generaciones y generaciones, pero carecía de las limitaciones de las mujeres del pueblo. Conocía leyendas, metáforas, proverbios antiguos y narraciones épicas obtenidas tanto en los libros como en otras fuentes culturales.

Como el suave goteo continuo que riega una planta, más hondo que cualquier chorro, el espíritu de Salima se iba nutriendo con tan abundantes historias, favoreciendo ella que este fluir calara hasta sus más profundas raíces sin desperdiciar ni una gota de él: religión, filosofía de la vida, cocina y trucos caseros... Educación integral.

Desde que La-la Munia había decidido ser el Pígalión de Salima también había aumentado la energía y lucidez mental de la anciana, que se mostraba animosa, joven de espíritu y despierta, aunque su cerebro fuera tan viejo ya.

Capítulo 8

El ayer se fue, el mañana no sé si alcanzaré:

¿por qué razón voy a apenarme?”

(Ibn Hudail)

Este año cae en verano el mes de sagrado ayuno, el Ramadán. La muy tímida mueca de la luna nueva en el firmamento da comienzo a un mes enigmático, transformador de la conducta y de las constantes vitales de un pueblo entero que esas semanas aguarda con esperanza una dosis de ventura extra en sus vidas.

Como cada año, aportaba esa luna regocijo y alegría. Los familiares se visitaban, compartían y viajaban desde lejos para regresar junto a los suyos propiciando incluso difíciles reencuentros entre personas cercanas en corazones, pero habitualmente muy distantes en kilómetros. El esfuerzo de la abstinencia armonizaba el cuerpo, suscitaba piadosa devoción y preparaba el espíritu para la diversión colectiva.

Entre una luna y otra en casa de La-la Munia, como en todas, se alteraría la rutina. Como todas, igualmente, la vivienda de La-la Munia había sido extraordinariamente aseada y engalanada en Ramadán. También se había provisto la despensa con una abundancia que incluso rayaba el derroche, pero justificada por tan especiales fechas.

Cuando, como ese año, el Ramadán coincide en verano, el calor y el estómago vacío invitan al reposo. Se multiplican por doquier la caridad, las limosnas y las invocaciones al Profeta exaltando el mes en que Allah le transmitió las enseñanzas del Sagrado Corán.

Cada tarde durante esas semanas, acompañaban en su casa a La-la Munia algunos de sus hijos o nietos cuando una sirena convocaba a la plegaria previa al fin del ayuno.

Sentados alrededor de una gran mesa redonda, todos los comensales se apiñaban impacientes por oír un agudo pitido que invadía hasta el último rincón de la ciudad y ponía fin al ayuno cada día. No importaba cuántos convidados fuesen; habría sitio para todos, aunque se hubiesen presentado allí sin avisar. La incomodidad por la falta de espacio se suplía con la alegría de compartir con los seres queridos una alegre cena. Sin importar tampoco la época del año o si hacía calor, la tradición llenaría sus cuencos vacíos con humeante y reconfortante sopa ya preparada sobre la mesa en una sopera que abrasa para ser servida de inmediato tras oír la alarma sin ayunar ni un segundo más. Preparados, listos... ¡ya! La individual pelea librada contra el hambre o contra uno mismo se terminaba por ese día y se llenaba cuanto antes el quejoso estómago. La ciudad entera se inundaba de olor a cilantro. En cualquier barrio, calle o casa, por muy humilde que fuera, había sopa al caer cada tarde en Ramadán.

Durante esas semanas la espiritualidad también debía vencer la necesidad de nicotina de los fumadores desde el alba hasta el crepúsculo, pero éstos, en cuanto cenaban, encendían presurosos un cigarrillo que borrara la irritación de una interminable jornada.

Más tarde, con las fuerzas repuestas, la gente se echaría a la calle a cantar con alegría. Con el cuerpo limpio por dentro se regocija el espíritu y se llenan las casas de los cánticos que vienen del exterior de hombres, mujeres y niños tocando la pandereta.

Felices por reencontrarse con otros seres queridos, todo el mundo intenta hacer un hueco en sus vidas esos días no sólo para compartir buenos momentos con familiares habitualmente lejanos sino hasta con los más cercanos. Las visitas se cruzan y se multiplican.

La-la Munia estaba exultante ese año por la visita de su hija Zakia, llegada de Francia para acompañarla unas semanas.

Zakia era pintora y siempre había desentonado en el ambiente general de su familia. Desde pequeña fue académicamente brillante y, conforme crecía, evolucionaba en su personalidad y en sus actos hacia

lugares y aspectos no siempre comprendidos por sus padres y entorno. Quiso estudiar —y lo hizo— en la Universidad de París y allí conoció a un estudiante de ingeniería marroquí de Agadir, con el que se casó al terminar sus estudios sin haber pasado siquiera por su mente preguntarles a sus padres si el marido elegido era o no de su agrado.

Más tarde, aunque la situación económica del joven matrimonio no era aún muy desahogada, abandonó su trabajo para dedicarse por completo a pintar. Con el tiempo sus familiares comprendieron que en muchas cosas su país de nacimiento le quedaba pequeño y que nunca sería del todo feliz en él. Sospechaban, por ello, que jamás regresaría a Marruecos para quedarse.

Mehdi, el marido de Zakia, compartía con ella la mayoría de sus ideas y comentaba —para escándalo de sus allegados cuando lo hacía en Marruecos— que la feliz armonía que había conseguido con su esposa e hijas en Francia no se la habría permitido la controladora, exigente y castrante sociedad marroquí.

En aquel Ramadán dos de sus hermanos la habían recogido en el aeropuerto y la habían llevado a casa de su madre recorriendo una ciudad paralizada, casi somnolienta porque el mes sagrado aumenta la piedad y disminuye la productividad.

Tomando un té a la menta, la recién llegada planeaba un poco más tarde con su familia:

—Me quedaré hasta el final del mes y disfrutaré al máximo con vosotros —dijo llevándose a continuación un esbelto vaso colmado de té a la boca y dando un sorbito.

—Te acompañaremos encantadas. Nuestros hijos ya no nos necesitan así que, como en los viejos tiempos, pasaremos el día todas las hermanas juntas — corroboró Guita mientras se colocaba el pañuelo que le cubría el pelo. En Ramadán se veían más pañuelos en las calles y las mujeres llevaban el rostro lavado para no despertar deseo sexual.

Normalmente durante esos días, mientras La-la Munia salía con sus hijas siguiendo un ajetreado calendario de visitas familiares y festejos, Salima permanecía en casa preparando la cena, pero una tarde la llevaron a Ifrán con ellas de excursión. Aisha conducía un gran vehículo y la acompañaban,

además de Salima, su madre y sus hermanas Guita y Zakia.

Durante unas decenas de kilómetros atravesaron campos negros y arcillosas tierras rojas para llegar a Ifrán, un maravilloso remanso repleto de manantiales y lagunas rodeadas de vegetación.

Salima se sentía como en la luna. Nunca había estado allí y la deslumbraron aquellas atípicas casas de madera con tejados picudos alzados por la colonización francesa y por las imposiciones de la nieve en la zona.

Bosques tupidos, jardines floridos y cuidados, temperatura muy fresca... El verano se había quedado más abajo, olvidado cerca de la ciudad. Por algo llamaban a Ifrán "la Suiza de Marruecos". Hasta el Ramadán se volvía más liviano allí.

A pesar de que en pleno momento de ayuno las cafeterías se hallaban cerradas al público, las cinco excursionistas se sentaron en una de las terrazas para reposar y charlar a la sombra.

La *criada* escuchaba atentamente las conversaciones sin abrir la boca en toda la tarde; nadie se dirigiría a ella y no intervendría en la charla. Lo que la muchacha pudiera decir carecía de interés, pero, por el contrario, a Salima sí le apasionaba conocer los detalles de aquellas cuatro existencias tan distintas a la de las mujeres que desde pequeña había frecuentado en su empobrecido entorno.

Sin saber cómo, paulatinamente la conversación se fue volviendo más profunda cada vez.

—Cuando Mehdi y tú os jubiléis, ¿regresaréis a Marruecos? — preguntó abiertamente Guita a su hermana Zakia.

—No lo creo. Casi podría ya asegurarte que no. Mis dos hijas han sido educadas y *criadas* en libertad y se ahogarían aquí —respondió sincera.

—Zakia, no hables así, por Dios —la interrumpe su madre limpiando sus gafas con su immaculado pañuelo blanco—. Me duele en el corazón oírte renegar de tu tierra y de tu gente, querida.

—No reniego de mi querido país, madre, y muchísimo menos de su maravillosa gente, pero año tras año al regresar de vacaciones anhelo observar cómo progresa esta sociedad y no conseguirlo me desespera... Y a

Mehdi le ocurre lo mismo.

—Pero, ¿qué tiene esta sociedad que tan poco te gusta? —preguntó Guita con un tono algo molesto recolocándose por enésima vez sobre la cabeza un escurridizo pañuelo de seda de vistosos colores.

—Esta es una sociedad plagada de cadenas y es imprescindible que se rompan porque amarran sobre todo a las mujeres. Nuestro gran problema de subdesarrollo es más intelectual que material y no vislumbro cambios futuros. El atraso económico me preocupa menos, pero se percibe de un vistazo el desequilibrio social en que estamos inmersos.

—Pues yo pienso, en cambio, que todo vendrá rodado a partir de la mejora económica —aventura optimista Aisha.

—Yo no lo creo, querida hermana —continúa Zakia—. El inmovilismo perjudica a las personas poniéndoles un pie sobre la cabeza e impidiéndoles sacarla del fango y respirar aire limpio. Tradición y modernidad se contradicen, lo mismo que el interés individual y el colectivo. El problema radica fundamentalmente en eso. Un país no puede desarrollarse si cada cual piensa siempre primero en sus propios intereses y nunca hace nada por los demás. Así no es posible. Alguien debería ser más altruista aquí. Los años pasan y nadie llena ese vacío social.

Con su énfasis Zakia le da más convicción a sus discutidos argumentos.

—Quizá ya no conozcas la actualidad de nuestro país, cariño —contradice Guita recalcando la palabra “nuestro”, molesta por la desvinculación de su hermana del mismo—. Viviendo fuera pierdes la perspectiva. Han cambiado muchas cosas aquí, sobre todo para las mujeres. Ahora todas las niñas van a la escuela y deciden más o menos con quién se casan.

—No es suficiente, Guita, no lo es —rebate Zakia—. Las mujeres deben aspirar al derecho a expresarse, a la educación, a vivir...

—Pues yo creo que con la modernidad hemos perdido más que ganado — comenta Aisha que, entretenida con su teléfono móvil, no había entrado en la discusión hasta el momento—. Antaño las mujeres, sin tantas responsabilidades como hoy, no se preocupaban por la vida y dejaban que las

mantuvieran. Se dejaban mimar, no hacían nada y no creo que fueran más desgraciadas que nosotras.

—Nosotras no somos un buen ejemplo, Aisha —le respondió Zakia—. Nuestra familia es privilegiada.

—Pero, excepto el tuyo, todos nuestros matrimonios han sido pactados.

—Pero con hombres bien situados. ¿Y las que viven con estrecheces y además...?

—Con una boda preparada las posibilidades de fracaso prácticamente desaparecen. La persona ha de ser la adecuada sin la ceguera que produce el amor. El matrimonio tradicional nunca falla —sentencia contundente Guita con el entrecejo arrugado.

La afrancesada Zakia discrepa negando con la cabeza antes de que su hermana finalice sus explicaciones:

—Regresamos de nuevo a la clase social —interrumpe rauda a Guita—. Los maridos asignados a mujeres como nosotras son educados y acomodados y, si no la felicidad, sí se nos asegura una vida fácil, pero ¿qué me decís de las mujeres pobres? ¿De verdad pensáis que esos matrimonios no fallan jamás? Todas conocemos cercanos casos sangrantes de *criadas*, ¿o no?

—Ahí no te quito la razón, querida —dice Aisha—. Ningún hombre se acuerda de las pobres poco agraciadas y, cuando se van haciendo mayores, esas mujeres deben agarrarse a un clavo ardiendo así que, para no morir de hambre, se casan con un viejo, con un ciego... con quien pueden... ¡Pobrecillas!

—¡Dios es Grande! Por una vez hay alguien de acuerdo conmigo. Empezaba a sentirme como una extraterrestre entre mi propia familia —comenta risueña Zakia—. Es evidente que con el paso de los años es más acusada la disparidad de ideas entre nosotras en algunos temas, pero sólo en algunos, claro está...

La-la Munia, hasta entonces en silencio, impidiendo que divergencias intrascendentes exacerbaban los ánimos y provoquen enfrentamientos, sorprende a sus hijas expresando su opinión:

—En mi época todo era muy distinto. Aunque la sociedad todavía no sea muy favorable para las mujeres hoy en día, las viejas lo hemos tenido aún más difícil. Os habéis ganado el derecho a decir al hombre lo que pensáis; incluso podéis pedir el divorcio, aunque debáis aún cargar con todas las culpas y consecuencias sociales. Antes no aprovechábamos más la vida viendo venir las cosas y sin poder intervenir en ellas. Éramos mujeres de harén. El mundo de las hijas y de las madres estaba fuera del tiempo; era íntimo, doméstico e inmutable. Yo tenía tanto miedo a mi marido en mi noche de bodas que habría deseado que aquello me lo hiciera un médico... ¡Y con anestesia!

Sus tres hijas la acompañaron en una larga, sonora y relajante carcajada. Zakia aprovechó el momento para el proselitismo:

—Nuestro modelo de mujer no es mejor que otros. No tiene por qué ser más pura una mujer sumisa y tradicional que otra moderna y de espíritu libre.

—Sí, es verdad —reflexiona Guita cordialmente—. Y además es una pena que la mayoría de las jóvenes dejen de trabajar al casarse. Desaprovechan sus estudios. Lo más triste es que he oído decir a algunas chicas cultivadas que al menos sus estudios les han ayudado a encontrar mejores maridos. Hoy en día los hombres mejor situados prefieren esposas con formación.

—El mercado de mujeres, otra vez... —comenta Zakia.

—Y en ambientes pobres es aún peor —dice Aisha—. Aunque las chicas tengan trabajo de solteras, lo abandonan al contraer matrimonio. En ese nivel social las condiciones laborales son tan degradantes para ellas que no pueden mantener semejante ritmo de trabajo una vez casadas. Aunque la falta de dinero las condene a la miseria, no hay cuerpo humano que lo resista.

—Sólo veo algo bueno —tercia La-la Munia.: actualmente se valora a las mujeres por algo más que por su belleza, que ha dejado de ser el único objetivo y referencia de una joven casadera. —Además una mujer marroquí envejece antes que una europea —dice Zakia.

—Pero el motivo lo conoces bien —responde Aisha a la defensiva—. Las mujeres ganan privilegios con la edad: dan órdenes a sus hijas o nietas y

éstas las ayudan. Quizá se abandonan físicamente primero para ser más respetadas. No les importa perder una belleza que en la práctica no les sirve para nada porque al perderla ganan otras cosas.

Con suavidad pero sin rendirse, Zakia continúa esgrimiendo sus argumentos con convicción:

—Dicho de otra forma: aquí las mujeres no pueden vivir para sí mismas hasta ser unas viejas, con todos los inconvenientes que la edad avanzada supone.

Siempre tienen que encargarse de alguien: cuando son pequeñas, de sus hermanos menores; de adolescentes, ayudan en casa donde las adiestran con enseñanzas domésticas “útiles” para su futuro; luego, en el mejor de los casos, están pilladas por sus estudios. Si se casan, deben encargarse de su marido y vivir para él y, si los hijos no tardan en venir (ahí también existe una presión cultural tan fuerte que las obliga a quedarse embarazadas lo antes posible), se dedican en cuerpo y alma a criar unos hijos que dependen exclusivamente de ellas las veinticuatro horas del día. Y cuando los hijos se van alejando de la casa, están obligadas a hacer de enfermeras de sus padres y sus suegros... ¡No me negaréis que el panorama es desolador!

—¡Alabado sea Dios, hijas! ¡Qué conversación! Todo ser humano ha de resignarse a su destino. No hay nada que hacer ante eso...—tercia La-la Munia, un poco cansada ya, para zanjar una conversación que tanto las enfrenta.

Sin haber comprendido en profundidad la charla, Salima se percató aquella tarde de cuántas cosas interesantes desconocía de la vida.

Y su vida continuaba.

Capítulo 9

*“Tras decir que sí, se arrepintió: no tiene ahora de mi
daño culpa”*

(Ibn Quzman)

Con la naturalidad que adquiere lo habitual, las nietas adolescentes de La-la Munia le relataban a Salima cómo se divertían: pasaban noches durmiendo unas primas en casa de otras, días enteros con vecinas o compañeras de clase, y, lo más interesante, acudían a guateques.

Una tarde, Salima y La-la Munia reposan en un salón cuyas paredes se atavían desde inmemoriales tiempos con repetitivos arabescos de motivos ornamentales, geométricos y caligráficos. En la magnificencia de semejante escenario —amplias paredes, techos altísimos y columnas que los sostienen—, las figuras de las dos mujeres aparentan ser menores de lo que en realidad son. La atmósfera de quietud del aposento facilita el descanso en un envolvente silencio que disimula las melodías incrustadas en las paredes, como un arabesco más, y que recuerdan y corroboran la innumerable cantidad de música que las hizo retumbar en las incontables fiestas celebradas entre ellas.

Salima se recuesta en un sillón, con su menuda espalda pegada al respaldo, y reflexiona en voz alta con La-la Munia: —Me encantaría ir a un guateque algún día.

Tamborilea los dedos con sus manos cruzadas y aprieta concentrada la mandíbula mientras imagina la divertida sensación de bailar mezclados chicos y chicas a lo occidental y al son de música europea. Jóvenes solos, sin mayores que observen...

La-la Munia canturrea mientras cose. Siempre lo hace. Su canturreo no cesa jamás, haga lo que haga. Justifica invariablemente la ingente cantidad de letras y melodías de canciones que conoce asegurando que las ha aprendido en sueños. Se calla al oír el comentario de la muchacha y le contesta.

—¡Ah, los guateques...! Esos bailes significaron en un primer momento para nuestra sociedad un paso importante hacia un mundo nuevo, de modo que las chicas clásicas no querían ir y, por el contrario, otras se llevaron más de una bofetada por acudir a uno. Siempre se teme lo desconocido. ¡Pero los tiempos han cambiado tanto...!

Según para quién, pensó Salima, aunque en esta ocasión no expresó su opinión en voz alta. La mentalidad de su padre, por ejemplo, continuaba a años luz de la de su señora, a pesar de tener ella mucha más edad. Una diferencia a añadir a las existentes entre la mentalidad rural y la urbana. Con toda certeza, su padre también la abofetearía hoy en día si a ella se le pasara por la cabeza ir a un guateque. Tantos cuerpos de hombres y mujeres bailando pegados y a media luz... Mohamed era un hombre clásico. Su hija se lo imaginó en aquel momento diciendo:

—La honradez de las familias empieza por ciertas cosas y esos bailes inútiles no pueden llevar a nada bueno.

Salima ya era, en definitiva, una jovencita con ganas de divertirse, de conocer chicos, de soñar...

.....

Inquieta en sus adentros, sentada en el salón, al borde de la cama turca con funciones de sofá, reflexionaba Salima con los ojos fijos en el suelo y su tronco erguido. Sobre el pavimento, una bolsa llena de bártulos la aguardaba para salir cuando Camilia, la nieta de la señora, pasara dentro de nada a buscarla para ir juntas a la piscina donde se encontrarían con los amigos de la joven señorita.

—¡Qué lejos ya nuestras citas en los baños turcos! —había recordado La-la Munia al oír a las muchachas hablar del plan.

—¡Abuela! —había respondido Camilia— ¡Que estamos casi en el siglo XXI...!

—Me siento hasta nerviosa. No me entiendo —pensó para sí la muchacha.

Había terminado de prepararse excesivamente pronto debido a cierta ansiedad que, en una sensación nada agradable, le carcomía la boca del estómago.

Apagó la televisión encendida hacía nada y puso la radio. Dio una absurda vuelta por la sala y decidió que también estaba de más en aquel momento la música, de modo que apagó, igualmente, el transistor. El silencio ambiental pesaba también. Nada exterior apaciguaba su inquietud. La alteraba acudir por primera vez a una piscina y aún más hacerlo en compañía de los amigos de Camilia, a quienes no conocía y por quienes temía no ser bien recibida, pues ella no era más que una *criada* que nada pintaba entre ellos, todos señoritos. De entrada, la invitación de Camilia la había seducido e ilusionado enormemente, pero, vista de otro modo, sería un trago para ella... o al menos una prueba... ¡Sentía tanta inseguridad por tantas cosas...!

En cuanto oyó llamar al portón se levantó como un rayo a recibir a Camilia. Ésta cargaba al hombro una gran mochila de colores y peinaba su brillante pelo negro con raya al medio y una cola perfecta; con vaqueros y camiseta blanca —ambos perfectamente planchados— y zapatillas deportivas del mismo color, el aspecto de la muchacha era impecable y reluciente al tiempo que sencillo y elegante.

En la mano y como si de una prolongación de la misma se tratara, sostenía de continuo la joven un teléfono móvil.

Siempre sonriente, mostrando una saneadísima y postortodóntica dentadura blanca, Camilia le dijo a Salima: —Toma, querida. Es para ti.

Le hablaba como lo hacía a todo el mundo, con la superioridad de quien se sabe atendida y obedecida desde la cuna. Ni sugería ni preguntaba, sencillamente ordenaba, aunque jamás con brusquedad o desdén. Salima la adoraba por sus continuas atenciones y muestras de afecto.

Con la mayor sutileza de la que fue capaz, rechazó ésta el bikini fucsia que le ofrecía.

—Te lo agradezco, Camilia, pero nunca me he puesto un bikini. Me moriría de vergüenza —dijo apartando tímida su mirada de los ojos de su amiga, de pronto interrogantes.

Evitando ser descortés, no añadió nada más. Omitió lo indecoroso que lo encontraba para ella. ¡Alabado sea Dios Misericordioso! ¡Si su padre llegara a verla en bikini...!

—Estaba segura de que me dirías eso, así que... ¡pasamos al plan siguiente! — dijo Camilia.

Sonreía con encanto y franqueza mientras estiraba su brazo izquierdo acercando a Salima un bañador negro y besando al tiempo el dorso de su mano derecha, cerrada sobre el teléfono móvil, con el gesto usado en Marruecos para suplicar algo.

—¡Por favor, por favor...! ¡Sé buena, cariño! ¡Hazlo por mí...! — insistía con voz suave.

A diferencia de lo que le sucedía con otras nietas de La-la Munia, Salima sentía a Camilia muy cercana, pese al insalvable océano de la clase social, la educación y el rol desempeñado en la familia. La comunicación era fluida y fácil entre las dos jovencitas. Los adolescentes prefieren abrirse a alguien de su misma edad, puesto que los mayores ni los miran y con los pequeños ya no tienen nada que decirse. Así pues, Salima y Camilia eran amigas, confidentes... Se querían.

Salima aceptó el bañador negro de mala gana y casi susurró un “gracias” dado por obligación y no auténtica gratitud. Ante tanta perseverancia y en presunción de que la tenaz Camilia no aceptaría un no por respuesta, la joven se vio comprometida a ponerse, aún a regañadientes, un bañador negro muy discreto que la niña rica consideraba anticuado por haber ya pertenecido a su madre. Salima, no obstante, también sabía mantener su firmeza, de manera que durante toda su permanencia en la piscina y a pesar de los casi cuarenta grados del ambiente, en ningún instante se quitó la ropa que cubría el obligado bañador ni se refrescó en el agua, aunque, insistente de nuevo, Camilia se lo propuso en distintos momentos.

No era su ambiente.

Se sentía por completo fuera de lugar e inferior a aquellos señoritos

relucientes y bien alimentados que se comunicaban en un perfecto francés, salpicado de cuando en cuando con algo de árabe, que se daban mutuas palmadas en las manos festejando sus particulares ocurrencias y que tomaban infinitos refrescos y aperitivos mientras jugaban con su teléfono móvil último modelo.

—Ignoro cuánto le pagan a mi padre cada mes por mi trabajo — reflexionaba en silencio Salima—, pero estoy segura de que sólo para comprar la entrada a esta lujosa piscina y alguno de esos refrescos tengo yo que trabajar varios días... El mundo estaba mal repartido.

Decidida a relajarse y saborear convenientemente aquella excepcional tarde y aquel ambiente, se dedicó enseguida la muchacha a observar a las *variadas* personas que disfrutaban igual que ellos de una tarde de verano en una piscina de lujo.

A su derecha, una tradicional mujer de mediana edad soportaba el caluroso día en la piscina completamente vestida. Llevaba una casaca gris con cuello de tira bien abotonado y mangas largas cerradas en las muñecas y unos flojos pantalones negros debajo. Un velo islámico que le cubría la cabeza impedía siquiera imaginar el color o longitud de sus cabellos. Pasaba el rato leyendo un Corán deslustrado por el uso y se encontraba acompañada por su marido, con túnica blanca, gorro y poblada barba, y sus dos hijas. A la niña mayor, de unos diez años, poco le quedaría de bañarse alegremente junto a los otros niños, pensó Salima; en poco tiempo perdería esa libertad al pasar a llevar la misma rígida vestimenta que sus progenitores. Las tradiciones pesan en cada familia y no todo el mundo está dispuesto a intentar transformarlas; quizá no vean siquiera la necesidad de hacerlo.

Justo al lado de esta familia, otra mujer marroquí aproximadamente de la misma edad que la anterior, evidenciaba vivir a años luz de ella. Sin compañía masculina alguna, controlaba cómodamente a sus dos hijos, un niño y una niña, tumbada en una pequeña hamaca portátil.

Sin privarse de nada, fumaba con desparpajo mientras leía una revista femenina francesa y se tomaba un refresco helado. Salima no le quitaba ojo a su escotado bikini y a las uñas de sus manos y pies, pintadas de un descarado color carmesí.

—¿Cómo le permitirá su marido salir así a la calle? Ni dentro de casa

se desvestiría así mi madre —pensó.

Pero le fascina aquella mujer, que domina la situación actuando con tan elegante desenvoltura como si el mundo le perteneciera. Días después, de regreso a su anodina rutina, aún de vez en cuando le venía a la cabeza esa mujer. Hasta ese momento nunca había conocido a nadie así. ¡Qué extenso es el mundo y cuán recortada su existencia!

.....

La progresiva dificultad de La-la Munia para caminar propicia que, cada vez con mayor frecuencia, sea Salima quien salga a comprar.

Una complicidad antes inexistente con las *criadas* de otras familias, muchachas de su misma edad y condición, enriquece la vida adolescente de Salima. Procuran ellas coincidir en la hora de la compra y, entre risas, cuchicheos furtivos y picardiosos y miradas de medio lado, saludan en la calle a *criados* y recaderos. Saltándose la norma que les prohíbe relacionarse con desconocidos, conversan con ellos y, más tarde y ya a solas, analizan con minuciosidad el aspecto de esos mozalbetes y sus comentarios.

La señora percibe que cada vez se demora más en los recados, aunque no le dice nada. Tampoco la muchacha le comenta los detalles de sus salidas.

También las fiestas, numerosas en Marruecos, son buenos lugares para relacionarse con otros jóvenes. A ellas acuden señoritos inalcanzables infinitamente más atractivos para las *criadas* que los sirvientes con lo que tratan. Observa atentamente Salima su forma de expresarse y acicalarse, cómo se mueven, cómo hablan o se llevan la comida a la boca. Así es: inalcanzables. Para esas ocasiones las hijas o nietas de La-la Munia le prestan vestidos, usados y ya alejados de la última moda pero preciosos, con los que la muchacha se siente atractiva al verse bien arreglada. La música la embriaga. Le encantaría salir a bailar, pero una *criada* no puede hacerlo.

También trabaja normalmente, en mayor o menor medida, en las fiestas a las que acude, aunque no sean celebraciones en su mismo domicilio ni de la misma familia con la que vive, sino de primos, hermanos... Con frecuencia, al llegar al lugar del festejo, pasa directamente a la cocina sin entrar siquiera en el salón, para indicarle allí las *criadas* de la casa qué debe

hacer. Todas sus amigas, sirvientas como ella, saben que es imposible librarse o desentenderse de las labores encomendadas porque su actitud llegaría, a buen seguro, a oídos de su señora, jugándose, con ello, una buena reprimenda, aparte de un indeseable prestigio general.

Celebrando, una tarde, el ritual de la henna en la boda de una sobrina nieta de La-la Munia, sucedió algo que la joven no olvidó en mucho tiempo.

Con parsimonia, una mujer dibujaba con alheña delicadísimos dibujos en las manos y los pies de la desposada mientras ella, en un lugar destacado y profusamente maquillada y peinada, se exponía hierática a sus invitados. En esta ceremonia íntima, que tradicionalmente precede a la multitudinaria ceremonia final, predominaba la presencia femenina ya que no había en ella más presencia masculina que la de los hombres más cercanos a la novia, sus padres o hermanos; incluso la orquesta que amenizaba el ritual estaba únicamente compuesta de mujeres.

Samir, un hermano de la novia, se aproximó en la cocina a Salima en el momento en que la *criada* colocaba en una bandeja, armoniosa y estéticamente, pequeños pastelitos enmielados para ofrecerlos posteriormente a los invitados. Vestía la joven un vestido de encaje rojo y llevaba el pelo recogido. El señorito acercó mucho la cara al oído de Salima y le dijo, sonriente y con un hilo de voz:

—Te favorece mucho ese vestido, Salima. Estás muy guapa.

En sus fantasías posteriores ella juraría que los ojos de él brillaban como jamás en nadie había visto. Y aquel modo de susurrar... Y aquella calidez de la proximidad de su aliento...

Se aturdió. Dejó de saber dónde estaba. Que hubiera apreciado su existencia ya era como para estar orgullosa, pero que el señorito Samir incluso conociera su nombre...

Sublimaron los siguientes días, que tuvieron otro color, pensamientos que destilaban romanticismo. Salima se sentía flotar. Su ensimismamiento y pequeños pero reiterados despistes causaron que la La-la Munia se percatara de que algo era distinto.

—¿Te preocupa algo, querida? —se interesó la señora.

¿Preocupada? Tenía el corazón radiante, colmado de ilusión, pero ni

muerta se lo comentaría a su señora.

Por aquellas fechas también devoraba telenovelas con avidez. La emisión de su serie predilecta coincidía con la siesta de La-la Munia y no se perdía detalle de ella. A veces, autocrítica y temerosa de que a la señora le molestara este diario asueto, lo simultaneaba con alguna ocupación, como limpiar la plata o coser, compatibles con la atención total al seguimiento de la intriga.

Percibía romanticismo en todas partes; también en la música. Salima escuchaba en cuanto podía alguna de las sentimentales canciones de la cantante Um-Kelchum: amores imposibles, la magia de los sentimientos, el cielo vivido en la tierra cuando alguien ama y es correspondido... Como afirmaba La-la Munia, su discografía era tan amplia que se podría tardar una vida en descubrir todas sus canciones sin que cupiera lugar para el aburrimiento o la repetición. Era y sería eternamente la cantante más grande del gran mundo árabe.

Unos días después de la ceremonia de la henna se celebraba la ceremonia cumbre del enlace de la hermana de Samir y la certeza de un encuentro inminente con el joven, enardecía a la muchacha.

Un figurado nudo en el estómago la disuadió incluso de desayunar y otro nudo en la garganta acentuó un aislamiento que la sumió, justo hasta el momento de trasladarse al lugar de la boda, en un mutismo permanente.

En los días precedentes su mente había evocado decenas de veces su delicioso lance con Samir: el lugar exacto donde se encontraban y su elegancia al acercarse, vestido con aquella exquisita chilaba de fiesta de seda blanca bordada a mano. Su pelo engominado y peinado hacia atrás ¡y aquella sonrisa...! ¿Cómo no había reparado hasta entonces en tanta apostura?

En la boda la novia, con galas de seda, brocados y oro, se exhibía como una esfinge sobrecargada. Entre danzas de los asistentes y al son de cantos y tambor, unas mujeres contratadas para ello la habían llevado en andas sobre un palanquín hasta el trono en el que la desposada permanecería inmóvil de cara a los invitados durante toda la tarde. Por la expresión del rostro de la esposada no parecía la fiesta más divertida de su vida. En algunos momentos se encontraría incluso molesta, tanto por la carga impuesta por tantas joyas como por la exhibición continua a los presentes, cuyos ojos

únicamente se quitaría de encima cuando, misteriosamente, desapareciera cuatro o cinco veces para cambiar de vestido. Su regreso minutos más tarde, ataviada en cada ocasión con un traje diferente y aún más bonito que el anterior, provocaría los gritos festivos de las ayudantes exaltando incesantemente su belleza.

Salima servía vasitos de té a algunos invitados en una hermosa bandeja de plata entre la envolvente música.

Y entonces lo vio.

Hasta entonces la joven se había esforzado incesantemente en localizarlo con la mirada sin conseguirlo durante un largo tiempo. Samir estaba espléndido, esta vez con un esmoquin blanco y una pajarita gris conjuntada con una banda en la cintura del mismo color.

Con descaro, el joven se acercó a Salima. Con su cercanía la bandeja corrió el peligro de caerse al negarse sus manos a sostenerla, afectadas por una súbita pero más que justificada laxitud. Samir se acercó más de la cuenta a ella, pegó sus labios tanto a su oído que Salima sintió su tacto en la oreja y le musitó:

—El vestido es el mismo, pero tú estás aún más hermosa que el otro día, Salima.

Pausó el muchacho con un silencio intermedio la pronunciación de su nombre y se regodeó en la susurrante cadencia del mismo al tiempo que un súbito fluir de toda la sangre al rostro de ella le dejó un color de brillante amapola que sintió como demasiado evidente a los ojos de los invitados a los que servía el té en ese preciso momento.

Fugaz y paralelamente deseó con intensidad que nadie hubiera oído sus palabras.

Desde aquel preciso instante la presencia de Samir se exhibió en cada lugar y durante el transcurso completo del festejo. Permaneció omnipresente en el ángulo de mira de Salima, en cada esquina, en cada baile. Él la miraba, la remiraba y la traspasaba con los ojos en tanto que ella no atenuaba ni un ápice la atención depositada en él.

Ya la suegra de la novia le había ofrecido leche a ésta para teñir de blanco su vida como esposa y dátiles simbolizando su fortuna, así que la

orquesta de ritmos andalusíes terminó su actuación y puso con ello fin a la fiesta. Los exquisitos y coloridos caftanes de seda de las invitadas y los elegantes trajes de etiqueta de los señores se levantaban de unos asientos asignados los cuales únicamente habían abandonado para danzar con frescura y sensualidad.

En ese momento, desde una esquina, Samir le guiñó un ojo a la muchacha y le hizo una señal para que le siguiera, inclinando su cabeza a la derecha. Salió de la estancia y ella tras él.

Al final de un pasillo oscuro, él detuvo sus pasos. Se tomaron de la mano y subieron unidos una escalera. Salima ignoraba a dónde conducía, pero en aquel instante mágico tampoco le importaba saberlo. Aunque la encaminaran al infierno o al cadalso habría recorrido aquellos peldaños hasta el final.

La joven se dejaba llevar disfrutando, en tan extraordinario momento, de cada una de aquellas apasionadas sensaciones en las que con el amor y el sentimiento se enlazaban el pudor y la tentación. Eran emociones nuevas para ella. Su corazón y su cuerpo se inflamaban por la presencia de aquel ser encantador.

Samir la besó en los labios y la estrechó contra su pecho con delicada intensidad. Sin hallar resistencia en ella, los besos se volvieron cada vez más largos y profundos y él guio a la inexperimentada joven en un recorrido por su anatomía más íntima mientras sus manos hacían lo mismo en el cuerpo de ella. Disfrutaron uno de otro un tiempo imposible de cuantificar por Salima más tarde. ¿Cómo medirlo cuando la tierra deja de girar, cuando el mundo se detiene, cuando el reloj se paraliza? Con otro compás y ritmo de la realidad, lo mismo podían haber transcurrido diez minutos que diez horas.

Tras su ineludible regreso al mundo terrenal y de los vivos a continuación, la muchacha prosiguió con sus quehaceres en la fiesta y no se estableció ya ningún contacto entre los dos jóvenes excepto los invisibles hilos de unión establecidos entre sus candentes miradas.

Quien ama vive.

De regreso a casa, percibiría alterada su realidad. La repercusión de un acontecimiento en la vida no la determina su duración en el tiempo sino su

trascendencia. ¿Cómo explicar, por otra parte, lo que no se comprende?

No volvió a verle.

Salima fantaseaba con que Samir regresaría para buscarla, como en una romántica película egipcia de esas que la fascinaban. Contaba con que la familia de Samir no aprobaría su amor inicialmente por inadecuado, al pertenecer los dos a clases sociales tan desiguales; entonces deberían ellos combatir durante un tiempo, pero indudablemente se abrirían camino y fusionarían sus almas en un feliz trayecto vital. El amor todo lo vence y endulza los tragos más amargos de la vida.

Ni cesaba de pensar en él ni quería hacerlo. Aquellas ensoñaciones embellecían su día a día. ¿Era eso amor? Un auténtico flechazo. La llama de los amores surgidos del flechazo, de tan misterioso origen y tan recíproca, es duradera y difícil de apagar. No se apagaría, seguro, en su caso. ¿Y las leyes sociales? Las leyes sociales no deben imponer reglas a los sentimientos humanos.

Tras el verano el señorito Samir se fue a estudiar a Francia. Y se acabó...

Se fue sin despedirse, antes de tan larga ausencia. Salima pensó largo tiempo en sus motivos. ¿Evitó verla de nuevo en un intento de frenar una relación sin esperanza de continuación? Nada podría hacer ninguno de los dos jóvenes ante una separación inminente, programada con gran antelación y con un motivo tan importante como sus estudios.

El fuego del amor, además de calentar el corazón de las personas, a veces calcinaba también sus existencias.

Más tarde, con la cabeza fría y conforme sus ilusiones se diluían, siempre se imaginaba Salima al pensar en ello que su madre en tal situación le contestaría con un refrán marroquí: “No hemos metido nada en la olla que pueda agarrarse”. Como decía la canción, lo que alegra tus ojos producirá tristeza a tu corazón. Era cierto: producía mucha, mucha tristeza. Y dolor...

Un par de semanas después del feliz encuentro con Samir, Salima asistió con su señora al funeral de un primo suyo que vivía en el barrio de Bab Smarín. Se celebraba el tercer día de los funerales en un ambiente de reflexión y entre plegarias, salmodias y lloros de las plañideras. La escena

tenía una atmósfera de sentimiento de pérdida insuperable, aunque Dios había concedido al difunto una vida larga y feliz, y su pérdida no estropeará nada en realidad.

Como la tradición no aprueba cocinar en casa del difunto, los parientes del fallecido habían encargado platos elaborados para ofrecer a cuantas personas acudieran a dar el pésame a la familia. Pese a estar igualado con los demás humanos por el sencillo rito mortuorio musulmán —sin jerarquías en pompas fúnebres, sepelios y ofrendas—, el difunto había sido un hombre conocido y poderoso, de modo que aquel día eran numerosos los pésames y, por tanto, los comensales.

Salima y otras *criadas*, llegadas con sus señoras respectivas, ayudaban en la cocina mientras los camareros profesionales, contratados para la ocasión y debidamente uniformados, servían la cena.

Hafida, la mordaz *criada* de Raissa, una sobrina de La-la Munia, mostrando en una antiestética sonrisa unos poderosos y desiguales dientes que le invadían el rostro entero, curioseó, interrogando a Salima:

—¿Qué ocurrió con el señorito Samir el día de la boda, Salima?

Todo el semblante de Salima adquirió un tono purpúreo suficientemente elocuente y que respondía por sí solo.

—Nada. ¿Qué iba a ocurrir? —balbució clavando rauda los ojos en el suelo.

—Yo presencié cómo te ibas tras él y advertí que tardasteis en regresar. Luego te observé con atención y tu cara ya no era la misma.

No lo niegues.

Salima enmudeció, turbada.

Pero no se puede negar la evidencia. —No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—Claro que no; sólo se lo he contado a Zulema, pero nuestras bocas estarán selladas. ¿Has vuelto a tener noticias tuyas?

—Ninguna —reconoció Salima a su pesar.

—¿Sabes? —continuó Hafida—, conozco un conjuro que te servirá

para enamorarlo locamente. No tienes más que concentrarte y pensar en el señorito Samir un viernes por la noche en el momento preciso en que *Zahra* ^[4]aparezca en el cielo. Mientras lo observas, debes repetir sin cesar:

*“Laf, Laf, Laf
Daf, Daf
Yabech, Dibech
Ghalbech, Ghalbech
Da’ouj, Da’ouj
Arq Sa drouch, Hah, Hah”*

Mientras las pronunciaba, Salima grababa estas palabras en su cabeza como si la vida le fuera en ello. Cuando días más tarde Hafida le dio el texto del hechizo por escrito, lo aprendió con avidez.

Desde el patio del palacio *riad* las estrellas se dejaban ver sin dificultad y Salima se había aprendido en sus noches en el campo el nombre de todas ellas. Cuando de viernes *Zahra* apareció en el firmamento, Salima pronunció implorante esta letanía. Lo suplicó con todo su corazón, pero *Zahra* se mostró sorda a las peticiones. Amar era gozar mucho y llorar mucho luego.

.....

Salvo por su incapacidad para quitarse a Samir de la cabeza, los siguientes meses se suceden con placidez en la vida de la joven. Su vida es relajada, no como la de otras *criadas* que conoce.

Un día de verano, si bien eran ya contadas sus salidas pues cada vez daba más muestras de no encontrarse bien, La-la Munia no quiso perderse la fiesta del nacimiento de una biznieta suya. Se cumplía el séptimo día desde el parto y era el momento de imponerle un nombre a la recién nacida, sacrificando para ello un cordero y celebrando una gran fiesta familiar.

Aun siendo el primer hijo de la pareja, estos padres modernos se saltaron la costumbre de ponerle a su primogénita el nombre de Fatma, hija

del Profeta, y la llamaron Nejua, nombre de moda.

Salima pasó con su ama el día entero en casa de la recién nacida.

Desayunaron sopa de vegetales, arroz con leche, dulces almendrados, té y café. También tomaron selú, un compuesto de harina, anises, sésamo, almendras tostadas, mantequilla y miel y preparado unos días antes del alumbramiento, como era obligado en estas circunstancias, para ayudar a subir la leche de la futura madre. En este concreto caso se había cumplido incluso la creencia popular según la cual cuando el selú está listo también lo está la criatura para nacer: Nejua había nacido ese mismo día. Como manda la tradición, los invitados cenarían hígado y tripas de cordero, el bocado máspreciado.

Por la tarde los yu-yus de alegría y tambores aumentaban la alegría reinante cuando apareció de improviso Samir. Había venido de vacaciones unas semanas al terminar sus clases en Francia y todos los presentes le saludaron efusivamente.

Él estuvo encantador.

A Salima le pareció aún más atractivo que en sus recuerdos.

Pero, como si fuera invisible, ni siquiera la miró, aunque estuvieron muy cerca los dos, cuando él se aproximó a la cuna, en compañía de la joven madre, a conocer a la recién nacida, que dormía envuelta en unas mantas que le inmovilizaban las articulaciones, como mandaba la tradición.

En un cortés saludo general, Samir se dirigió a Salima al mismo tiempo que a otras dos *criadas* que se encontraban justo al lado de ella: —*Salam Ali cum*—deseó el joven.

Y respondieron ellas al unísono a continuación:

—*Ali cum salam.*

Ni la miró a la cara. La había visto perfectamente, pero no dio muestra alguna de reparar en ella.

A Salima se le cayó el mundo a los pies. El estómago se le enfrió de pronto y un velo de oscura tristeza le cubrió la mente y el cuerpo por entero. Era el fin de una ilusión que embellecía su vida y le daba alegría. Su amado le había cerrado el paso. Le había cortado las alas de una imaginación que la

alimentaba por dentro. La había apartado. Se había deshecho de ella.

Samir continuó la charla con su prima mientras ésta le destapaba a su hija para que la viera bien y él comentaba la belleza de la criatura. A continuación, Samir se alejó de la cuna y de Salima.

Y ahí se acabó todo.

Capítulo 10

*“Limpia tu alma de deseos y encontrarás a Dios
dentro de tu pecho yendo hacia tu corazón”*

(Moisés Ibn Ezra)

Una mañana, aprovechando que La-la Munia consulta en ese momento con un doctor, uno de sus hijos, Jusuf, visita a Salima para que conozca una situación que afectará de lleno a su vida: La-la Munia se encuentra muy enferma. Un agresivo cáncer, sin solución de tratamiento ni operación, se la llevará pronto.

—Desgraciadamente, Salima, —le informa Jusuf con los ojos brillantes por la emoción— no le queda mucha vida a mi adorada madre. De Dios provenimos y a Dios regresamos. Hemos de hacernos a la idea. Tras su fallecimiento, esta casa se cerrará, seguramente.

He aquí el meollo de todo. Aunque no añadiera ninguna palabra más, con eso todo quedaba dicho ya: al fallecer la señora, Salima debería irse y buscar otro trabajo.

El señorito Jusuf se calló en ese momento. Apoyaba los antebrazos en sus rodillas y los dedos de sus manos se entrelazaban. Solamente levantó la cabeza hundida entre los hombros para observar la reacción de la muchacha.

Ésta también tenía los ojos inundados por las lágrimas y la boca abierta por la sorpresa y la profundidad de la noticia.

El señorito Jusuf fijó de nuevo la mirada en las baldosas del suelo y, permaneciendo en la misma posición de desolación, continuó:

—Has sido una estupenda enfermera para mi padre y una compañía inigualable para mi madre. Por eso, entre todos los hermanos haremos lo imposible por encontrarte el mejor trabajo. Mereces recompensa por tu bondad y tu ocupación. De todos modos, convendría que tu padre y tu familia también comenzaran a informarse igualmente por ahí para tener mayores oportunidades de hallar algo interesante para ti.

Pero la muchacha ya no le escuchaba. Había perdido el hilo de lo que Jusuf decía mucho más atrás en la conversación. No le interesaba. Se había quedado con que la señora iba a fallecer y eso le producía un gran dolor. Temblaba. Tan sombría noticia le había enfriado las entrañas.

.....

Al día siguiente, jueves, le tocaba visitar a sus padres.

Al llegar a casa, tres mujeres acompañan a su madre. Estaban organizando la circuncisión de sus hermanos gemelos. Los Al Hayani, sin celebrar nada, habían recurrido a las multitudinarias circuncisiones populares gratuitas cuando les tocó hacerla a sus hijos mayores. Ahora, en una situación económica más desahogada, pretendían que a esta fiesta familiar no le faltara nada: los niños acudirían al baño con su madre, adornarían con henna sus manos, vestirían un traje clásico y les cortarían el pelo con el corte especial para estas ocasiones, muy alto en la nuca y encima de las orejas. Luego, cantando y bailando, parientes y amigos se reunirían en una ceremonia cuyo fin era que un barbero circuncidara a los niños a la forma tradicional, sin anestesia. Los regalos y dulces con que los colmarían no conseguirían acallar en todo el día sus incesantes lloros. Ni la mayor delicadeza y precaución del mejor barbero conseguiría aliviar un aterrador momento que ni en toda su infancia —ni de adultos— borrarían de la mente los niños.

Así que los detalles de todo eso eran precisamente los que se trataban en casa de los Al-Hayani aquella tarde.

Aunque los pequeños no fueran conducidos a caballo, como otros niños más pudientes, sí llevarían una bonita chilaba, babuchas de buena piel y fez bordado con hilo de seda. Eran prendas usadas hacía unos meses por un

sobrino de Batul, una amiga de Fatma, para que los Al Hayani no se metieran en mayores gastos. Ellos ya tendrían suficiente con pagar el tambor, una buena comida y algunos pasteles para los vecinos.

Sería de sentido común y más correcto comentar un asunto tan privado en otro momento, a solas con su madre, pero la ansiedad de Salima la empujó a exponer sus angustias en presencia de aquellas mujeres, sin esperar más.

Ellas no conocían a La-la Munia y se trataba de una dama rica con la que les era difícil conmiserarse, pero enseguida se percataron de un hecho fundamental: con su fallecimiento Salima se quedaba en la calle, sin trabajo.

A Fatma la noticia la dejó atónita. Problemas. Se avecinaban problemas. Las alegrías duran poco en casa de los pobres. Su rostro adquirió un aspecto de preocupación al fruncir su frente juntando las cejas y añadiendo arrugas alrededor de sus ojos pardos.

Mientras Batul destacaba la gravedad de la noticia girando su cabeza en movimientos circulares, al modo en que en Marruecos se manifiesta disgusto y preocupación, rompía el silencio originado Hamida, hermana de Rachida, también presente, que era la vecina de al lado de los Al-Hayani:

—Si no encontraras nada, podría buscarte trabajo en Arabia Saudita conmigo. Hamida era una mujer joven y poco agraciada, con una extraña mirada, incómoda para sus interlocutores por su bizqueo.

Fatma detuvo un sorbo al té con hierbabuena y una ramita de hierbaluisa que compartía con sus amigas para contestar:

—¡Por Dios! Eso está muy lejos. ¡No podría venir nunca a visitarnos! Y necesitaría años de trabajo para pagarse un billete de avión hasta aquí. ¡Pobre hija mía! ¿Cuántos años hacía que no venías tú, Hamida?

Hamida daba aire a su sudorosa cara haciendo girar en redondo, a modo de ventilador, el pañuelo con el que se cubría la cabeza en la calle. Llevaba pintados con henna manos y pies —palmas incluidas— y se había teñido con el mismo producto las prematuras y abundantes canas de su cabello, en un detalle de inusual coquetería, quizá un capricho de vacaciones.

—Hacía ya ocho años que no veía a mi querida madre y a mis hermanos — responde.

Enmarcaban sus expresivos ojos redondos y negros unas arrugas anormalmente abundantes para su edad, que en poco rebasaba aún la treintena. Un incipiente bocio, que llamó mucho la atención de Salima en el mismo momento de conocerla, afeaba su cuello y le añadía a su aspecto un matiz extraño.

—Si hubiera regresado hace unos años para quedarme —continuó—, quizá podría haberme librado de ser *criada* o habría encontrado un trabajo por aquí. Incluso podría haberme casado... ¡Quién sabe! Ahora ya es demasiado tarde para mí ¿Quién va a quererme? Un viudo viejo o un ciego...

A Salima le impresionó su tono de voz y lo que decía. Se advertía que se expresaba con el corazón, que ponía voz a unos pensamientos que le habrían carcomido el alma con frecuencia y quizá los compartía esa tarde por primera vez.

Hamida continuó:

—Mis vacaciones han pasado muy rápidamente. Dentro de cinco días sale mi avión de regreso y no quiero ni pensar en volver.

Abundantes lágrimas lentas comienzan a resbalar desde sus ojos a sus mejillas. Como queriendo cortarles el paso, ella se las retira con la manga de su chilaba verde de un modo tan brusco que parecía incluso dañarse sus ojos.

—No llores, cariño —dijo Rachida, destrozada por la sincera desazón de su hermana y por la impotencia propia.

Dirigiéndose a las otras mujeres, les explicó que Hamida no había sido muy afortunada con unos caprichosos señores que la hacían trabajar de sol a sol. Con frecuencia, incluso, cuando les apetecía y en medio de la noche, interrumpían su sueño y la hacían levantarse para prepararles comida, pero no unos bocadillos o frutas, sino elaborados platos. A veces ella se encontraba tan dormida y exhausta que prácticamente se tambaleaba mientras cocinaba. Así era su vida.

Salima no se atrevía a abrir la boca, pero se compadecía de ella infinitamente. A aquella mujer la unían muchas cosas, tenían mucho en común. ¡Y eso que aún ignoraba lo que iba a depararle el futuro!

Batul intervino; su boca inclinada hacia abajo y las arrugas del

entrecejo, así como la expresión de sus grandes cejas muy marcadas, también evidenciaban su compasión.

—Quizá sería más fácil si volvieran los tiempos de las esclavas. Mi abuela lo fue y contaba que se encontraban muy protegidas. Con frecuencia actualmente siendo *criadas* tenemos más inconvenientes que las esclavas de otras épocas — opinó.

—Pero estos tiempos también han aportado muchas cosas positivas —responde Rachida, también perteneciente al gremio de las sirvientas—. Antes, más protegidos legalmente, los ricos actuaban impunemente; hoy en día también ellos están sometidos a la ley. Ahora al menos el que la hace la paga, sea un pelagatos o un señor. Nadie ha hecho justicia en nombre de mucha gente pobre desprotegida que sufrió injusticias. Hoy en día a los *criados* se nos considera personas y hay abusos, pero no tantos como antes.

—Yo no estoy tan segura de eso...—respondió Batul mordiéndose a continuación los labios.

Fatma intervino entonces, regresando al tema:

—Aún estás a tiempo de poder casarte, Hamida.

—En ese caso —dijo Rachida, también soltera—, como diría mi señora, “las buenas familias preparamos a las campesinas y luego los padres las casan con cualquiera” ¡Ja! ¡Como si a mí me importara plantar a mi señora si encontrara un marido...!

—¿Y qué quieren los señores que hagamos las sirvientas? ¿Esperar al día del juicio final? No podemos hacernos viejas cruzándonos de brazos a ver si alguien soluciona nuestras vidas. A mí me aterraba la idea de quedarme soltera. Me quitaba el sueño. Cada día es más difícil encontrar marido para una mujer que no sea muy guapa, ni rica y que no tenga estudios —sentencia Batul.

—Y si lo encuentra, ¡qué difícil es que a una mujer la respete su marido! —se lamenta Rachida.

—Pides demasiado. No se habla de que te respeten, sino de que se casen contigo —argumenta Batul, mientras con la mano le daba unos golpecitos en el trasero a su bebé, dormido cerca de ella sobre la cama turca en que se sentaban todas, cuando se revolvió como despertando. Lo había

llevado con ella colgado a la espalda, sujeto y atado con una tela, a la manera en que lo hacían las campesinas. —¡Nosotras nunca tendremos un matrimonio por amor! —suspiró Hamida.

—Esas cosas no existen más que en las telenovelas —opinó Batul—. El amor no nace, se hace con el tiempo. La gente debe casarse y la protección divina se encarga del resto.

—Pues yo tampoco me casaría con cualquiera —reivindica Rachida—. Es más: hoy en día pienso que no me casaría de ninguna manera, si tuviera un padre que me protegiera o un trabajo bien pagado. Porque lo necesito, yo me casaría con un hombre por su dinero y por su trabajo, aunque creo que nunca aceptaría un encierro impuesto por él, aunque fuera rico... Tampoco me casaría con un campesino... ¿Para qué? ¿Para madrugar? Hay campesinos que madrugan tanto que ni los gallos quieren vivir con ellos.

Se echaron a reír todas a carcajadas.

Batul puntualiza:

—O no sabes lo que dices o la vida no te ha puesto aún en aprieto alguno, gracias a Dios. Si los años van transcurriendo sin que ningún pretendiente se interese por ti, harías lo que fuera por celebrar la fiesta de petición de mano con cualquiera. Estoy segura de ello. Yo, aun a las malas, compartiría un hombre con más esposas. A la antigua. No tiene por qué ser malo. Si es un hombre justo, como dice el Corán, sabrá tratar bien a todas sus mujeres, aunque tuviera las cuatro que la religión le permite.

—Sí, pero el Corán establece que debe obrar con justicia y si teme no ser justo, casarse sólo con una. Y en eso ningún hombre piensa...— razona Rachida. —Como dice el proverbio: “Cuando cases a tu hijo, busca un alto linaje y cuando sea a tu hija a la que cases, no exijas más que un hombre”. Esa es la pura realidad de las mujeres. Siempre ha sido así y siempre lo será —concluye la práctica Batul.

—¡En el nombre de Dios compasivo! ¿Qué os ocurre hoy, mujeres? Dios nos traza el camino de nuestra vida y de él depende nuestro paso por ella —dice Hamida con resignación en la voz.

—Jamás hay que perder la esperanza. Eso es lo que tienes que pensar, Hamida — intervino Fatma, que escuchaba en silencio hasta entonces

—. Dios es Grande y a veces quiere para nosotros cosas mejores de las que nos atrevemos a imaginar. Sin ir más lejos, mira qué le ocurrió a Aisha, nuestra vecina. Estaba tan desesperada por no encontrar marido que se hizo partera para no depender de nadie y ese oficio la hizo tan interesante que le dio un marido con dinero. Es muy mayor, pero mejor un hombre experimentado que un jovencuelo. Dicen que ella hace y deshace sin consultarle, que no hay capricho que su marido no le conceda y que hasta sale a veces a pasear con ella.

—Si tengo una hija y me piden su mano, me informaré. Tiene que ser un hombre de buena conducta para que yo se la dé, no me sirve con que sea un hombre rico. Los hombres todos deberían pensar en lo dicho por el Profeta Mohamed: “El mejor de vosotros es el que mejor se comporta con su mujer” — dice Rachida.

—¿Y es su única mujer? —retomó el hilo anterior Batul, extrañada.

—Pues sí, aunque podría no serlo, porque a punto estuvo de casarse con una viuda del pueblo, más que nada para acogerla —completó la historia Fatma. —Yo creo que no soportaría ser la segunda esposa de nadie. Siempre me ha parecido terrible la situación de mi tía: cuando tenía ya cincuenta años, su marido tomó una segunda esposa de dieciséis, más joven que algunos de sus hijos —expuso Rachida.

—Todo se soporta si no hay otro remedio, claro. ¿Qué otra cosa podía hacer tu tía? —razonó Fatma.

Y Rachida admitió:

—También es cierto. Tienes razón.

—Por lo que dices, el marido de Aisha es un hombre poco común — se interesó Batul de nuevo, intrigada por la historia.

—Eso parece, sí. O un débil de carácter, no lo sé —contestó Fatma, asintiendo a la vez con la cabeza y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Parece que ella abusa un poco, ¿no? Siempre puede salir con cualquier mujer, con sus hermanas, con una vecina, qué se yo... ¿Por qué obligar a un hombre a salir con una? —dice Batul.

—Francamente, a mí tampoco me agrada un hombre tan débil —

añade la combativa Rachida.

—¿Y si no es débil y sí tranquilo y atento? —pensó Hamida. —Yo lo veo un poco raro —intervino Batul.

—Bueno, pero al menos no ha tenido que endeudarse para celebrar una preciosa boda. Eso sí que es importante... Incluso él le compró al casarse el cinturón de oro. Como los ricos —concluyó Fatma.

Y continuó con timidez no sólo por su carácter sino porque intuía que las ideas que iba a exponer podían extrañar a sus amigas:

—Yo creo que ese hombre no se habría casado con Aisha si no hubiera tenido ella el oficio de partera. A mí me parece que si todas las mujeres tuviéramos alguna preparación que ofrecer, seríamos más interesantes para las bodas. Estoy convencida de ello.

—Pero eso no está hecho para nosotras. Es para mujeres de otros niveles. A nosotras lo que nos toca es trabajar y trabajar. Sin escapatoria. El día no tiene suficientes horas para el trabajo de las mujeres —dijo Rachida.

—Deberíamos ir cambiando eso poco a poco —concluyó Batul.

Capítulo 11

“No habrá árbol que no brote ni te dé fruto si Dios está contigo; si no, sólo zarcillos darán tus vidas”

(Samuel Ibn Nagrella)

Confirmando los pesimistas pronósticos médicos, el avance sin remisión de la enfermedad de La-la Munia pone en pocas semanas la vida de Salima muy cuesta arriba. Se precipitan los acelerados efectos de la enfermedad evidenciando que la señora ya no recuperará jamás su vida normal. El ritmo de los cambios es tan vertiginoso que a la joven le cuesta asimilarlos.

Durante las primeras semanas a La-la Munia le cubre los ojos el velo que oculta la hora suprema a los moribundos y, sin ver acercarse su propio final y alejada de cualquier pesimismo, habla de su curación y justifica, considerándolos normales, unos intensos dolores cada vez más frecuentes.

En su impotencia, Salima no puede aliviarla más que proporcionándole la medicación adecuada y acompañándola a todas horas, sin separarse de ella. Con un empeoramiento patente, irreversible y fulminante, inmersa cada vez durante más largos periodos la señora en su propio dolor físico y en los letargos provocados por las medicinas, Salima tiene mucho tiempo para meditar, sentada junto al lecho.

Con los ojos vidriosos, inundados por las lágrimas a punto de desbordarse, Salima se compadece de ella y razona:

La-la Munia es toda bondad. Las almas de las personas no entienden de posesiones. Sin nada exterior que los adorne, a los pobres les es más fácil

mostrar la humildad de un corazón sencillo y su bondad puede resultar más evidente, pero a un rico hay que rescatarlo de los montones de riquezas que lo cubren para que su personalidad bondadosa se perciba claramente.

La joven le daba muchas vueltas a la cabeza, en un ambiente de enfermedad que le sugería profundos razonamientos, incluso sorprendentes para ella misma. Filosofaba sin saberlo.

Al principio del proceso los hijos de la señora vigilaron cómo administraba Salima las medicinas a su madre. Pronto comprobaron que, pese a no ser fácil, ni una enfermera profesional podría hacerlo mejor y confiaron ya desde entonces en el buen hacer de la muchacha. Ignoraban ellos que La-la Munia le había incluso enseñado a preparar medicinas y pócimas naturales y que llegó a hacerlo con pericia tal que la propia Salima compraba a los especieros los ingredientes y ajustaba convenientemente las cantidades y proporciones necesarias para las tisanas. Sabía prepararlas, como si de pura alquimia se tratase, para aliviar la hipertensión de los señores con ajo, majuelo, muérdago, arañuela y olivo; para el colesterol, con alcachofa, diente de león, romero y maravilla; para la artrosis, con apio silvestre, aritoloquia, bandana, brezo, fresno, ricino y zarzaparrilla. Y más: sedativas, antiasmáticas... ¿Cómo no encontrar sencilla la administración de fármacos ya envasados?

Si los hijos son agradecidos, devuelven en vida a sus padres lo que por ellos han hecho éstos. Así fue en el caso de La-la Munia, quien obtuvo en sus últimos días la satisfacción de ver a todos sus hijos desvivirse por ella rodeándola en su lecho, compartiendo su dolor, acompañándola hasta su último suspiro. Nada podían hacer por salvar a su madre, pero se iría de este mundo rebosando cariño.

Y llegó, sin remedio y demasiado rápido, el día del desenlace. Lo intuía Salima. Sabía que se acercaba el fin de su querida ama.

Unos días antes, un hijo de esta, profesor universitario de Biología, hablando con una de sus cuñadas, afirmaba que sólo Dios conoce el día del fallecimiento.

—Hay que tener esperanza y fe en Él. Por encima de las investigaciones más recientes, de las medicinas más eficaces y del ADN, está el Poderoso y Misericordioso. Los descubrimientos más innovadores no

pueden con su voluntad, que es la que realmente manda en el mundo. No hay nada más. Mi madre estará entre nosotros hasta que Él lo decida. Por encima de los médicos y sus previsiones, gracias a la misericordia de Dios, cabe la esperanza.

Salima nada sabía de biología ni de ciencia pero percibía que este señor, traspasado de dolor por separarse de su adorada madre, le daba la espalda a la realidad. Cualquiera sin ser médico vería en los ojos de la anciana que su vida se extinguía. Su cansada mirada lo expresaba todo.

La jovial vitalidad de la señora había obviado la enfermedad casi hasta el final, pero durante unos pocos días, ya cercanos al fin, su mirada, cuando se encontraba despierta, lo evidenciaba todo. La agonía. El fondo de su corazón encerraba ya el triste dolor que en algún momento experimentan todos los seres humanos: la evidencia de la muerte segura y el terror que eso produce. Esa sensación se instala entonces en nuestro espíritu sin vuelta de hoja. Sin marcha atrás. Y es en ese preciso instante cuando se puede, cuando se llega a comprender la vida.

Segura del apresurado acercamiento de la dolorosa separación, Salima se sentó a un lado del lecho de su querida ama y le cogió sin pudor la mano, ignorando si ella era consciente de su cercanía, si la sentía. Pasaron por la mente de la muchacha tantas cosas: su llegada a la casa, sus dificultades y su adaptación. Sus ganas de jugar, como una niña que era y sin poder hacerlo, con los fantásticos juguetes de los nietos de la señora. Su sueño al levantarse muy temprano por las mañanas tras un reposo insuficiente... Había trabajado mucho, ciertamente, pero los señores no habían podido ser mejores. Siempre habían compartido con ella cuanto había en casa —“lo que hay en casa es para todos”, le decían—, aunque ella al principio, y por su condición de sirvienta, no se atreviera a usar o comer todo lo que le ofertaban.

Nunca le habían negado nada.

Pusieron a su alcance conocimientos y experiencias de otro modo inalcanzables para una campesina. La-la Munia había sembrado en ella la semilla del interés y el germen de sabiduría que la acompañarían ya siempre en la vida, permanente escuela.

Ni aun trabajando gratis para ella en una vida eterna podría

compensárselo, pensaba. Tan profunda era su gratitud.

La fortuna es cambiante y más cambiante cuanto más pobre seas. ¿Qué sería ahora de su vida? Quizá Fdoll, con sus buenos contactos o mediante la ayuda de alguna representante de *criadas*, consiguiera encontrarle otra casa adonde ir. Pero esas preocupaciones se diluían ahora en su gran dolor y solamente la separación de una mujer a la que quería como a su segunda madre le importaba en aquel trágico momento.

Antes del amanecer y con todos sus hijos en torno a La-la Munia, Salima se separó unos minutos de su lecho para hacer algo por ella y en su nombre: en el momento de la primera oración del día, subió a la azotea con el Corán en la mano y comenzó a recitar largas suras, hasta que el sol logró vencer por completo a las tinieblas una vez más. Luego, sintiéndose la joven en paz, regresó al lado de la moribunda.

No erró en su intuición Salima y la señora no sobrevino a esa jornada.

Ante la cercanía evidente de su hora de acercarse a Dios, su hijo mayor recitó la tradicional oración con la que reconocía la condición de musulmana de La-la Munia quien, a pesar de su agotamiento, levantó el dedo índice de su mano derecha testimoniando su fe en un solo Dios. Sería su último movimiento y una evidencia de su dolorosa percepción de las circunstancias, de modo que, simultáneamente, emocionada, el vello de Salima se erizó, sin poder evitar que de su garganta se escapara un lastimero y audible sollozo. El momento de su separación había llegado. Acababa de perder a su querida señora.

Con la celeridad que dispone la religión musulmana y tras un corto velatorio, se le dio sepultura a La-la Munia, con el cuerpo orientado hacia la Meca, en la suntuosa tumba a ras de tierra preparada desde hacía días.

Una vez lavado el cuerpo conforme a la ablución islámica que libra al difunto de fluidos impuros para presentarse ante Dios inmaculado y envuelta en un sudario blanco, un cortejo fúnebre masculino, compuesto por numerosos familiares y amigos, la llevó sobre unas parihuelas cantando por las calles las oraciones propias del momento.

Las mujeres de la familia se quedaron en casa entre lamentos y

rigurosamente enlutadas, con los tradicionales trajes blancos y la cabeza cubierta.

Todo sucedió rápido.

Cuando el cuerpo de la señora ya descansaba en su morada para la eternidad, los ritos funerarios continuaron durante unos días.

Ya desde el mismo momento del fallecimiento se había multiplicado el trabajo de Salima: tuvo que encargarse de coordinar a los camareros contratados para servir a los numerosos invitados que permanecieron durante días en el *riad*, así como de distribuir entre los pobres cus-cus, pan, mantequilla y miel, simbolizando la aceptación de la voluntad suprema. ¡Cuánto trabajo les da a los vivos la despedida de los muertos!

Y la casa se fue quedando vacía.

Ya sin invitados, todos los familiares de los señores tenían algo que hacer justo esa noche y fuera de esa casa.

Salima se encontró sola. Ni siquiera vecinos u otros *criados* la acompañaban. Nadie reparó en ello.

Su padre había acudido a dar el pésame, pero ni Salima hubiera osado irse con su familia tras las jornadas de rituales ni Mohamed AlHayani le hubiera permitido abandonar su puesto. Con el ama o sin ella, su deber era estar allí, de momento.

Fue una noche en blanco.

La sensación de encontrarse sola en tan gran palacio la incomodaba. Tanto daña los oídos el silencio como el estruendo. Salima sentía cerca de ella la presencia de los dos señores, La-la Munia y Mulay Nabil. Una sensación tan real la tranquilizaba; no sentía miedo con la compañía de ambos, sentados cada uno a un lado de su cama. La acompañaban, la protegían. Aunque fueran fantasmas o espíritus, los amaba. ¿Cómo podría temerlos?

Mas, con el avance de la madrugada, la nítida percepción de una mezcla confusa de sollozos y risas consiguió atemorizarla. Se combinaban expresiones de lamento y algarabía festiva de un modo tan inconcebible y límpido que mal podían proceder de su imaginación, pero sus señores

continuaban muy cerca, protegiéndola, aislándola de tal desagradable estruendo. Quizá los muchos fallecidos durante siglos en aquel caserón se habían reunido justo aquella noche sabedores de que, sin la presencia de los vivos, estarían a sus anchas.

Se habían olvidado de Salima.

Fue para ella una experiencia extenuante que no se repitió pues, afortunadamente, alguien la acompañó ya cada noche hasta que abandonó la casa. No obstante, a nadie se quejó ella de su madrugada en vela: ni la tomarían en serio ni osaría la muchacha comentar con nadie sus terrores.

.....

La familia recogió del caserón los primeros días lo más urgente en cajas y hatillos, como si de una simple mudanza se tratara, y dejaron para más tarde las cosas más serias y legales. A Salima le hacía llorar empaquetar aquellos objetos tan familiares para ella. Trabajar más y más rápido no le ahuyentaba el dolor. Era una melancolía engendrada por su alma y, por ello, incontrolable.

Siguiendo, una vez más, la más arraigada tradición, fue el viernes siguiente al fallecimiento cuando, con las demás mujeres de la familia, acudió Salima por primera vez al cementerio para visitar la sepultura de la señora. Como era preceptivo, se recitaron versículos del Corán y cubrieron la tumba con palmas; la rociaron, igualmente, con agua de azahar y elevaron hasta el cielo torbellinos de humo de sándalo e incienso.

Ya por la noche, rendida, desanimada y triste, la muchacha cayó sobre su cama y rememoró la escena. Se afligió también por su futuro: ¿cuánto tiempo más permanecería en aquella casa? Lo ignoraba, pero no mucho. Ciertamente no saldría desde ese palacio cuando, a los cuarenta días justos del fallecimiento de La-la Munia, realizara otra obligada visita al cementerio. Su destino se precipitaba pero, ¿hacia dónde...?

Capítulo 12

“Entre las malaventuras de este mundo ninguna hay que pueda medirse con la separación”

(Ibn Hazm de Córdoba)

Continúa el desmantelamiento del palacio *riad*, por primera vez en siglos no sólo deshabitado sino igualmente desolado, en el momento en que Fuad Zennati, hijo de sus señores, le comunica a Salima:

—He concertado una entrevista con tu padre, Salima. Tengo una oferta de trabajo para ti.

Lo proclama con manifiesta satisfacción, observando entretanto el rostro de la muchacha con el fin de sondear en su expresión la sensación real que esa noticia suscita en ella. La joven baja la cabeza con la pretensión de dominar el gesto de su semblante. Que a nadie le interesan las emociones y pareceres de las sirvientas lo ha aprendido hace ya mucho tiempo. Quizá sólo le interesan a sus familias, quizá ni tan siquiera a éstas... No obstante, si el señor Fuad la hubiera conocido bien, se habría percatado de la tensión en su fuerte mandíbula y la fuerte opresión de sus labios en un gesto prácticamente instintivo, con grandes connotaciones aún sin la emisión de palabra alguna.

Le viene a la cabeza que podría ser ésta una noticia favorable para ella... ¿O sería perjudicial? En todo caso no sería decisiva su opinión al respecto ni siquiera sería tenida en cuenta. Quizá ni escuchada.

Acataría lo que resolvieran, fuera lo que fuera. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer?

—Te seguiré informando, Salima —concluye sin dar ni un dato más

y con su tono siempre amable el señor Fuad, saliendo de la estancia acto seguido.

Lo que se ha callado él, por el momento y para no inquietar a la muchacha, es que es una oferta para trabajar fuera del país, en España.

Por sus negocios de comercio exterior Fuad está en continuo contacto con empresarios extranjeros, españoles sobre todo. Uno de ellos, con quien ha trabajado ya bastante y al que tiene por persona buena y honesta, buscaba alguna joven marroquí formal para trabajar como interna en su casa, en el norte de España. Le rondaba la idea hacía ya tiempo y así se lo había comentado a Fuad Zennati, pero entonces La-la Munia aparentaba buena salud y éste no pensó en absoluto en Salima. Ahora las circunstancias eran bien distintas.

A todos los Zennati les preocupa el futuro de la muchacha, que no podrá continuar viviendo en el caserón ya que piensan cerrarlo —o venderlo incluso—en poco tiempo. Todos aprecian aquel querido *riad* entre cuyas paredes disfrutaron de la felicidad de su infancia, pero ninguno de ellos está dispuesto a hacerse cargo de los ingentes gastos que su mantenimiento conlleva.

Días antes de comunicárselo a Salima, Fuad había consultado con sus hermanos la oferta que iba a hacerle a Mohamed Al-Hayani y ninguno de ellos consideró que fuera, en absoluto, mala cosa.

Ali Zennati expresó su punto de vista al respecto:

—En la actualidad, medio país desea irse a trabajar fuera, pero es poco frecuente que emigre una mujer sola. En cualquier caso, es una excelente oferta. No se trata de escapar sobre las olas del mar adonde éste la lleve, sino de salir de aquí por la puerta principal, con papeles y con toda la libertad para ir y venir que da la legalidad.

—¡Pero España suena tan lejana! ¡Pobrecilla! —se compadece su hermana Guita Zennati.

—Será una buena experiencia para ella. Tendrá la fortuna de conocer otro mundo —terció Zakia, venida de Francia unas semanas para las honras fúnebres de su madre y obligaciones consiguientes—. Por otra parte, ya ha cumplido dieciocho años.

—No olvides, Zakia, que esto es Marruecos —la corrige Guita—. La decisión no es suya, sino de su padre. Es una chica y debe someterse a su voluntad.

—No olvides tú tampoco que es su propia vida la que está en juego, y no la de su padre —replica Zakia, imposible, como era habitual en ella, de silenciar. —Bueno, bueno...—puntualiza Fuad—. Tampoco es para tanto. Nada la comprometerá si ella no quiere; no se irá para siempre. Podrá permanecer allí algunos años y regresar cuando quiera.

—Deberíamos asegurarnos de que pueda volver por voluntad propia si no se encuentra a gusto en España. Nuestra madre regresaría enfadada del paraíso si perjudicásemos a su querida Salima —concluyó su hermana Aisha, con el acuerdo de todos los presentes.

.....

Era media mañana y continuaba desmontando la casa Salima siguiendo para ello las instrucciones recibidas. Ese día tocaba la cocina: debía vaciar el congelador, deshacerse de los botes especieros, sacar del armario bloques de azúcar, recipientes con diversos tipos de aceitunas, etc. y meterlo todo de modo ordenado en unos grandes sacos. Luego, unos conocidos de la familia, vecinos, aprovecharían los víveres y enseres. La ayudaba, por ello, en aquel momento un *criado* de dicha familia, conocido por la muchacha desde hacía ya tiempo y algo molesto habitualmente por su parloteo incesante y vacío de contenido.

Esa mañana el tema que trataba en un monólogo incesante era que, puesto que consideraba su nombre pueblerino y feo, había decidido cambiarlo para ganar en modernidad y belleza.

Y explicaba:

—...El problema será el esfuerzo que hasta mis allegados más cercanos deberán hacer para llamarme por mi nuevo nombre. No obstante, creo que me compensará ya que...

El timbre del teléfono interrumpió su cháchara.

A Salima el corazón le dio un vuelco. ¡Era su madre quien telefoneaba! Debía de tratarse de algo trascendente, ya que era su primera llamada en los cinco años que llevaba en aquella casa. Y rápidamente intuye por dónde van los tiros:

—Mañana a las cuatro debes estar en nuestra casa para reunirnos y tratar un tema de gran importancia —le adelantó Fatma con voz seria.

Su ansiedad eternizó las horas hasta el momento de la cita. Se jugaba su futuro, ¿cómo no impacientarse?

Al día siguiente, Fatma abraza a su hija con mucha fuerza al llegar. Se miran a los ojos y no consigue responder con suficiente claridad al interrogante que su hija le plantea con la mirada cuando en voz baja, casi evitando que su marido la escuche, le dice: —Se trata de un trabajo para ti, cariño.

Los ojos de Salima escrutan entonces a su padre, sentado en el sofá, pero éste permanece en silencio y, como única respuesta, baja los ojos, sin eliminar antes de ellos un severo rictus que mantiene en vilo el alma de su hija. Ni un conato de sonrisa que la serene.

Y poco más tarde se presenta en el domicilio de los Al-Hayani el señor Fuad. Entre palabras amables, Mohamed lo acomoda en el mejor sitio del humilde salón y se sienta a continuación él mismo a su lado.

Fatma le hace una señal a su hija con la cabeza para que la acompañe y ambas salen de la estancia para preparar un té en el hornillo en el cual Fatma cocina habitualmente y que tienen en el pasillo que da al patio del *riad*.

Es preciso dejar a los hombres solos hablando del negocio. Comienzan ellos a aclarar las condiciones económicas:

—Pregúntame lo que no te quede claro, Mohamed —le dice Fuad sentado con gesto desenvuelto, las piernas cruzadas y el brazo reposando, estirado, sobre la parte superior de los cojines del sofá.

Desde fuera las dos mujeres no oyen más que palabras sueltas. Fatma le susurra a su hija mirándola directamente a los ojos:

—Aunque tú seas la interesada, no está bien que una mujer se meta

en esas cosas. Y punto.

—Cada mes —continúa sus aclaraciones Fuad— Salima recibirá un ingreso en una cuenta a su nombre y el tuyo que abriremos en algún banco español que trabaje con Marruecos.

—Ignoro cómo hacerlo —confiesa Mohamed. Pero Fuad se apresura a tranquilizarle:

—Yo me encargo. Hay bancos concretos donde los inmigrantes marroquíes en Europa ingresan sus ahorros, no te preocupes. No hay problema. Es sencillo. Pese a tanta seguridad, el semblante del campesino da aún muestras de no tenerlas todas consigo.

—Tu hija ganará cada mes treinta mil pesetas y la manutención —continúa Fuad en un intento de animar a su confundido interlocutor—. Es un sueldo altísimo. Seis o siete veces lo que ganaría en Marruecos por el mismo trabajo.

Le traduce la equivalencia en dirhams, aunque a Mohamed no le salen rápidos los cálculos. Con la ayuda del señor Zennati y buscando equivalencias monetarias, la conclusión le asusta: esa cantidad es una barbaridad.

—Si por algún motivo tu hija necesitara dinero en España y tú notaras que el ingreso mensual ha sido menor, no debes preocuparte, siempre se te justificará el porqué del gasto. Ella podrá pedir mensualmente el dinero que necesite para hacer alguna compra, ir en autobús o cosas así. En todo caso, sus gastos serán muy pequeños. No tendrá que pagarse comida ni comprar ropa, pues seguramente en esa familia habrá de quien heredarla; quizá incluso de su señora, que es una mujer joven.

Mohamed no pudo evitar un pensamiento fugaz: ¿sería decente esa ropa? No estaba seguro de que a él le agradara ver a su hija vestida siguiendo la moda española.

Cuando Fatma y Salima regresan y les sirven el té, la conversación aún no ha concluido, por lo que se retiran de nuevo en silencio.

La inquietud de la joven no ha disminuido y le cuesta no acercarse para escuchar, al menos, cómo planean su futuro.

—No es justo que yo sea la interesada y no pueda ni estar presente en esos tratos... Ni siquiera pido intervenir, sólo escuchar —se lamenta con su madre. —Son cosas de hombres —responde ella—. Tu padre puede molestarse. Mejor dejarlos a solas. Escuchemos desde aquí lo que podamos, querida. Debes conformarte... Fuad continúa argumentando:

—Como ves, Mohamed, será un trabajo fácil y bueno, con el único inconveniente de la lejanía.

Eso lo ha oído perfectamente. ¿Cómo que lejanía? ¿De qué hablan? A Salima se le eriza la piel. De dinero no entiende nada, pero sabe bien qué significa lejanía.

Fatma lo había oído también y había palidecido súbitamente. No se dijeron nada ni lo intentaron, prácticamente incapaces de articular palabra en aquellos instantes, sin resuello por la noticia y lo que ella conllevaba.

La redonda y expresiva mirada de Salima se clavó con intensidad y fulgor en los ojos pardos de su madre, lindos en otro tiempo y marchitados ya por el paso de los años y las dificultades de la vida. Entretanto, los hombres continuaban su trascendente diálogo:

—¿No convendría firmar algún papel de contrato, con notario o algo así? —pregunta Mohamed con la timidez del que conoce su ignorancia.

—No nos conviene presionarle. El español es un hombre de palabra, le conozco. Cumplirá. Piensa en la cantidad de jóvenes que estarían locas por conseguir un trabajo así —responde Fuad.

—También es verdad —admite Mohamed.

El señorito Zennati da la conversación por terminada y se levanta: —Continuaremos con los detalles —zanja.

El campesino le despide con sumisión, casi doblado el cuerpo por la gratitud. —Quiero agradecerle otra vez, señor, que haya pensado en mi hija para un trabajo tan estupendo —concluye.

Y entre bendiciones le despiden Mohamed y Fatma, serviles.

La casa se llena de silencio cuando se va. El tiempo se paraliza. Salima recoge cabizbaja y callada el servicio del té y, al terminar, se sienta en el sofá. Espera. Ninguno de sus progenitores, ambos en silencio y sumidos en

sus propios pensamientos, muestran intención alguna de aclararle las cosas. Se siente, entonces, obligada a preguntar:

—Pero ¿a dónde me mandáis? —casi susurra.

—A España —responde Mohamed evitando mirarla y con un hilo de voz tan débil que hacía sus palabras prácticamente inaudibles. Le costaba decirlo.

A Salima comienzan a temblarle las piernas. ¡España está muy lejos! ¡Otro país! Ella se había imaginado, en el peor de los casos, alguna ciudad lejana: Kenitra, Meknés, Casablanca, Tánger, incluso...

Sus padres se miran con intensidad. También Fatma interroga escudriñando en los ojos de su marido que, sin otra alternativa, comienza a explicarles:

—Se trata de servir a la familia de un empresario español relacionado laboralmente con Fuad. Está muy interesado en una joven con tus características y dispuesto a pagar con generosidad tus conocimientos domésticos y culturales. Le ha parecido muy interesante que hablaras francés para enseñárselo a sus hijos.

¿Serían figuraciones tuyas o Salima percibía cierto orgulloso tono de voz en su padre?

—El señorito considera al español una buena persona. Le ha dicho que él no puede pagar a una chica española interna en su casa porque cobraría impuestos y precios muy altos.

Salima se da cuenta de que prácticamente está todo decidido en el momento en que su padre le dice:

—Es una oportunidad estupenda, ni más ni menos.

Parece decirlo sinceramente. Su hija lo mira atónita y detiene la mirada en su madre. El brillo de sus lágrimas no derramadas testimonia al mismo tiempo su disconformidad con la propuesta y su falta de alternativas. No hay solución, otra vez. Los ojos de su madre hablan por sí solos, otra vez. Sin escapatoria ni elección, de nuevo.

Nadie rompe aquel silencio. Hay mucho en qué pensar. Tampoco Salima tiene nada que decir o, más bien, no puede decir nada.

—Te prometo que cada mes ingresaré una cantidad de dinero en una cuenta bancaria a tu nombre —dice su padre.

Se extraña de oírle prometer algo. Nunca lo había hecho en toda su vida. ¿Qué iba a prometer el jefe de familia?

A Salima le oscurece la mente en ese instante el pensamiento de que quizá a nadie le importe su lejanía. Los que se quedan ven positiva la marcha de muchos jóvenes varones en busca de mejores condiciones de vida a otros países, pero los casos conocidos de chicas emigrantes en el extranjero son lastimosos. ¿Qué esperanza encontrará trabajando como *criada*? ¿Qué progreso puede hallarse en eso? ¿Dónde está el lado bueno del asunto?

Antes de que regrese a la residencia de los señores Zennati, Fatma busca la ocasión de explicarle algo importante a su hija querida. Quizá no tengan muchas oportunidades de volver a hablar a solas antes de su partida ni tampoco después de irse.

—Te extrañará seguro que tu padre haya dicho sí a ese trabajo de modo tan inmediato. A mí no me extraña, querida hija. No hay otra salida. Tenemos dificultades. Los gastos crecen y los ingresos disminuyen. Los asnos se utilizan cada vez menos en la medina y se sustituyen sin vuelta de hoja y mucho antes de lo que a nosotros nos convendría. Es un cambio sin vuelta atrás. La medina ya no es lo que era. Los talleres artesanales que dan trabajo a tu padre reemplazan a sus trabajadores por pesadas máquinas ruidosas y se trasladan al extrarradio, fuera de la ciudad antigua, donde los accesos son más sencillos, los ruidos menos molestos y donde sobran los asnos porque los vehículos llegan con facilidad hasta sus mismas puertas.

Los gemelos irrumpen en ese momento en la estancia con algún problema interno que su madre despacha al punto.

De seguido, continúa:

—El dueño de esta casa nos ha propuesto a cada inquilino comprar nuestra parte. Prácticamente nos ha advertido de que, de no hacerlo, deberemos irnos, ya que necesita vender el caserón cuanto antes. Ya no quiere rentas y siempre habrá gente interesada en comprar, eso es seguro. No es que nos la pusiera muy cara, pero para nosotros era inalcanzable.

—“Era”: se refiere a antes de encontrar mi “maravilloso” trabajo —

piensa la muchacha sin poder evitarlo.

En ese momento la impotencia aflora en los ojos de Fatma, que se anegan de lágrimas de modo automático.

—Y aunque queramos mudarnos, ya no hay alquileres tan baratos como el nuestro ni en los barrios más lejanos. Tampoco podría tu padre alejarse de la medina, de su lugar de trabajo. El asno es su herramienta y ¿qué puede hacer? ¿Subirlo en autobús cada mañana para acercarlo a la medina y regresar con él por la noche? Podría dejarlo cada noche allí a cargo de algún cuidador, es cierto, pero sale caro a final de mes. No vemos solución...

.....

Dos o tres días más tarde, las hijas de La-la Munia le anuncian a Salima que al siguiente cerrarán la casa. Al menos por el momento no continuarán recogiendo enseres y no merece la pena prolongar la estancia allí de la joven.

Y desde ese momento reflexiona:

Se va de una casa a la que llegó de niña hecha una joven con un gran bagaje de conocimientos y habilidades; se va con un espíritu bien alimentado, consistente, con contenido... Se va siendo otra. Se va habiendo disfrutado de la dedicación y el cariño de sus queridos señores. Se va conociendo ambientes que por su humilde cuna no habría visto ni de lejos. Se va sintiéndose afortunada y triste, terriblemente triste. La tristeza la cubre por completo como un manto de atardecer en pleno día, como un eclipse, como una sombra.

En el preciso momento de la despedida Salima percibe el cariño que La-la Munia sentía por ella en los besos y abrazos de sus hijas y nietas. Todas le ruegan que se mantenga en contacto con la familia, pues ha llegado a formar parte de ella. La quieren como alguien del clan. Ha sido para todos mucho más que una sirvienta.

Emocionada, Salima abraza con fuerza algunos libros de texto que conoce bien, con los que su querida profesora tanto le había enseñado en sus

clases y que le regalan los Zennati junto a algunos libros clásicos antiguos. Le ilusiona también sobremanera recibir una valiosa y antiquísima mantelería con puntilla de seda que sabían que a la muchacha le encantaba y con la que ella no se habría atrevido ni a soñar.

Acaricia estos regalos en su regazo, como si de un trofeo se tratara, y les da las gracias sinceramente, bajando, otra vez, los ojos.

Al salir del palacio hacia la casa de su familia se siente extraña.

Un llanto incontrolable e incesante la acompañará recurrente durante días. De nuevo se ve abocada a vivir una aventura. Y no desea en absoluto hacerlo. Hasta que el señor español venga a buscarla dentro de unas semanas para conducirla a su involuntario destino, permanecerá en casa de sus padres. Debería estar contenta por pasar con tanta facilidad de un trabajo a otro pero no lo está.

.....

Era extraño sentirse fuera de lugar entre su propia gente, pero eso le ocurrió en ciertos momentos a Salima durante los primeros quince días que pasó en el domicilio de los Al-Hayani. Llevaba demasiado tiempo sin convivir con ellos y nunca se había parado a pensar qué poco conocía a sus propios hermanos, a los que sólo veía unos instantes cuando, cada quince días, pasaba unas horas en su casa. Le faltaba relación, sobre todo, con los gemelos, más pequeños, ya que éstos no le prestaban demasiada atención ni renunciaban a sus juegos en la calle en sus horas de visita.

Pero se acomoda pronto entre los suyos, con la celeridad que sólo los lazos de sangre pueden proporcionar. No mucho después, la muchacha comienza a sentirse feliz junto a ellos: libre y relajada, puede ser ella misma. Nada hay como el contacto con los más allegados.

Pero esta permanencia durará poco: no es más que un paréntesis, unas cortas vacaciones...

Como no tienen teléfono para recibir avisos, Fuad Zennati se presenta un día de improviso en casa de los Al-Hayani para anunciarles a

Salima y a sus padres que dentro de diez días el señor español vendrá a buscarla personalmente para llevarla con él a España. Ya ha adquirido los billetes de avión para los dos, así que, con toda certeza, la fecha no será aplazada.

SEGUNDA
PARTE

Capítulo 1

“Partir es morir un poco”

(Pierre de Ronsard)

Un deslumbrante vehículo de alquiler surca las carreteras mal asfaltadas que comunican la ciudad de Fez con la de Casablanca. Circula solitario a gran velocidad, aunque con suavidad y escaso ruido, poniendo el único movimiento a una escena paralizada por la falta de actividad, la nula brisa y una escasa luminosidad.

Don Arturo, el señor español con quien viaja Salima y en cuya casa residirá y trabajará desde ahora, había llegado a buscarla en compañía del señorito Fuad, como previamente se había establecido.

Les espera un largo trayecto: una vez lleguen a Casablanca por carretera, volarán a Madrid. Luego, otro avión les acercará a la región de Asturias, en el norte de España y, desde su aeropuerto, recorrerán alrededor de treinta kilómetros para finalizar el largo recorrido en Gijón, ciudad en que reside don Arturo con su familia.

—¡Alabado sea Dios, el Más Grande y Misericordioso! ¡Qué difícil será regresar junto a mi familia con urgencia si surge alguna situación grave! — piensa Salima sin poder evitarlo al analizar, ya con conocimiento concreto de ella, la enorme distancia que la separará de los suyos.

Sentada en el asiento delantero junto al señor, que conduce, Salima contempla el paisaje según se aproximan a él y lo van dejando atrás, mientras reflexiona acerca de su situación.

Continúa su corazón dolorido por la reciente despedida. Ha sido

penosa, incluso cruel.

En el bolsillo de su chaqueta de punto lleva el amuleto que su madre le ha regalado. Lo agarra y lo acaricia con fuerza y ternura simultáneas.

Entre besos y abrazos, Fatma se lo había puesto en la palma de la mano, cerrándole a continuación con suavidad los dedos en torno a él para que lo aprehendiera en su puño. Mirándola seria a los ojos, le había dicho sin soltarle la mano:

—Toma, *habiba*^[5]. Es un amuleto bendecido. Nunca lo alejes de ti. Que te acompañe siempre. Tenlo siempre contigo. Seguro que te ayudará.

Recibe un pequeño envoltorio negro de plástico que, por el tacto, parece contener hierbas. Salima lo había guardado en su bolsillo con delicadeza y cariño, como si de una frágil y preciada joya se tratara.

Fatma, con el corazón desgarrado por ver a su hija partir, repite continuamente:

—Para los pobres no hay elección. Para los pobres nunca hay elección...

Se funde la joven en un apretado abrazo final con su familia y se va sin mirar atrás. Siente que, sin haberse abierto aún el primer brote, la flor de su vida se marchita.

Duele demasiado evocar la escena. La muchacha centra de nuevo su atención en la carretera para que tan triste sensación se esfume de su mente lo antes posible.

Mientras atraviesan una pequeña población alineada en el borde mismo de la calzada, dos niños pequeños, con una maravillosa sonrisa iluminando sus caritas, saludan a los pocos vehículos que circulan por la misma. Detrás, otros tres chiquillos algo mayores que ellos, tal vez sus hermanos, juegan al fútbol sobre un terreno tan reseco que con cada patada al balón levantan una considerable polvareda. Son dos varones y una niña. Ella viste una falda larga bajo la que se ve un pantalón cuando se mueve, pero vestir las dos prendas no le resta agilidad ni la limita y corre tanto como sus compañeros de juego. Lleva, asimismo, amarrado sobre la frente con un nudo, un pañuelo tan amplio que oculta por completo sus cabellos.

Don Arturo busca conversación y se muestra amable y atento con Salima. Los silencios entre ellos son inevitablemente largos, violentos en exceso. ¿Qué van a decirse dos personas que acaban de conocerse y con tan poco en común? Pero el señor es un hombre de mundo y sabe por dónde dirigir la charla: el paisaje, el viaje en sí, su familia... Se extiende por momentos en largos monólogos durante los cuales no le hace preguntas a la muchacha, aliviada entonces por no tener que intervenir. Mejor así. Ella, tímida, preferiría viajar en completo silencio.

La conversación se realiza en francés. El señor le pregunta por la familia

Zennati, por su propia familia, por su vida... Es difícil responder, pero no por las dificultades lingüísticas de un idioma extranjero sino por su falta de experiencias vitales. ¿Qué puede contarle a un señor que tanto ha vivido? ¿Que un día fue a una piscina y otro a Ifrane? ¿Que con los Zennati aprendió a cocinar y a manejar los cubiertos de mesa? ¿Que se siente afortunada por ser la primera privilegiada mujer en la familia AlHayani en aprender a leer?

Más que una conversación, se trata de un interrogatorio bien intencionado: él pregunta y ella responde casi monosilábicamente, atenazada por la tensión de su ausencia de contenidos y porque nunca ha tenido una conversación tan larga con una persona desconocida y mucho menos con un hombre. Ni se atreve a mirarle a la cara cuando él gira la suya mientras habla. Según su costumbre, incluso las normas de educación en España, don Arturo escruta en los ojos de su interlocutor, por muy mujer que sea. A Salima la intimida mucho: en Marruecos no se mira así a una mujer.

En una pausa y mientras el silencio se impone en el interior del vehículo, observa la joven cómo una pendiente pronunciada en el terreno desciende del nivel de la carretera hasta un riachuelo menguado que se ve lejano desde arriba. Sobre sus márgenes la naturaleza engalana unos matorrales densos con hermosas y abundantes flores silvestres de color rosado. El panorama merece la pena y se muestra, a los ojos de la muchacha, maravilloso pero efímero, pues el trayecto continúa y una inoportuna e inesperada curva de la carretera desvanece tan relajante visión.

Don Arturo pone música en el vehículo y comienza a canturrear en

voz muy baja. Entonces Salima piensa en su irrisorio equipaje. Una única bolsa deportiva contiene los escasos efectos personales que se lleva consigo. La acompañan los libros heredados de La-la Munia y muy pocas prendas de ropa, alguna de abrigo.

Una nueva negociación de Fatma con su marido benefició a la muchacha que lleva un atuendo bastante europeo, sin pañuelo en el pelo, con falda de vuelo y leotardos. Mohamed encontraba mucho más decoroso y de orgullo de raza que fuera vestida a la marroquí. No fue fácil que admitiera que nada tenía que ver el asunto con el orgullo y que a la niña le simplificaría las cosas no destacar entre la gente. ¿Qué objeto tenía complicar más con detalles sin importancia una situación de por sí dificultosa para ella?

De cuando en cuando, en el arcén mismo de la calzada se encuentran niños que venden, haciéndoles un gesto de ofrecimiento a los viajeros, manzanas, higos, miel y otros productos del campo. Cuando no ven coches aproximándose, estos pequeños mercaderes de carretera se agazapan bajo unos reducidos entoldados con cuatro postes clavados en el suelo y unos plásticos grandes; los han hecho ellos mismos para protegerse del sol o la lluvia durante las largas horas que pasan allí. Estos improvisados y espontáneos comerciantes exhiben sus frutas bien presentadas en cacharros de hojalata suficientemente grandes de cuyos bordes sobresalen hojuelas de helechos colocadas para decorar el producto y hacerlo más atractivo, además de aumentar, al menos visualmente, la cantidad. Arriba colocan las piezas más carnosas, lozanas y apetecibles. Debajo de éstas, disimuladas e imperceptibles hasta que la compra ya está hecha, ponen las piezas más pequeñas, algo podridas o dañadas por pájaros o insectos. El marketing llega hoy en día hasta los parajes más apartados y hasta las haciendas más humildes.

No se ven viviendas cerca del puesto de los chicos. Probablemente vendrán de aldeas distanciadas de la carretera. Serán, en esta orografía áspera de la zona, ensimismados y erosionados poblados de adobe clavados en una tierra incapaz de producir más que algunas manzanas, cítricos, higos o cereales cultivados en bancales.

Ningún camino conduce hasta estas aldeas, así que a sus callejas inmutables no llegan forasteros. ¿A quién van a vender sus productos,

entonces? Por eso los sacan a la carretera.

Estos poblados sin rótulo que indique su nombre, anónimamente camuflados como si no desearan desvelar la vergüenza de su humildad al mundo o pretendieran impedir la llegada de extraños que contaminen su letárgica y añeja paz, no tienen nada que ofrecer, al menos así lo creen sus habitantes. Se han ido convirtiendo década a década en poblaciones reseca, con esclerosis, pues la sangre que debería recorrer sus venas circula hoy en día a través de las arterias de países europeos que han recibido estas transfusiones en contra de su voluntad.

Más allá, en campos más lejanos aún, bajo cielos de ansiadas y escasas nubes, de cuando en cuando se avistan labradores inclinados sobre sus aperos en alguna tediosa y agotadora faena rural.

Don Arturo reinicia la conversación:

—Fuad me había dicho que tu nivel de francés era bueno y no me ha engañado. El inglés está en todas partes y mis hijos lo aprenderán seguro, pero hablando francés en casa contigo sentaremos de forma muy fácil las bases para que en el futuro conozcan al menos tres lenguas.

No veía en ello nada excepcional Salima. En Marruecos mucha gente se expresaba comprensiblemente en varias lenguas y eran personas que ni siquiera habían ido a la escuela. No le veía tanto mérito.

—Es todo un lujo, además —continúa don Arturo—, que una chica los cuide y al tiempo les enseñe francés. Estarás encantada con mis hijos, ya verás, Salima. Y ellos seguro que te adorarán.

Y continúa tamborileando los dedos sobre el volante con los brazos estirados al son de la música que llena el vehículo.

Cuando entran en la circunvalación de Casablanca, una gran ciudad completamente europea, a Salima se le pasó por la cabeza su querida y añorada señora La-la Munia. Aún le costaba asimilar que su separación era definitiva. La recordaba varias veces al día y la echaba de menos. Le faltaba su protección, pero también su sabiduría. Ella lograba que todo pareciera más sencillo en la vida y sus obstáculos menos difíciles de superar.

¡Tantas veces había comentado con su señora las ganas que tenía de viajar en avión! Si ella la acompañara sería todo tan distinto...

Aumenta la inquietud de Salima conforme van entrando en el recinto del aeropuerto. Está a punto de cumplir su sueño de volar pero no lo hace, ni mucho menos, en la situación ideal. La acompaña un desconocido y las experiencias que no se comparten son menos agradables, pero así era su vida.

Estaba condenada a vivir lo bueno y lo malo prácticamente sola. Dentro de ella sentía a los suyos, a su familia, a su señora, pero no eran presencias reales, sino sensaciones. La vida la condenaba al desamparo y a la orfandad y la forzaba a valerse por sí sola, para bien y para mal.

Embarcan en el avión. Al entrar en el mismo, un respingo sacude la espalda de Salima. Este viaje supone un salto en el vacío en su vida, sin vuelta atrás. Sólo cabía esperar que el paracaídas se abriera para protegerla de un posible impacto y que el aterrizaje en su nueva vida fuera sereno y placentero.

Le gustaría gritar a los cuatro vientos y al mundo entero que se encuentra muy triste y asustada, pero está entrenada para callar y bajar la cabeza. Seguramente tampoco sus sentimientos le importarían a nadie.

Ya acomodados en los asientos y tras el despegue del aparato, don Arturo continúa atentamente su charla. Muestra sensibilidad dirigiéndose a ella y entreteniéndola. Parece haberle leído el pensamiento y comprender a la perfección la situación.

—Esta es una verdadera aventura vital para ti, ¿verdad, Salima? Igual te extraña, pero también lo es para mi familia. Responsabilizarnos de una persona extranjera entraña riesgos para nosotros, pero creo que el contacto con una persona de otra cultura enriquecerá a mis hijos. Del interés por la lengua francesa ya te he hablado, pero no sólo eres interesante por eso, claro... Tú podrás aportarles muchísimas cosas.

Mientras habla con la joven, levanta el brazo pidiendo a una azafata que se acerque. Lo hace una muchacha sonriente y él le pide un whisky y para Salima un refresco. Traen enseguida las bebidas y don Arturo empieza a degustar su copa tintineando, antes de cada sorbo y mientras habla, las piedras de hielo contra el vaso a la vez que observa su transparencia a través del vidrio. Salima encuentra nauseabundo el olor que le llega del alcohol. *Criada* en un rígido ambiente musulmán, nunca ha tenido tan cerca una sustancia tan prohibida y rechazada en su religión. Ni los más modernos y

evolucionados hijos de La-la Munia habrían violado jamás ese precepto en su presencia; de hecho, ella creía que quienes bebían alcohol eran gentes de mal vivir. Eso le habían enseñado siempre. Ignoraba que los señores ricos bebieran...

Capítulo 2

Hallaré un camino o me lo abriré”

(Aníbal)

Empezaba a quedarse fría. Como siempre, en aquel parque había corriente y ella ya llevaba sentada allí un buen rato. Aunque se había abrigado las piernas con la chaqueta de lana del pequeño Borja, la brisa era ya algo más que eso y se filtraba tamizada entre el tejido; le agradaba, no obstante, el contacto de aquel soplo fresco en su rostro.

Unas cosas terminan para que otras empiecen. Así es. Se acaba el verano. ¡Qué lástima que desaparezcan, hasta el próximo, aquel sol y la luz de aquellos interminables días! Según su costumbre, unos desnivelados rayos solares transversales asomaban desde el este imponiendo las sombras estiradas de un edificio sobre otro cercano.

Ya no calentaba la engañosa luz solar de verano tardío. Eran días de transición entre el alegre estío y el largo invierno en cuya cavidad se entraba a través de un otoño que solía ser particularmente oscuro y sombrío en aquella tierra. Se necesitaban días así para la adaptación psicológica de los humanos a unas condiciones climatológicas nuevas y a un cambio de hábitos forzoso.

El regreso al colegio de los niños —en el caso de Salima, del pequeño Álvaro— instauraba el ritmo invernal con sus rígidos horarios y obligaciones. Su hermano Borja, con sólo veinte meses, se quedará a su cargo en casa. Cada mañana saldrá con él al parque en un paréntesis en el cual el aire en la cara relajará al pequeño y a la muchacha. Por la tarde, tras recoger a Álvaro en el transporte escolar, volverán allí otro rato para que los dos niños

merienden al aire libre y entre juegos.

Los centenarios árboles al borde del parque purificaban el aire y creaban un agradable oasis en pleno centro de la ciudad. Para Salima sentarse allí una hora cada día suponía una reparadora evasión cómodamente alcanzable, ya que su casa no distaba de aquel bello lugar más de cinco minutos a pie.

Las dimensiones de la ciudad de Gijón hacían comfortable su vida en ella. En un cuarto de hora caminando llegaba desde su casa a un gran supermercado bien provisto de variopintos comercios, a una playa, a una zona de exquisitas tiendas de moda, a tres parques infantiles diferentes... Era, además, una ciudad limpia, acicalada casi, llena de personas de aspecto satisfecho integradas en aquel contexto de agradable ambiente como una pieza más del pulcro mobiliario urbano.

Subió la mirada al cielo siguiendo el peculiar y ya familiar sonido de la bandada de estorninos que cada atardecer formaba una nube con sus numerosos y menudos cuerpos muy pegados entre sí, volando en acrobacias vistosas y creando cambiantes figuras. ¡Cuánta libertad y, al tiempo, cuánta organización y sentido de grupo demostraban con su planeo! ¿Dirigía entre ellos alguno? ¿Quién establecía la ruta a seguir? ¿De qué extraño modo se ponían de acuerdo y se coordinaban unos seres tan pequeños? ¡Qué poca importancia tendría cada uno de ellos por separado y cuán extraordinarios eran en conjunto!

Simpatizaba igualmente la muchacha con las abundantes palomas que en la ciudad hormigueaban por doquier. A la señora Piluca le desagradaban y molestaban, incluso, pero a Salima la enternecían y hasta les presumía una docilidad más que improbable. Quizá quienes las creían molestas no les habían prestado suficiente atención, siempre ocupados, acompañados de otras personas o pendientes de mil asuntos. Sin vida social, sin conversación de nadie y con una desocupación únicamente interrumpida por el ir y venir de los pequeños Álvaro y Borja, cuando Salima se oxigenaba en este parque observaba a las palomas con atención y confraternizaba con ellas. Tampoco ella, desgajada de su mundo, le interesaba a nadie. Igual daba que estuviera o no allí. Los vetustos árboles sí que tenían sus raíces bien clavadas a aquel suelo. Incluso las leyes los protegían. Eran intocables,

inamovibles, importantes... Sin embargo Salima, al igual que las palomas o los estorninos, podía o no estar allí.

Nadie la miraba y a nadie le importaba que se fuera o se quedara.

Levantó de nuevo la vista. Una nube con cara sonriente se destacaba sobre el gris del firmamento. No era habitual un cielo completamente azul en esta zona de España. El cielo solía ser gris, en distintas tonalidades, como gris era el mar y la mayoría de los edificios. Pero la gente no era gris, sino amable y sonriente en su mayoría, tanto que, al principio de su estancia, le causaba rubor el trato abierto y la confianza con que la gente, aunque fuera desconocida, se dirigía a ella. Le hablaban de modo directo y natural y guardaban menos las formas sociales que en su país, ya que carecían de los artificios impuestos por el peso de las convenciones sociales o de la religión.

Otra vez. Lo había hecho de nuevo... ¿Por qué, en cuanto se le iban los pensamientos, comparaba a su querido país con este otro? Tendía involuntariamente a confrontar dos tierras con casi nada en común y con evidentes diferencias, pero vecinas. Su país salía perdiendo en algunos aspectos, pero sólo en algunos. ¡Bendita y adorada tierra suya!

Advertía y le agradaba la naturalidad del comportamiento de los vecinos de aquella ciudad, porque a ella le costaba abrirse, expresarse y, mucho más aún, discrepar. Le costaba levantar los ojos.

Había sido educada para respetar, para no manifestarse, para no opinar, para no concederse caprichos, ni siquiera para disfrutar de lo bueno aun cuando estaba completamente a su alcance. En otras palabras, había sido amaestrada, domesticada para una vida de obediencia y servidumbre concebida así durante tantas generaciones que esa actitud parecía ya adquirir caracteres genéticos. La naturalidad con que su amiga Alma, sirvienta como ella, se adjudicaba su parcela de emancipación —hasta de liberación— la fascinaba y la había sorprendido al ir la conociendo. Alma no dejaba de ser libre ni cuando cumplía órdenes. La libertad estaba dentro de ella. En ocasiones Salima había intentado sin éxito razonar el motivo que tanto las diferenciaba. Quizá con el tiempo le fuera más fácil analizarlo.

Igualmente le había llamado la atención el desembarazo y desenvoltura de su señora. Una persona educada como lo había sido Salima lo hallaba incluso excesivo. Con un egocentrismo rayando el egoísmo, doña

Piluca se anteponía incluso a sus hijos. Pero no se tenía por mala madre si atendía antes sus necesidades que las de sus hijos, aunque el mayor, Álvaro, no tuviera más de cuatro años y el pequeño, Borja, menos de dos.

—Para que los niños estén bien, lo ideal es que yo me encuentre perfecta. Lo demás vendrá por sí solo —acostumbraba a decir.

Lo que en el mundo había parecía concebido para su uso y disfrute; y para deshacerse de ello después de cansarse de usarlo. Tomaba y dejaba las cosas como y cuando le placía, sin hallar jamás oposición alguna de nadie. Tampoco le habría importado si alguien se hubiera opuesto. Habría hecho su voluntad de todos modos.

Salima interrumpió sus pensamientos para levantarse con rapidez a ayudar a Borja que acababa de caerse y, sentado en el suelo, sollozaba débilmente. Pero, como no era nada importante, pronto regresó la muchacha a su banco y retomó automáticamente sus pensamientos.

Hoy había recibido carta de su familia. Una más. Tras un año en España aún no había conseguido acostumbrarse a la desagradable ansiedad que le producía. Obviamente, una carta no iba a traerle malas noticias. Si algo malo sucediera, se lo comunicarían por teléfono.

En cuanto se la dio doña Piluca, la leyó de un tirón. Sólo se reflejan cosas agradables en ella, pero esta noche, como hacía siempre que recibía una, sentada en la cama releería cada línea, dejando volar su pensamiento al lado de los suyos, escudriñando en una lectura entre líneas si podía concluir que realmente todos los suyos se encontraban tan bien como aquellas letras de tinta le anunciaban.

¡Qué unida a ellos se siente a pesar de los miles de kilómetros que les separan! La cohesión que dan los invisibles lazos de sangre salva la distancia y las dificultades. Estos lazos son más fuertes que los más sólidos cables metálicos. Como todas las personas pobres que sólo tienen a Dios estaba la muchacha condenada a vivir una vida no elegida. Sin otra escapatoria, a diferencia de aquellos estorninos que cada día observaba en el parque, lo único de ella que podía volar con libertad era su espíritu, que se escapaba de su jaula a través del pensamiento mientras su cuerpo, prosaicamente, permanecería esa noche sentado en aquella pequeña cama, aferrado a un trozo de papel tan mal escrito como valioso para ella.

Su familia nunca le contaría lo malo que sucedía. Tampoco lo hacía ella. Jamás les revelaría cuántas lágrimas había derramado desde su llegada a este país, no por añoranza o nostalgia, sino por soledad e incluso por desprecio, en ocasiones. En su andadura por este nuevo camino vital había tenido que sortear muchos escollos y había tenido que saltar con sus indefensos pies desnudos gran cantidad de punzantes piedras del camino.

Doña Piluca, su señora, no era fácil de llevar y le había puesto la vida cuesta arriba muchas veces. Por el contrario el señor, don Arturo, se mostraba siempre atento y cordial con ella, pero casi nunca estaba en casa. Los niños la querían con locura y Salima se desvivía por ellos. Con la señora era otra cosa. Se sentía despreciada en muchos aspectos y le dolía, o le había dolido mucho: el ser humano se habitúa a todo.

No le expresaba su malestar. Era la señora y no debía hacerlo. Sólo mostraba sus disgustos en la expresión de su semblante, pero no creía que ella se lo notara. ¿La miraría alguna vez doña Piluca a la cara? Probablemente no. La consideraba inferior. Eso era obvio.

En aquel banco del parque, ensimismada aún, la muchacha continúa su reflexión. Casi filosofa acerca de dónde se encuentran los límites a los que, como ser humano, puede permitir que llegue la indiferencia, la mala educación, el trato denigrante a que la somete la señora en ocasiones. Pero ¿qué otra cosa podría hacer? ¿Coger su minúscula maleta e irse?

Ya era hora de regresar a casa. Aún le quedaban quehaceres largos antes de finalizar la jornada.

De camino, continúa sus reflexiones:

En esta ciudad no había emigrantes marroquíes. En todo el tiempo de su estancia aquí sólo una vez había encontrado a una mujer con pañuelo. Iba acompañada de dos hombres y Salima no se atrevió a acercarse a saludarlos. Ellos la habían mirado con atención, como reconociendo su procedencia a pesar de su vestimenta europea, pero no le habían dirigido la palabra.

Había llegado a España sin saber nada de español, pero ahora, un año después, entendía la mayor parte de lo que le decían. Don Arturo le había prestado un curso antiguo de español con cassettes que escuchaba por las noches con auriculares. En el parque leía las lecciones bien ilustradas con

fotografías para aprenderse las reglas gramaticales y los verbos. La gramática española se parecía a la francesa y las equivalencias y similitudes entre ellas le facilitaban el aprendizaje.

Se le daban bien los idiomas pero, además, su interés, su necesidad y las horas de televisión le habían dado suficiente soltura. Cada día los señores le pasaban por la noche el periódico, que Salima leía con atención en la cama o en el parque a la mañana siguiente. Ya estaba, en suma, en condiciones de seguir una conversación en español o de comprender lo que se decía en la televisión.

Se dirigía a los niños en francés. Para eso la habían traído de tan lejos. Sin perfección absoluta en la dicción y acento, lo hablaba con una soltura a la que no demasiados españoles llegaban. Al menos ninguna *criada* española alcanzaba ese nivel, al parecer...

También con don Arturo se comunicaba en francés.

—Nunca viene mal practicar una lengua. Cuanto más se hable, menos se olvida —le decía él.

Tampoco hablaban mucho. Era escaso el tiempo que don Arturo pasaba con su familia y tampoco tenían ellos dos muchas cosas que decirse.

El pequeño Borja solía dormir una siesta matinal antes de la comida y lo hacía acomodado en su sillita de paseo en el parque. Era entonces cuando Salima, sentada en su banco favorito —el mejor situado y el más calentito del lugar en invierno—, sacaba su periódico o sus lecciones y se relajaba en un momento exclusivamente suyo.

Los asiduos del parque a esas horas se conocían de vista. Siempre iban los mismos abuelos, asistentes o mamás a esas horas. Entre ellos, le llamaba la atención a Salima una mulata que desentona allí con un color de piel poco frecuente en una ciudad con tan escasa emigración. Era una mujer que cuidaba a una niña más o menos de la edad de Borja y con parecidos hábitos de sueños matinales. Durante algunos meses las dos niñeras se sentaron en bancos enfrentados con el ancho parque por en medio mientras los pequeños dormían, Salima con su cursillo de español o su periódico y la muchacha mulata con alguna música animada en sus auriculares que la incitaba a seguir el ritmo con la cabeza. Se veían de lejos, pero nunca se

habían dirigido la palabra.

Un día se levantó de su banco la mulata y, dirigiéndose al de Salima, se sentó directamente a su lado diciendo a modo de presentación:

—¡Hola! Soy Alma Luz. Si las dos estamos igual de solas, ¿por qué no juntamos nuestras soledades en una buena charla?

Y de este modo comenzó una relación diaria, positiva y que en no mucho tiempo adquirió la alta categoría de profunda e inquebrantable amistad.

Capítulo 3

“Que amistades que son ciertas, nadie las puede turbar”

(Miguel de Cervantes)

Había nacido Alma Luz en Vicente Noble, provincia de Barahona, en Santo Domingo.

Era una mulata atractiva, lista y sin un ápice de timidez. Tenía treinta y dos años y tres hijos que había dejado en su país. Era descarada, alegre y de buen corazón. Una verdadera medicina para Salima que, debido a cómo se divertía con ella, esperaba con ganas el momento de encontrarla cada día en el parque por la mañana y por la tarde. Casi se le había hecho indispensable.

Aquella soleada mañana invernal Salima espera a su amiga en el banco donde habitualmente se sientan. Es su banco favorito porque la sombra de los árboles no lo invade arrebatándole el calor del sol y porque tiene cerca los juegos y columpios donde los niños se entretienen. Desde allí las muchachas los controlan y cuidan sin demasiado esfuerzo.

Alma Luz se acerca contoneando ligeramente su voluminoso cuerpo al son de una música que escucha con auriculares mientras empuja la silla de Candela, la niña de dos años y medio que tiene a su cargo. Al llegar a su lado saluda a Salima con un beso lanzado al aire desde sus gruesos labios bien pintados de rojo mientras saca un auricular de uno de sus oídos y se agacha a desatar las correas de la sillita para que la pequeña descienda de su asiento.

Sale Candela pronta corriendo hacia su balancín favorito y Alma recoge los cables de los auriculares al tiempo que se sienta al lado de su

amiga. Le da un sonoro beso en la mejilla mientras le acaricia la mano y le dice:

—¡Saludo, mi niña! ¿Qué lo qué? ¿Cómo va todo? No tienes buena cara esta mañana, muchacha...

La mira a los ojos, inquiriendo en ellos una respuesta que confirme su preocupación o la haga desaparecer.

Así es su relación entre ellas: directa y sincera. Pueden contar una con otra. Según lo que toque, risas o llantos. Aunque en la vida de las dos hay más de lo segundo, Salima no tiene más remedio que reírse con las ocurrencias de su amiga incluso en los días no muy buenos. Ella le alivia sus pesares, levanta su ánimo y mejora su espíritu. Alma había entrado como una gota de miel en su corazón, le había endulzado la existencia y se había convertido en poco tiempo en una amiga, en una confidente, en una hermana que, a veces, hacía incluso de madre.

Alma Luz tenía doce años más que ella y ya había vivido mucho: ya había tenido tres hijos, ya se había decidido a salvarles la vida alejándose de ellos para que no se murieran de hambre, ya se había deshecho de un marido maltratador... Contaba con el triple de experiencias vitales que Salima.

Ésta, que nunca antes se había abierto de verdad a nadie, sí lo hacía con Alma, a quien siempre hallaba dispuesta a ayudarla. Le comentaba sus frustraciones, sus tristezas, sus dudas y, aunque su amiga no tenía en sus manos soluciones, siempre la aliviaba y le hacía sentirse mejor.

Salima la necesitaba.

Aquella mañana, una vez más, le abrió su corazón:

—Ayer recibí carta de mi familia, Alma, y ya sabes cuánto sufro cuando sucede. Me he dormido sentada en la cama con la carta en mi regazo y llorando. Como siempre, me muero de preocupación por ellos.

—Pero ¿te dicen que están todos bien? —pregunta con interés y mirada atenta su amiga.

—Eso me dicen, sí —responde Salima que, tras exprimir cada palabra de la carta recibida, no ha encontrado ningún indicio de que le oculten nada.

Gota de miel: Expresión para describir algo impactante en el sentimiento de una persona y que sabe que dejará una huella imborrable en el espíritu.

—Pues eso es lo que importa, cielo —responde Alma Luz, cogiéndole la mano y mirándola con ternura.

Salima le sonríe dulcemente.

—Yo también hablé ayer con mis hijos y con mi madre y estoy contenta por haberlos notado a ellos tan bien.

La dominicana lleva los problemas de una existencia difícil con alegría. Había tenido que vender su pequeña y vieja vivienda de Santo Domingo para pagarse el billete a España, a donde había llegado sin trabajo hacía ya ocho años. Tuvo suerte y pronto encontró una casa en la que trabajaba desde entonces con una familia encantadora que la tienen por uno más de ellos.

Los hijos de Alma viven con su hermana y con su madre. Los echa de menos. En todo este tiempo sólo había podido viajar a verlos en una ocasión, pero la vida era un callejón sin salida y así lo aceptaba.

Había tenido que alejarse y escapar lejos de su impresentable marido quien, a pesar de llevar ya separados tiempo y de no encargarse en nada de sus hijos, le exigía cada semana dinero para sus gastos bajo amenazas. Si le daba el dinero a su ex, tenía que quitárselo a los niños y no estaba dispuesta a ello. Alguna paliza había recibido por negarse a hacerlo.

Cuando vio que dentro de aquel círculo vicioso nunca progresaría y, temerosa e impotente ante unos malos tratos que era incapaz de eliminar y que quizá incluso aumentarían en intensidad con el tiempo, decidió poner tierra y mar de por medio. Se escapó para salvar su vida y la vida de sus hijos, a los que un padre vago y egoísta quitaba el pan de la boca, arrebatándole el dinero para alimentarlos que ganaba con su trabajo.

Los niños perdían a su madre y a ella se le secaba el corazón de dolor pero, con el trabajo de Alma Luz en España, los pequeños podrían comer bien, ir a la escuela, vestir dignamente y hasta, si iba ahorrando día a día, forjarse un futuro con el capital resultante de sus ahorros. Como una

hormiguita. Peseta a peseta.

—*Mai*^[6] me ha contado que el huevón de mi marido la ha jodido todo el tiempo estas semanas con problemas idiotas. Pero ¡que se vaya pa'l carajo! Ya ni el chamaquito más pequeño de mis hijos le hace caso a su pendejo padre...

Se levantó del banco, se acercó a Candela para limpiarle la nariz y volvió a sentarse.

—¡Pero, cónchole! ¡Están bien! Mis hijitos están bien y son felices... Nos hemos reído mucho por teléfono cuando me contaban cómo le toman el pelo a su pobre abuela.

Una vez al mes los señores para los que trabaja Alma Luz le pagan una llamada de teléfono a su país para hablar con sus hijos sin prisa y sin las incomodidades de un locutorio público. Mientras ella habla salen, respetuosos, del salón donde está el teléfono para que lo haga a sus anchas durante el tiempo que quiera. Al acabar la conversación los cariñosos señores se interesan por el estado de salud de su gente en su país y por el estado de ánimo de Alma Luz en aquel momento.

Con una vocalización tan relajada, tanta rapidez al hablar y tal aspiración de las consonantes, a Salima le costaba entender su charla caribeña cuando le hablaba. Pero si dos personas deciden entenderse no hay quien lo impida y Alma, esforzándose para ser comprendida, ralentizaba al darse cuenta de las dificultades de su amiga para seguirla y repetía las frases cuantas veces hiciera falta, aunque cada vez había menos dificultades de comprensión. ¡Esas conversaciones sí que eran un curso acelerado —muy acelerado— de español!

Distaban tanto los países y las gentes de las dos muchachas y no sólo en kilómetros, mas la proximidad de todas las personas en su interior supera diferencias. En penumbra, sin que la luz distinga el color de la piel que nos diferencia y dispara prejuicios, sin que los lujos y oropeles exteriores distingan el nivel social o situación económica de cada cual, es fácil entenderse. Las almas carecen de prejuicios y se parecen entre ellas mucho más de lo que habitualmente se cree.

Alma Luz describía su país con tanto detalle y entusiasmado cariño

que Salima, a través de sus palabras evocadoras y mientras los ojos ensoñadores de su amiga miraban perdidos al infinito, conseguía percibir la luz caribeña envolviendo las calles de Vicente Noble, uno de los pueblos más importantes de la provincia dominicana de Barahona, donde vivía la familia de Alma Luz. Le transmitía Alma a su amiga la luminosidad de una escena en que los niños jugaban al béisbol en medio de la calle sin excesivo peligro por el tráfico, pues por ella sólo circulaban algunos *conchos*^[7].

Jamás abandona los corazones de los dominicanos esa luz caribeña con la que iluminan y calientan España y países aún más fríos a los que han emigrado. Así, se evita el desarraigo en una ausencia provisional pero que en muchas ocasiones se alarga demasiado en el tiempo. Es una expatriación provisional, no obstante, porque, al quedar en la mayoría de los casos sus hijos en Santo Domingo, el cordón umbilical sigue uniéndolos a su reseco terruño con lazos invisibles y trasatlánticos pero irrompibles. De los hijos no se separa uno nunca.

Ni los vientos y corrientes del océano Atlántico enfrían sus sentimientos. En tan optimista sociedad el sufrimiento es real pero no consigue adherirse tanto a la piel como para arrebatarles la alegría, y eso que algunos emigrantes sólo vuelven a casa en alguna Navidad; y eso que muchos niños son *criados* por sus abuelas y tías y casi no recuerdan ya ni el tono de voz ni el rostro de sus madres, difuminada la memoria por el tiempo y la distancia.

En Vicente Noble han convertido en usual y cotidiana una situación anormal; ya casi ni la ven triste, quizá porque esos niños y las familias que de ellos se encargan ignoran el sufrimiento, el racismo, la explotación y la marginación que sufren unas madres que se sobreponen a todo para enviarles mes a mes la recompensa de su esfuerzo en forma de remesas dinerarias a través de la Asociación Barahonda de Ahorros y Préstamos. Y peso a peso, centavo a centavo, muchas mujeres emigradas, desde la distancia, construyen viviendas más dignas para los suyos y mueven la actividad de un país con los ahorros de un escaso salario ganado a pulso.

Le comentaba una tarde Alma Luz a Salima:

—Ahora están terminando las obras en casa de mi mamita. Por fin mis hijos queridos vivirán confortablemente. Después, comenzaré a ahorrar

para montar allí mi propio negocio.

—¿Qué negocio? ¿Qué piensas hacer? —pregunta Salima.

—Un colmado o una peluquería, no sé... Aún no lo tengo decidido del todo. Lo que está claro es que me instalaré por mi cuenta.

—¿Y cuánto tardarás en conseguirlo?

—¡Cónchole, años...! En cualquier caso, tampoco me convendría regresar antes... El agüevao de mi marido aún no me ha olvidado... Si regreso demasiado pronto continuará persiguiéndome. Debe pasar más tiempo para que se enfríe del todo y me deje en paz.

El mismo planteamiento que las demás mujeres: regresar sin caer de nuevo en la miseria de la emigración. Sólo se emigra cuando se es joven, cuando el entusiasmo juvenil aún no ha desaparecido haciendo bajar a la persona los brazos, haciéndole rendirse ante la vida sin pelear ya jamás contra ella.

Alma Luz es coqueta, divertida, mujer de rompe y rasga, valiente, animosa, pero madre responsable, aunque a distancia; madre amantísima y con sufrimientos por ello. Cuando se veía invadida por sentimientos negativos los evitaba intentando que se fueran solos de su corazón y su mente cuanto antes. Pero Salima la conocía y ese día ambas tenían el corazón roto tras la comunicación con sus lejanos y distanciados países. Como hacía siempre que la punzada de la melancolía se le hacía insoportable, Alma esa mañana sostenía continuamente en su mano izquierda su foto preferida, la que había hecho rodeada de “sus tres soles” en su único viaje en ocho años y desde el que ya habían transcurrido dos. En aquella fotografía los niños sonreían abiertamente, con la felicidad adornando sus caritas inocentes, por estar abrazando a su querida y añorada mamita.

Cuando se sentó de nuevo al lado de Salima en el banco del parque, le rodaban en silencio dos lágrimas, una por cada mejilla. Se hacía la fuerte, pero estaba muerta de tristeza. A su chamaquito más pequeño le había caído otro diente y ella tampoco estaba allí esta vez. Nunca había estado con él al caerle ningún diente. Su hijito más pequeño tenía sólo dos añitos recién cumplidos cuando ella se había ido.

Se repone rauda y se levanta del banco. Estira su brazo, agarra de la

mano a su amiga y la fuerza a levantarse. La observa de arriba abajo:

—¡Guay! ¡Pero qué chula vas hoy, chamaca! ¡Hay que ver! —le dice con un silbido simultáneo—. La bruja de tu señora no tiene mal gusto para vestirse, ¿eh? ¡Ahí sí eres afortunada, jovencita!

Y, aún agarrándola de la mano, la obliga, como hace siempre, a que, de pie, gire sobre sí misma mostrándole el modelito mientras lanza otro silbido, esta vez más sonoro, redondeando sus labios rojos.

Salima sonríe con timidez, pero encantada con el halago. Su señora consume ropa a tal velocidad que no tiene tiempo a gastarla y se la da a ella. Son las dos igual de menudas y tienen la misma talla, de modo que Salima disfruta aquella ropa estilosa e impecable que conjunta a la perfección con los zapatos, cinturones y hasta bisutería a juego que también le regala doña Piluca.

Siempre con mucho colorido y muy maquillada, la caribeña insistía en que su joven amiga hiciera lo mismo y había conseguido que Salima se pintara las uñas de rojo, los labios con carmín y los ojos con una raya negra que los enmarcaba y les daba profundidad. —Eres bonita, cariño, pero tienes que adornarte más —insistía Alma.

—La dulzura es el mejor adorno —respondía ella repitiendo un cliché de su país con el que cada vez estaba menos de acuerdo.

—Pero una cosa no quita la otra. Dulce y adornada serías la bomba. Los hombres babearían a tu paso, mi amor.

Salima, llena de prejuicios y poco acostumbrada a mensajes tan directos, enrojecía como una amapola con estos comentarios. Quizá a su amiga, tan auténtica, en ocasiones le vendría bien un filtro en el cerebro que puliera sus ideas antes de exponerlas, a ver si así lo que salía por su boca era menos descarado y picante.

Salima mira con cariño a Alma: siempre consigue subirle la moral, con su permanente visión optimista de la botella medio llena.

Capítulo 4

“Instruirse, instruirse siempre. Éste es el verdadero alimento del alma” (Cicerón)

A Salima la emociona un placentero vértigo según atraviesa una alta puerta en cuya pared exterior, a la izquierda, una placa metálica anuncia a qué se destina aquel edificio: “Centro de Formación de Adultos”.

Es una construcción cuadrada, de una sola planta y rodeada de jardines abundantes que en ese momento riega una joven con uniforme de la empresa municipal encargada de mantenerlos pulcros y cuidados.

Ya cuando La-la Munia, con sus lecciones, iniciaba a Salima en la aventura del saber experimentaba ella esta misma sensación, ese cosquilleo interior que el gusanillo del conocimiento le producía. En la actualidad, más madura y más consciente del privilegio que para una sirvienta extranjera suponía, valoraba en mayor medida su aprendizaje y formación, porque entre sus planes ya había descartado, por mucho que le gustara, la oportunidad inesperada de seguir enriqueciéndose aprendiendo.

Pero con sus defectos que a veces dificultaban la convivencia, con su egoísmo, con su superficialidad en algunas cosas, con su falta de empatía en otras, doña Piluca también poseía plausibles virtudes y había sido ella quien más la había ayudado cuando, animada a partes iguales por su ansia de conocimiento y por su amiga Alma, solicitó de los señores permiso para disponer de una hora y media libre cada día y de la tarde de los jueves entera desde las seis de la tarde.

La señora la había orientado e incluso la había acompañado a matricularse a aquel Centro de Formación de Adultos en cuya puerta ahora se

encontraba Salima y que no distaba demasiado de su domicilio.

La joven se estremeció por un momento al sentir el hálito turbador y fresco de la libertad. Así, al menos, lo sentía ella. Aunque quizá no supiera expresar con palabras el pensamiento, casi sentimiento, que la embargaba. Se encontraba allí por y para ella misma, por su voluntad y para su provecho. Por una vez.

Como había llegado al Centro algo antes de tiempo, no había nadie en el aula donde, según le indicó un ordenanza, se impartirían las clases. Se sentó en uno de los pupitres y colocó su carpeta sobre la mesa.

Detrás fueron llegando sus compañeros que, al entrar, saludaban en voz alta a los que ya se encontraban allí. Serían en total seis personas, cuatro mujeres y dos hombres. Salima era la más joven y la única extranjera.

Puntual, entra la profesora en el aula y se presenta con naturalidad y una amplia sonrisa en la cara.

—Buenas tardes. Mi nombre es Margot y voy a ser vuestra profesora durante el curso.

Es una mujer de mediana edad, con el pelo corto de un color más rojizo que cobrizo y una piel cuidada pero sin rastro de maquillaje. Lleva pintados los labios, eso sí: brillantes y oscuros.

La profesora los mira por encima de sus gafas con moldura de concha en un gesto que sus ahora desconocidos alumnos reconocerán, con el tiempo, como muy suyo y continúa:

—Cada uno de vosotros tiene unos objetivos y unas metas diferentes: desde aprender a leer y escribir hasta obtener el título de graduado escolar o repasar nociones básicas para estar en condiciones de preparar más tarde el curso de acceso a la universidad para mayores. Intentaré ayudaros para que todos alcancéis con éxito vuestros objetivos.

Comenzó la clase y Salima se entregó a ella con los cinco sentidos.

.....

Casi la había empujado Alma Luz a solicitar tiempo libre a sus señores:

—¡Guay! No eres una esclava, mi amor. Tienes derecho a tener un tiempo para ti. Todas las sirvientas lo tenemos. Si lo que te apetece es ir a clases para aprender y mejorar de paso tu español, pelea por ello. El caso es llegar a un acuerdo con tus jefes.

Y repetía la coletilla que le servía para tantas situaciones, ambivalente y realista:

—Más vale ponerse una vez colorao que siento amarillo, tesoro... ¡Pa'lante!

Le inquietaba a Salima la respuesta y reacción de su voluble y caprichosa señora, así que esperó para hablar del asunto a que don Arturo hubiera regresado de un viaje; sin embargo, fue doña Piluca la que le contestó en presencia de su marido:

—A priori no tenemos problema, pero tendrás que organizarte para que tus obligaciones no se resientan. Probaremos una temporada, a ver cómo va todo.

En media hora Salima podía ir al Centro y regresar y le quedaba una hora completa para asistir a una clase, la última de las tres que se impartían a los alumnos cada jornada. Los demás compañeros asistirían a todas las clases.

Cuando le explicó a la profesora que no disponía de más tiempo al día, ella la animó:

—No te preocupes, Salima. Quien tiene interés hace más en una hora que otros en un día entero.

A la vuelta, tras la clase, servía cenas, recogía, cenaba ella misma, ponía la lavadora, preparaba las cosas para el día siguiente y entonces, zanjado el trabajo del día, se retiraba a su habitación y comenzaban sus momentos de esparcimiento. Su tiempo. El tiempo para ella misma. Le agradaba tanto...

.....

Ni remotamente esperaba una invitación de Margot.

—¿Qué momento te viene bien para que tomemos un café, Salima?
—la sorprende un día.

Se sintió turbada ella:

—Eh... no sé... los jueves son los días en que tengo la tarde libre...
—responde frotando entre sí las palmas de las manos, azorada y sin atreverse a preguntar para qué quiere la profesora que tomen un café juntas.

—¿El próximo jueves, entonces? Pues cuento con ello.
Concretaremos la hora el miércoles, ¿de acuerdo? —dice Margot con una sonrisa amable en los labios mientras se coloca las gafas y abre el libro para comenzar una clase.

Cuando el día establecido llega Salima a la puerta principal del Centro de Formación de Adultos una hora antes del comienzo de las clases, ya la espera allí la profesora. Se saludan y juntas se dirigen charlando a la cafetería más cercana al lugar, apenas distante del mismo.

Se sientan en una mesa una frente a otra y piden una menta poleo cada una. Margot va directa al grano intentando profundizar en la situación concreta de su alumna:

—No lo tienes fácil para asistir a las clases, ¿verdad, Salima?

La joven contestó con la cabeza mientras daba un sorbo a la taza.

—Lo suponía —continúa Margot—. Eres extranjera, inmigrante y pobre... Y con “mando-a-distancia”... Algún día te explicaré a qué me refiero.

Salima abre involuntariamente los ojos más de lo que debiera ante la sorpresa por tanta franqueza. ¿Debe parecerle apropiado lo que ha dicho?

Capta el gesto y la duda la profesora, que prosigue:

—Disculpa. Soy así, directa, pero no digo nada que no sea cierto.

Se calla y da un sorbo a la infusión, interrogando mientras tanto a la muchacha con la mirada. Espera una respuesta o el permiso para continuar con su poco diplomática actitud.

Ante el silencio de Salima, que ella interpreta como un “adelante”,

prosigue Margot:

—Lo digo porque, por tus circunstancias, estás en inferioridad de condiciones respecto a otras mujeres, pero, ya que te has animado a iniciar este camino, continúa. Es interesante que hagas algo para ti misma y que intentes descubrir tu potencial. No te es fácil venir a las clases, ¿eh?

Reitera Margot la pregunta mirándola directamente a los ojos. Tiene unos expresivos ojos azules que lucen, brillan y enganchan aún bajo la frialdad de las gafas. Salima se siente cohibida. Le cuesta mantener una mirada atenta y escrutadora que la invita a hablar, pero la muchacha no sabe qué responder y continúa muda.

—Si quieres, yo puedo ayudarte —continúa la profesora.

Salima bebe otro sorbo, ganando tiempo ante la obligación de contestar. Lo comprende la profesora, que continúa:

—Aunque no puedas asistir a todas las clases, si te parece, nos encontraremos como hoy, una vez por semana, e intentaremos que no pierdas nivel respecto a tus compañeros. Si algo no entiendes porque tengas dificultades o porque no estabas presente en su explicación en clase, te lo explicaré en nuestras reuniones. Aunque vayas más lenta, con tu tesón lograrás lo mismo que los demás. Estoy convencida de que suplirás tu falta de tiempo con tu interés. ¿Te parece bien?

—Claro que sí... muchísimas gracias —responde Salima, sorprendida por tanta generosidad.

Luego Margot le preguntó por su lugar exacto de procedencia, por su familia, por su estado de ánimo... Se interesó por ella de verdad mientras la miraba con sinceridad y ojos serenos.

Salima comenzó a sentirse cómoda a su lado y con su conversación, aunque le costara expresarse y lo hiciera insegura y a trompicones.

Se acercaba la hora del comienzo de la clase de modo que la profesora dio por terminada la charla diciendo:

—Cuanto más conocimientos tengas, mayores serán tus posibilidades de enfrentarte al mundo y serás más libre. Eso no debes olvidarlo. Formarse es un derecho individual que tiene cualquier ser humano

pero en el caso de una mujer es, además, la única forma real de igualarse al hombre. Y ahora, ¡a trabajar, muchacha!

Y así fue la primera conversación de Margot con Salima. No fueron únicamente conocimientos matemáticos, históricos o lingüísticos los que desde aquella tarde introduciría su profesora en la mente de la alumna, sino que también enriquecería su espíritu con pensamientos sobre los cuales reflexionar para obtener ideas propias a partir de ellos.

Sin más complicaciones y sin que la profesora le pida nada a cambio, comienzan a reunirse cada jueves, día libre de la alumna, antes del comienzo de las clases. Salima le pasa los deberes hechos durante la semana, le pide a Margot explicaciones de las cosas que no ha entendido y ella se las da, entregándole, asimismo, las tareas para la semana siguiente.

Y durante meses, en sus encuentros semanales a lo largo de todo el curso, Salima tuvo por primera vez contacto con un tipo de mujer como Margot, luchadora, espontánea, idealista y que le exponía elaboradas teorías sobre muchos temas interesantes y en los que no habría reparado jamás la alumna, la cual ni siquiera estaba al tanto, en muchos casos, de su existencia.

Le habla Margot de la emigración como de un movimiento natural de las personas de un lugar a otro, nunca como de algo ilegal; le habla de cómo evitar los sufrimientos del desgarramiento de la humanidad por esta causa; critica cualquier religión y le expone la necesidad de desacralizar la sociedad, por ser las religiones alienantes y sus instituciones y códigos regresivos. Le explica lo pernicioso de magnificar la tradición religiosa.

Le comenta la necesidad de la ruptura generacional en sociedades estancadas y antiguas. Le advierte que Salima está dirigida por un “mando-a-distancia”, introducido en su mente desde su nacimiento, que hace que la dominen ideas represoras que se apropian de su libertad por muy lejos que se encuentre la muchacha de la autoridad familiar. Con este imaginario “mando-a-distancia” la han condenado a un autocontrol que la obliga a comportarse según un patrón determinado, según lo que la sociedad —su sociedad, su familia y vecinos— espera de ella.

Le dice que no se debe consentir, como admite la religión musulmana, el repudio de los maridos a las mujeres.

Le asegura que el espíritu femenino necesita experiencias vitales que lo alimenten.

Le expone que la heroína de “Las Mil y Una Noches” pretendía liberarse con la palabra y liberar a todas las mujeres.

Le habla de tantas cosas interesantes desde un punto de vista femenino...

Semana a semana Salima adquiere confianza y, animada a hacerlo por Margot de manera directa o insinuada, se va soltando y va exponiéndole argumentos elaborados por ella tras reflexionar acerca de los temas que surgen en sus charlas. Nadie hasta ese momento había demostrado tanto respeto e interés por sus opiniones como Margot.

Ha sido afortunada al conocerla.

Capítulo 5

“Cierto que en el mundo del hombre nada es necesario, excepto el amor”

(J.W. Goethe)

Salima analiza en un instante lo que el reflejo de su imagen le expresa sin palabras. Es la segunda opinión que le pide a un espejo en cinco minutos. Primero se ha mirado en el de cuerpo entero que hay en el recibidor de su casa y ahora lo hace en el del portal.

No se detiene más tras la ojeada y el giro a ambos lados que realiza con su cuerpo para verse por las dos partes. Se apresura porque ya la espera Alma en el exterior de la puerta.

Su aspecto en el espejo le ha mostrado que está demasiado delgada para los patrones estéticos de Marruecos. Seguramente le aconsejaría su madre esforzarse en adornar su cuerpo con más carnes, pero a ella no le molesta estar esbelta ni encuentra queja en la imagen de sí misma que ha visto reflejada.

La autocensura —o mejor, la “censura—familiar—con—mandoa-distancia”— que le influye aún hasta en la valoración de su apariencia le dice esta vez que no está mal, pues no va llamativa y sí discreta y decente. El pantalón vaquero poco entallado que le ha regalado doña Piluca apenas resalta sus formas y la blusa blanca, vistosa y favorecedora, no le marca el pecho y le cubre los brazos hasta los codos.

Si Margot leyera sus pensamientos en ese momento le criticaría los frenos seculares, los condicionamientos invisibles, los hilos de marioneta que

limitan su libertad de movimiento. Debería comprender la profesora que quizá es demasiado pronto para prescindir de criterios atávicos pesados como losas. Necesitará más tiempo.

Margot argumentaría:

—La libertad del individuo empieza en las pequeñas cosas, Salima. Incluso lo que no parece demasiado importante da señales de cómo encarcelamos nuestros propios pensamientos. Lo hacemos voluntariamente, o eso creemos, pero la llave la tenemos siempre nosotros y debemos atrevernos a abrir las puertas para ir más allá de los límites impuestos o autoimpuestos.

Esa tarde Salima se ha puesto una crema hidratante con color que ilumina su piel, una raya negra enmarcando los ojos, rimel y sombra en los párpados. Lo que la favorece sobremanera es el carmín oscuro que con su brillo le hace unos labios más gruesos.

En el momento de abrir la puerta Salima sonrío, a la espera de un inmediato e inevitable comentario de su amiga. —¡Guau, muchacha! ¡Assúccaaar! ¡Estás imponente! —dice Alma Luz con un silbido de admiración.

Salima sonrío, satisfecha por el elogio. Ella también se encuentra atractiva, bonita... Más liviana, los hombros le pesan menos hoy, la cabeza se eleva. El cuerpo recto y la mirada alta. Se siente pletórica.

Es domingo.

No ha sido ella esta vez quien les ha pedido a los señores permiso para salir. El mismo don Arturo se lo ha propuesto. —Encuentro muy positivo que asistas a las clases de adultos, Salima, pero, ¿por qué no sales también a divertirme alguna vez?

Doña Piluca, también presente, pregunta completando el argumento de su marido:

—¿No va a la discoteca tu amiga dominicana? Me extraña... Tienen tanta marcha los caribeños...

Alma y algunos amigos —unos pocos españoles, pero la mayoría iberoamericanos residentes en distintos lugares de la región— se reunían los domingos por la tarde, a partir de las cinco y media, en un disco-bar para

bailar al compás de sus ritmos más seductores: bachata, salsa...

Todos con idénticas ganas de diversión, juntos lograban un ambiente divertido y bailón con el que se relajaban de las penas y preocupaciones por su trabajo o por el desempleo. El baile y las risas los recargaban de energía para afrontar una nueva semana repleta de afanes, pesares o incertidumbre. No lo tiene uno fácil fuera de sus fronteras; está más débil, más desprotegido, más desvalido.

Las reuniones de los domingos no interferían en las obligaciones de Salima porque eran los días de reunión de los señores con la familia de don Arturo y no estaban en casa. Lo habitual era que en esos momentos, estando sola en casa, Salima se encargara de tareas que mal podía realizar con los niños cerca, permanentemente a su alrededor y llamándola de continuo (“Ima, Ima...”, la requería impaciente mil veces al día el pequeño Borja en su lengua de trapo de apenas dos años).

Doña Piluca continuó:

—Si te organizas, puedes perfectamente cumplir con tus tareas de los domingos y salir de paseo con tu amiga. Ya sabes que hasta las nueve nunca regresamos y que ese día, después de los excesos de comida de mi suegra, no cenamos.

Mejor salir que quedar sola con cara de tonta delante del televisor toda la tarde, ¿no?

Y así se estableció.

Con sus discretos vaqueros, su blusa blanca y su favorecedor maquillaje salía Salima esa tarde por primera vez a divertirse en horario temprano e inocente, como era tradicional en las *criadas* en los viejos tiempos de la sociedad española.

Salima tiene la certeza de que sus padres no aprobarían el ambiente bailón de Alma. En idénticas condiciones, en Marruecos, sus salidas consistirían en pasear junto a otras sirvientas por determinados bulevares de la ciudad. Allí, sentadas en un banco de piedra en plena calle, conversarían tomándose un helado o algún dulce comprados en los puestos callejeros. Quizás algún joven *criado* aprovechara la mínima oportunidad de acercamiento a alguna de aquellas chicas, la más bonita o la más receptiva,

para coquetear un rato. Luego, regresarían a casa temprano.

Pero en España no tiene la joven con quien pasear. O sale con Alma o se queda en casa. Y el ambiente de Alma es bailón.

Por otra parte, ¿con quién iba a estar mejor que con su querida amiga?

Esa tarde Alma viste unos ceñidos pantalones rojos con los que su mulato trasero bien formado parece aún más prominente. Resalta su piel morena con el color blanco de una camiseta apretada y no más larga de la cintura que deja al descubierto piel y ombligo al menor movimiento.

—¡Y ahora tú y yo vamos a comernos el mundo, mi amor! —le dice a Salima, segura de sí misma, mientras a la vez hace un conato de meneo suave con sus caderas.

Se encaminan divertidas y charlando hacia el disco-bar “Cachamba”, libres esta vez, sin sillitas de niños ni bolsas de la compra.

Una música alegre las recibe mientras descienden las escaleras. La repentina diferencia de luminosidad entre la calle y el sótano hace que el ambiente parezca más oscuro de lo que es en realidad.

El alto volumen obliga a Alma a levantar la voz cuando le indica a su amiga: —Mis amigos y yo nos ponemos siempre en aquella esquina. Bien cerquita de los músicos y del escenario. Ya habrá llegado alguno, seguro. Ven, acompáñame. Me muero de ganas de que los conozcas.

En el lugar indicado hay varios jóvenes sentados en dos sofás pegados a la pared y en taburetes cuadrados colocados alrededor de una mesa baja redonda. Aquellos amigos de Alma Luz, al ver a las muchachas acercarse, las reciben dando palmas entre expresiones jubilosas. Son chicos y chicas, todos de piel oscura, cuyos nombres va pronunciando Alma al tiempo que hace las presentaciones.

Salima les extiende la mano, en una formal presentación protocolaria, pero ninguno se la estrecha, sino que todos se levantan, la agarran de los brazos y la besan en las mejillas, diciéndole a la vez lo encantados que están de conocerla.

Desde el primer momento Salima se encuentra a gusto en un

ambiente distendido en el cual es tan bien recibida. Se respira en el aire alegría, despreocupación, libertad.

Se sienta entre dos amigas de Alma y comienza a sorber un refresco con una pajita mientras observa cómo bailan varias parejas al son de la orquesta que toca en directo sobre un escenario a ras de suelo. Giran, se agarran, se sueltan. Son puro ritmo. Es una música contagiosa y alegre. A ella también se le van solos los pies siguiendo el compás.

Uno de los amigos de Alma Luz, presentado como Ernesto, haciéndole una señal con la cabeza, consigue que una de las chicas que está al lado de Salima le cambie el sitio y viene él a sentarse justo a su lado.

Ernesto tiene la piel muy oscura. Lleva en la oreja un gran aro de plata que brilla destacando entre unos desordenados rizos negros que le cubren las orejas. Sonríe con una enorme boca de labios gruesos dejando a la vista sus bien formados y fuertes dientes de un blanco brillante, exagerado por la luz azul de la discoteca.

Comienza a hablar Ernesto con Salima pero, debido al alto volumen, ésta no le comprende bien, de manera que él se aproxima con el cuerpo entero, moviendo su taburete y pegando su muslo al de la muchacha en una proximidad tensa para ella.

Salima no entiende bien lo que Ernesto le dice y le hace gestos, entre tímida y divertida por la situación. No es sólo por la música. Habla con tantas aspiraciones que se come la mitad de las palabras.

Alma, al quite de todo y pendiente de su amiga, avisa al muchacho: —Háblale despacito para que te entienda bien, mi niño. No hace mucho que habla español. Hay que ponérselo facilito a la chamaquita, moreno.

Y suelta una carcajada alegre mientras, tras una palmadita en el muslo a su amigo, se aleja haciendo una señal a otra muchacha para que la acompañe a bailar en la pista.

Pero la comunicación, aunque difícil al principio, va fluyendo entre Salima y Ernesto. Se miran a los ojos primero tímidamente, luego con más libertad cada vez. La expresión de sus caras lo dice todo. Están en la gloria juntos. Las cosas son fáciles entre ellos desde el primer momento.

Sin dejar de mirarla a los ojos ni un instante, el muchacho le va

contando su vida: que es también *vicentenoblero*, que lleva ya tiempo en España, que está soltero sin novia, pues la que había dejado en Santo Domingo se había esfumado; que esa mujer le había roto el corazón, aunque, como esto ya había sucedido hacía tiempo, ahora ya lo tenía bien recompuesto y listo para ser usado de nuevo.

La sonrisa no se le va de los labios mientras habla y a Salima le encanta lo que le dice y cómo lo hace.

Aunque no entiende muchas cosas, no le interrumpe a no ser que no comprenda el sentido de la frase entera. En esas ocasiones, ella le hace una señal con las manos en signo de negación y entonces él acerca aún más la boca a su oído. Siente ella entonces su aliento caliente, siente cómo roza con sus labios sus pendientes y un estremecimiento instintivo le sube por la espalda.

Ernesto desea sacarla a bailar, pero ella se aferra al taburete asiéndolo con gran fuerza por los lados y negándose a ello entre risas.

El tiempo transcurre con excesiva rapidez. Como una cenicienta emigrante debe irse pronto. A las nueve regresan los señores y ella quiere estar ya en casa antes de que vuelvan. No sería correcto que ellos llegaran antes, opina.

Rechaza el ofrecimiento de Ernesto para acompañarla. Su casa queda lejos y, además, compartirá el camino con Alma, que también se va.

—Muchas gracias por tu amabilidad, Ernesto. Espero que volvamos a vernos. Ha sido un placer conocerte —le dice Salima.

Él intenta asegurar y concreta:

—Yo vengo todos los domingos. ¿Vendrás tú el próximo? —Creo que sí... Si Dios quiere... —responde ella.

Y se despiden con dos protocolarios besos en las mejillas.

Ernesto la ha hecho reír. Ernesto es ocurrente, sencillo y algo pícaro. Ernesto le ha gustado; le ha encantado Ernesto.

Hasta tiene un bonito nombre...

.....

A los dos días Alma le dice que también ella le ha gustado mucho a Ernesto. Se lo ha chivado otro amigo.

Alma aprecia a Ernesto. Es un muchacho trabajador y alegre. Es formal en el trabajo y lleva mucho tiempo en la misma empresa. Coloca ventanas de aluminio. Está muy arraigado en la ciudad y no piensa regresar a su país, ya curado de la decepción por la pérdida de una novia a la que pensaba traer a España para formar una familia y tener hijos.

En todo el día Salima no logra quitárselo del pensamiento. ¿Se ha enamorado? Desearía verle y estar con él. Rememora sus miradas profundas y brillantes. Ha conseguido no bajar los ojos cuando él la mira. Le gusta esa comunicación directa con una persona, porque llega directamente al alma. Al alma o a la espina dorsal, a la médula misma.

Espera desde entonces impaciente los domingos. Se acicala a conciencia, con esmero. Comienza a atreverse a bailar y le divierte hacerlo. Se ríe. Lo pasa bien. La aprecian no sólo Ernesto y Alma, sino también el resto de sus amigos. Se siente aceptada, compenetrada con ellos. Se adapta a sus códigos de comportamiento y a sus efusivas formas de expresar el afecto, tan diferentes a las de su cultura pero tan agradables y gratificantes.

Comienza a ser habitual que Ernesto pase a recogerla por casa y se dirijan ya juntos a la discoteca. A la salida, lo mismo: la acompaña hasta el portal y espera abajo hasta verla subir a salvo en el ascensor. A Salima ese detalle de cortesía y preocupación le encanta y la entenece.

Si el día es agradable, a veces salen del pub con tiempo para caminar un rato por el paseo que hay frente a la entrada del establecimiento y que bordea el puerto marítimo de la ciudad. Luego prolongan el recorrido a lo largo de la playa hasta llegar, tras un pequeño rodeo, a la calle y el portal de la joven. Caminan relajados, siempre animados, siempre charlando, con una conversación cada vez más fluida.

Como es normal, el contacto físico también se va acrecentando según aumenta la relación entre ellos. En ocasiones Ernesto le acaricia la cara, la sujeta levemente por la cintura o la lleva de la mano cuando la acompaña a

casa.

Un domingo de invierno, al entrar a despedirse en el portal, cuando Salima dirige la mano a la llave de la luz para encenderla, Ernesto la sujeta impidiéndoselo. A continuación la abraza más fuerte que otras veces. El abrazo se alarga, se hace más profundo. Las manos de él descienden de su espalda y la agarra con fuerza acercando todo su cuerpo al suyo, entre suspiros y una fuerte respiración jadeante. Con una mano sujeta su nuca, busca su boca y la besa con pasión abriendo antes con sus labios los de ella. Mete la lengua y el cuerpo de Salima responde con placenteras sensaciones. La embriaga la agitada respiración de él y la proximidad de su excitación. Disfruta, se deleita, pero conoce su límite. No tiene que pasar de ahí. No debe entrar en un terreno peligroso para su integridad moral y cultural. Se escabulle, riendo, con rapidez ante el avance de los acontecimientos y el miedo a su debilidad y a su dulce abandono, a su propia reacción ante el placer.

Más tarde, en una noche en blanco, intenta digerir tantas emociones.

Las desmenuza. Las analiza. Las disfruta de nuevo.

Vive.

Nadie le ha preparado para el amor. Es amor. ¿Es amor? Desde el episodio del señorito Samir y la desilusión consiguiente no había vuelto a pensar en amor romántico ni en pareja.

Le pasan por la cabeza sus padres. Tampoco ahora comprenderían a su hija ni el comportamiento de Ernesto. No entenderían nada de esto, en suma.

Los episodios de comedido deseo se repiten en idénticas escenas cada domingo al amparo de la discreción y oscuridad del portal. Pero no llegan a más. Ernesto la quiere y comprende las limitaciones de Salima. Su relación continúa, llena de explícito romanticismo y apasionamiento latente.

Capítulo 6

“Lo mejor de la vida son las ilusiones”

(Honoré de Balzac)

Una tarde, muy cerca ya de casa y de regreso a ésta, Alma Luz le dice a Salima:

—Espérame un momentito aquí, mi amor.

Se queda ella en la acera al cuidado de las dos sillitas infantiles y con Álvaro de pie agarrado a la de su hermano Borja. Alma Luz ha entrado en un establecimiento de quinielas y loterías.

No tarda en regresar. Le enseña un papelito a Salima.

—Acabo de hacer una lotería primitiva para las dos. Si nos toca, iremos a medias, corazón. A ver si de una vez nos hacemos ricas y cambiamos de vida.

¡Ajualá!

Y entre risas agita el papel entre sus manos, lo besa y lo agita de nuevo.

—Yo no puedo jugar, Alma —responde de inmediato Salima con semblante serio—. El juego está prohibido para los musulmanes.

—Pero, ¿qué sucede, bombón? ¿Todo está prohibido en tu casa? ¿Qué os ocurre?

—Nadie juega en mi país. Nuestra religión dice que no es buena manera de ganar dinero.

—¡Pero tonta...! Insisto: acepta la primitiva. Es un regalo.

En la mandíbula apretada de la expresión de Salima observa Alma su sólida determinación.

Continúa:

—¡Bueno! De todos modos, yo la guardo.

Si nos toca te avisaré.

Relájate... Aunque mejor sería que rezaras a tu manera y de algún modo a algún santito de los tuyos para que nos dé suerte —dice irónica tomándole el pelo.

—¡Alma! —la recrimina Salima—. ¡No seas bruta! ¡No juegues con las cosas de los santos! ¡Son muy serias...!

Alma la mira a los ojos y la agarra por el brazo presionando cariñosamente en él. Comprende muy bien a su amiga. La pone en un apuro haciendo que infrinja unas reglas invulnerables en su entorno desde muy antiguo. La comprende muy bien y la respeta mucho, aunque bromea con su inevitable guasa. También tiene su cultura caribeña innumerables tabúes y rigurosos preceptos inquebrantables a los que ella, como todos, se somete voluntariamente en mayor o menor medida. En todas partes hay reglas establecidas y cada cual sufre las suyas, hasta que un día decide saltárselas, si lo decide algún día...

Alma Luz la tranquiliza con expresión seria, esta vez:

—Tú no has jugado, cariño. Tú no has incumplido norma alguna. Es un regalo que yo te hago.

Y retoma su tono burlón:

—Pero, ¡ay si nos toca...! ¡Menuda merienda me debes, muchachita!

Se dirige entonces a los niños y dice:

—¡Venga! ¡A casa, niños! ¡Agárrate bien, Alvarito! ¡Que se va la guagua!

Y continúan su camino mientras Salima admira interiormente la vivacidad repleta de matices de su amiga. Es única y grande en mil aspectos. Y libre.

Ella, sin embargo, da muestras de encontrarse dirigida por su

“mando-a-distancia” de nuevo.

Unos días más tarde, ya cuando había olvidado la muchacha el episodio, Alma Luz le anuncia buenas noticias con una sonrisa extraordinariamente amplia en el rostro. Según se acerca al banco donde está Salima, va haciendo con los dedos la señal de la victoria:

—¡Nos ha tocado! Pero tranquila, ¿eh? No somos millonarias ni nada de eso...

¡Tenemos un pequeño premio de setenta y cinco mil pesetas! Lo prometido es deuda. Como hermanas. A medias. La mitad para cada una. Lo dice todo ella. Salima la escucha boquiabierta.

Al día siguiente Alma le lleva a casa un sobre con la mitad del dinero del premio contante y sonante. A Salima le tiembla la mano al recibirlo, porque nunca ha tenido una cantidad tan grande en la mano. Todo cuanto gana en España lo manda cada mes don Arturo a una cuenta de su padre y el dinero no pasa por ella. El señor sólo le da una pequeña cantidad para sus gastos, la que ella le pide según necesite. Dinero de bolsillo.

Cuando le enseña el sobre de dinero a la señora y le comenta lo sucedido, ella le dice:

—¡Desde luego! ¡La suerte del principiante! ¿Qué harás con tan gran capital? —le pregunta con sarcasmo.

Pues no es broma. Esa suma de dinero le provoca quebraderos de cabeza a la muchacha. No sabe qué hacer con él. Su gran ilusión es comprarse una máquina de coser eléctrica y con veinticinco o treinta mil pesetas podría hacerse con una de segunda mano, pero se siente mal por no enviar el dinero íntegro a Marruecos. Eso sería lo correcto y su obligación. A su familia le vendría bien.

—También te vendrá bien a ti, Salima —argumenta Margot mientras toman un café—. Debes gastarlo en ti. También tú tendrás derecho a darte gustos y a algún capricho, ¿no?

Salima no responde, indecisa y llena de pensamientos contradictorios.

—Ese dinero te pertenece. Debes acostumbrarte a tomar tus propias

decisiones y hacer lo que te beneficie —concluye la profesora—.

Tampoco es bueno no pensar nunca en uno mismo. También es nuestra obligación cuidar de nosotros mismos.

Cuando lo comenta al día siguiente con Alma, su amiga la apoya: —Estoy con Margot. Debes mirar también tus intereses.

Observa Alma la reacción de Salima ante su opinión y continúa:

—Eso no quiere decir que quieras menos a tus familiares, chiquilla, no seas tonta... ¡Y además yo no he jugado para ellos, caramba! ¡Yo he jugado para ti!

¡Quería que te tocara dinero a ti!

Y zanja el tema apretándole la mano.

Ese mismo día doña Piluca le pregunta igualmente, entre atenta y curiosa:

—¿Qué harás con el dinero de la primitiva, Salima?

—No sé qué hacer, señora —responde ella con timidez—. Seguramente a mi familia le vendría mejor que a mí.

—Entre buena y tonta hay muy poco, hija, y parece que tú estás a punto de cruzar esa raya, monina...

¿Cómo hacía aquella mujer para ser desagradable incluso cuando buscaba lo mejor para ella?

Pero entre las tres la convencen.

Superados todos los prejuicios, preparativos e inconvenientes exteriores e interiores, Salima se compra una máquina de coser de segunda mano y la coloca en un rincón de su cuarto.

—¡Hija, por Dios! —comenta doña Piluca—. No entiendo cómo te hace tanta ilusión un aparato así. ¡Con qué poco te conformas...!

Sonreía la señora mientras, introduciendo los dedos entre el cabello, recomponía con las manos su rubia media melena iluminada con mechas blancas.

Salima era desde pequeña una apasionada de las revistas de moda y

pocas cosas encontraba tan estimulantes como crear una prenda desde la nada.

Se compró varias revistas de patrones y, con la ayuda de Alma en sus ratos de ocio en el parque, comprendió el funcionamiento de un tema para el que pronto vio que tenía dotes. No se le daba nada mal la confección. Disfrutaba tanto entre hilos y telas que no le importaba cada noche quitarse horas de sueño para sumergirse con los cinco sentidos en un aprendizaje muy satisfactorio.

—¿A qué hora te dormiste ayer, Salima? —le preguntó una mañana doña Piluca—. Me levanté a beber y aún tenías tu luz encendida...

—A las dos, señora. Se me pasa el tiempo volando cuando me pongo a cortar y coser.

—Pero debes de estar agotada por la mañana. Deberías controlar eso y dormir las horas necesarias.

—No se preocupe, señora. Me relaja muchísimo. Creo que mi mente descansa más así que durmiendo, la verdad. —Tú verás, hija. Yo te advierto. Es cosa tuya.

Se anima enseguida con la confección de cosas sencillas y en no mucho tiempo eleva paulatinamente la dificultad hasta coser prendas para su madre y hermanos. Es ropa al estilo de su país y su gente: chilabas, caftanes, faldas con vuelo, blusas amplias... En España se encuentran telas baratas y de buena calidad que dan muchas posibilidades de confección. Le satisface el resultado.

Cada vez que envía alguna confección a su familia la enseña antes de empaquetarla a Alma Luz y a doña Piluca. Ellas siempre la animan y alaban.

—Eres una artista, Salima. Es verdaderamente bonito. Te ha quedado precioso —le dice la señora cada vez.

Salima se lo agradece. Doña Piluca es sincera, sobre todo con ella. No hay mejor halago que el que sale de sus labios. Si dice que le gusta es verdaderamente así. Y además ella es una especialista en ropa.

Cada noche, cumplidas sus obligaciones y bien despejada por la adrenalina que le produce la situación, se siente plena, realizada cuando se

cierra en su cuarto, despliega sus telas y papeles sobre la cama y comienza a planificar una prenda. Su pequeña y sencilla habitación es su fortaleza, su reducto de libertad. En ella tiene sus libros y su costura. Aunque sea en una casa extraña, jamás había tenido nada tan personal y propio. Se siente bien con su vida, verdaderamente bien... Tiene trabajo pero le da tiempo a formarse, a divertirse y a tener una afición que la llena. Tiene amigos —una amiga tan importante que podría ser su hermana—, un mozalbete ilusionado a su alrededor, una profesora que la ayuda y le ofrece amistad, cuida con placer a dos niños que la adoran... Si su familia estuviera cerca, sería una osadía pedirle algo más a la vida.

Capítulo 7

“Sobre las alas del tiempo, la tristeza vuela”

(Jean de La Fontaine)

—Este banco es nuestro confesionario particular, mi amor.

Eso le dijo una tarde Alma Luz a Salima. Le había costado comprender el concepto de “confesión” de la religión católica, inexistente en el Islam. Pues sí, lo era: en aquel banco las dos amigas se habían abierto el corazón muchas veces con confidencias. Nunca antes había exhibido tan explícitamente sus sentimientos a nadie. En realidad, a nadie le había dado siquiera su opinión. No se la habían pedido en Marruecos ni se habían interesado en averiguar lo que le pasaba por dentro.

Alma Luz era para ella especial, única.

Ahora reflexionaba en este mismo banco, que hoy sería, de nuevo, un lugar de confesiones. Confesiones difíciles y de extrema importancia, esta vez.

Era temprano. Faltaba aún un rato para la hora habitual de llegada de Alma Luz al parque con la niña pero, después de la vigilia de una noche completa y aunque le faltaban fuerzas, se había escapado Salima a poner orden sus pensamientos al aire libre mientras el pequeño Borja dormía.

Con la mano reposando laxa sobre el mango de la sillita, los hombros caídos y la mirada fija en un punto indeterminado del suelo, reflexiona, a pesar de que, debido a la perplejidad que invade su mente, es incapaz de pensar con lucidez.

Está tan confusa...

La noche anterior, cuando don Arturo le pidió sentarse en el sofá para hablar, notó con extrañeza que esquivaba su mirada. —Debo decirte algo importante, Salima.

Se arregló con los dedos el pelo, donde unas pocas canas evidenciaban el paso del tiempo, carraspeó y, con la cabeza gacha, empezó a hacer girar sobre sí misma la alianza de casado que llevaba en su mano derecha.

Su nerviosismo era evidente. Salima lo percibió con un intuitivo hormigueo en el estómago.

Don Arturo continuó, levantando mucho sus cejas al hablar, en un gesto muy suyo.

—Ayer me telefoneó tu padre, Salima —le dijo en francés—. Tiene que decirte algo importante y lo hará personalmente esta noche. Te llamará en diez minutos.

El corazón de la muchacha comenzó a latir con mayor rapidez de la habitual. No sería una noticia banal, si no podía darse por carta... ¿Le anunciaría una enfermedad grave? ¿El fallecimiento de alguien?

Su cara expresaba sus pensamientos, aunque su boca no articulaba palabra. El señor captó su angustia y se adelantó:

—Todo el mundo está bien de salud. No te preocupes.

La analizó muy serio don Arturo con sus ojos redondos fijos en los de ella y continuó. Dosificando la información, la asimilaría mejor y sería menos duro para ella. Apreciaba tanto a Salima.

—Pero debes regresar a Marruecos, Salima. Entre ellos el silencio se hizo denso, muy denso. Ante el mutismo de la muchacha, continuó él:

—Para nosotros será una gran pérdida, pero tienes que continuar la senda de tu vida. En todo caso, no sé si hago bien diciéndotelo. Te estoy adelantando la noticia de tu padre para que no sufras hasta el momento en que hable contigo, pero yo no soy la persona adecuada para decirte nada. Es algo privado. Él te lo explicará en breve.

¡Qué gran persona don Arturo! La había tranquilizado, le había puesto en antecedentes siendo a la vez discreto. Incluso había tenido la

delicadeza de avisarla de la llamada de su padre sólo diez minutos antes de la misma para que no sufriera durante un día entero. Era un señor. Un señor con mayúsculas.

Ya llegaba Alma. —¡Saludo, corazón!

—Hola, Alma —contestó Salima, apagada.

—Pero, ¿qué haces tan mustia, mi chula? —preguntó frunciendo el entrecejo con preocupación.

Se sentó en el banco. En segundos y con sólo devolverle la mirada Salima le había teleografiado su angustia y la confusión que le atoraba el cerebro y ahogaba los pensamientos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras le comunicaba con voz casi imperceptible:

—Me voy, Alma. Regreso a mi país.

Casi sin terminar de decirlo y antes de que el primer sollozo se escapara de su garganta, Alma la abrazó con fuerza y espontaneidad. Se mantuvieron así un rato, en silencio, y, al separarse, Salima vio que a ella también se le saltaban las lágrimas.

Borja y Candela, ambos sentados en sus sillitas, las miraban quietos, sin pestañear y en silencio, captando la tensión del momento.

—Pero, ¿cómo es eso, mi cielo? —se interesó mientras con sus dos manos apretaba fuertemente las de su amiga sobre su regazo.

Salima intentó continuar, pero no le salía la voz.

—No puedes irte... —dijo Alma, en una súplica impotente.

Entonces ella se lo relató todo:

—Mi padre me anunció anoche que ha decidido casarme con un amigo suyo viudo que le ha pedido mi mano. No ha podido decirle que no porque se conocen desde la infancia y está dispuesto a hacer un gran esfuerzo económico para ofrecerle una buena dote por mí. Era una oferta inexcusable.

—¡Jesús...! Pero, ¿tú le conoces? ¿Cuántos años tiene ese hombre si son amigos desde pequeños tu padre y él? ¡No puede casarte sin tu consentimiento! —argumentó con voz indignada Alma.

—En Marruecos es así, querida. No le conozco. Mes abajo o arriba, tiene la edad de mi padre, pero yo no tengo decisión. Mi padre piensa que debo estar contenta porque es el modo de regresar a mi país y se ha sentido comprometido sin poder rechazar tan buena oferta. Este hombre tiene dos hijos gemelos de doce años.

—¡Pero si son casi de tu misma edad, muchacha! Niégate. ¿Qué pasará con Ernesto?

—No puedo negarme, Alma. No sé nada. No sé nada... Yo ni sé nada ni soy nadie... No puedo hacer nada...

Los niños, desde sus sillitas y después de llevar un rato con ganas de salir a jugar, comienzan a protestar, pero las dos muchachas, enfrascadas en tan trascendente conversación, no les hacen caso.

—Lo único bueno que encuentro es que volveré a ver a mis padres y hermanos. ¡Hace tanto que no les beso, que no les toco...!

—Eso se soluciona con unas vacaciones en Marruecos, cariño... pero hablamos de un matrimonio. De acostarte y levantarte durante todos los días de tu vida con un hombre entrado en años que dentro de nada será un viejo... Un matrimonio para toda la vida... ¡Toda tu vida! ¡Y sólo la vivimos una vez, muchachita!

Alma, Ernesto, Margot, los niños... La ruptura con España va a ser dura...

¿Cómo hacerles comprender que ella no puede decidir nada, que nadie le ha preguntado —ni lo hará— si desea o no casarse, que se lo han dado todo organizado? Alma Luz no lo entiende. Margot tampoco lo comprenderá. No sabe si será siquiera capaz de explicarle lo que ocurre. Tampoco a Ernesto...

¿Y cómo será su despedida de ellos? Cada una de esas despedidas será como cerrar una a una las puertas de las habitaciones de una casa a la que nunca va a regresar. Al cerrar cada cuarto, quedará en él su luminosidad, sus muebles y adornos, su belleza... Y el vestíbulo de la casa, su alma, con cada puerta cerrada se irá quedando a oscuras, más oscura cada vez, ignorando si tendrá algún día la dicha de sentir de nuevo en ella la luz del día o alguna luz.

Salima no se siente capaz de enfrentarse a una situación tan tremendamente traumática.

Mejor será no despedirse.

Siempre diciendo adiós. Siempre forzada a despedirse de modos de vida y personas importantes. Sin decidir jamás. Despedidas involuntarias. ¡Qué desazón!

Su vida era un continuo echar de menos a alguien.

Le arrebatan de nuevo muchas cosas. Se acababan la lectura, las revistas, los cafés, las risas con las amigas... Los abrazos y húmedos besos de Ernesto...

Le arrebatan su vida de nuevo. Así eran las cosas.

Epílogo

Mi querida Alma:

Deseo que al recibo de esta carta tú y tu familia viváis un gran momento, que os sonría la vida y tengáis salud. Sobra desearte alegría, porque la alegría es inseparable de tu persona y te acompañará toda tu vida, pues forma parte de ti.

¡No sabes hasta qué punto añoro las risas y el buen humor de nuestras conversaciones!

Mi familia y yo vamos a instalarnos en otra vivienda dentro de poco, por ello estas son las últimas letras que te envío desde mi casa actual. No me escribas más a esta dirección porque ya no será la mía. En cuanto me sea posible, te mandaré mis nuevas señas.

¡Ojalá pudiéramos volver a vernos! ¿Recuerdas cuántas veces imaginamos tu viaje conmigo a Marruecos y mi felicidad presentándote a mi querida gente? ¿Sería posible que aún Dios quiera concedérmelo algún día? Él es Grande y puede ayudarnos a alcanzar hasta lo más difícil. Confíemos en Él.

Mi querida Alma, parte del alma mía: una amargura asfixiante por el dolor de nuestra distancia me paraliza en este momento y me impide continuar escribiendo.

Te echo de menos...

Recuérdame, por favor. Tú siempre me acompañas, aunque nos encontremos tan lejos.

Nunca te olvidaré. Mejoraste mi vida, la endulzaste entrando como una gota de miel en mi corazón.

Salima.

[1] Dirham: Unidad monetaria de Marruecos y los Emiratos Árabes.

[2] Quemar: Traducción literal del verbo árabe con el que los jóvenes marroquíes se refieren a “escapar del país ilegalmente”

[3] Khol: Polvo negro con propiedades higiénicas y curativas de origen vegetal con el que las mujeres marroquíes se maquillan al tiempo que limpian el interior de los ojos.).

[4] *Zahra*: La deidad árabe equivalente a Venus.

[5] Habiba: Querida.

[6] *Mai*: Expresión coloquial dominicana que significa “mi madre”.

[7] *Conchos*: En Santo Domingo, “vehículos públicos”.